

CARMEN

CAPÍTULO I

Observaba a mi madre, la encontraba tensa. Conducía de una forma temeraria. En su rostro se reflejaba una crispación que se podía apreciar en los nudillos de sus manos al sujetar el volante. Fumaba de una forma compulsiva inhalando y exhalando el humo. Estaba cometiendo una infracción y exponiendo nuestras vidas y las de quienes circulaban por la carretera. Qué curioso, cuando los hijos incumplíamos las normas nos castigaban. ¿Por qué los hijos no tenían derecho a castigar a sus padres cuando quienes las incumplían eran ellos? Voy a presentarme. Mi nombre: Carmen; edad: diecisiete años; alta, delgada, pelo corto, ojos color del castaño. Tenía un gran parecido con mi padre: Pablo, cuarenta y cinco años. Era pediatra en un hospital privado. La belleza era mi madre, ojos negros, pelo ensortijado. Un año menor que mi padre. Profesora de Historia. Me sentía muy orgullosa de ellos. Hacían una magnífica pareja. Siempre juntos. Fervientes creyentes y practicantes de la religión católica. Mi madre no trabajaba, aunque solía estudiar cursos por internet para estar al día en todo lo concerniente a su carrera. Le gustaba mantenerse en forma, iba a un gimnasio y cuidaba su alimentación. Solía decirme que lo hacía para que mi padre se sintiera orgulloso de ella. Siempre estaba pendiente de él. Disfrutaba ayudándole a preparar sus conferencias y encuentros con sus colegas. Buscaba en internet cualquier noticia que fuera interesante sobre pediatría para mantenerle informado.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos al ver como el coche daba un fuerte acelerón y hacía un adelantamiento de forma brusca, lo que produjo que nos dieran una gran pitada. Estaba totalmente desconcertada, era la primera vez que veía a mi madre actuar de esa forma. Intuía que su comportamiento tenía que ser debido a lo que había ocurrido el día anterior

cuando mi padre recibió una llamada y nos dijo que le convocaban del hospital para una urgencia. Con las prisas, se quedó el móvil en el sofá y mi madre lo cogió. Quizás hizo algo que no debería: mirar la pantalla. Su expresión se hizo tan dolorosa que me asusté, pero no me atreví a preguntarle, ¿qué era lo que había visto? Se sentó en el sofá y cogió el mando del televisor. No paraba de cambiar de canal. El tiempo parecía eternizarse hasta que, por fin, después de haber transcurrido tres horas, mi padre regresó. Mi madre se levantó y, sin mediar palabra, le abofeteó y le pidió que la acompañase al dormitorio. Era tal el volumen de sus voces que no se podía escuchar lo que decían. ¿Qué era lo que habría visto mi madre en el móvil? No entendía ni comprendía lo que estaba ocurriendo. Era la primera vez que me enfrentaba a una situación tan violenta entre mis padres. Me había considerado una privilegiada porque algunas de mis amigas se quejaban amargamente de vivir verdaderos infiernos en sus hogares como consecuencia de los enfrentamientos entre sus progenitores. De pronto, las voces cesaron. Mi padre salió del dormitorio y, sin decirme nada, dio un portazo y se marchó de casa. Me quedé desconcertada y sin saber qué hacer. No me atrevía a entrar en el dormitorio, pero me preocupaba no saber cómo podría encontrarse.

Por fin salió de la habitación. Me pidió que me acostase pronto por que al día siguiente nos iríamos con Clara. Clara era mi abuela. Vivía en una finca a unos quinientos kilómetros de distancia de donde residíamos. Teníamos por costumbre pasar allí mis vacaciones escolares y las fiestas navideñas, que ya estaban muy próximas. Por eso, ahora nos encontrábamos camino de la finca. A pesar de que ello suponía dejar a mis amigos, no me importaba. Adoraba a Clara. Su carácter era más dinámico y juvenil que el de mi madre. Me reía muchísimo y estábamos siempre bromeando. Más que abuela y nieta, éramos como amigas con cierta complicidad. Disfrutaba en

el campo, pero cuando más me divertía era cuando la acompañaba a comprar a los comercios del pueblo. Ella los prefería a las grades superficies. Me decía que era todo más entrañable, más humano, y tenía razón. La conocían en todas las tiendas y nos trataban con mucho cariño.

Por fin llegamos a las puertas de la finca. La cancela, como solía ocurrir, se encontraba abierta. Debieron de haber escuchado el motor del coche porque Clara nos estaba esperando en el porche acompañada por los guardeses: Sebastián, su mujer, Rosa, y su hijo Vicente. Vicente era tres años mayor que yo. Vivían en la finca, en una pequeña casita cercana a la de mi abuela. Vicente se había independizado y vivía en el pueblo; trabajaba en una carpintería metálica. Con Vicente no solía tener conversaciones, solo nos hablábamos para saludarnos. Mi abuela tenía arrendada parte de la finca para poder costear el sueldo de los guardeses, pero no se podía permitir pagar el sueldo a una tercera persona. Mi madre apagó el cigarrillo y salió del coche. Se dirigió hacia mi abuela y la abrazó.

—Hija mía, qué alegría veros. No os esperaba tan pronto

—¿Cómo estás, mamá? Te traigo a Carmen unos días antes de lo previsto. Pablo y yo tenemos que gestionar unas cosas.

—Por Dios, hija mía, para mí, ver a mi nieta es un gozo del que me gustaría estar disfrutando todos los días del año —diciendo estas palabras vino hacia mí y me estrechó entre sus brazos.

—¡Ay, Clara! —A ella no le gustaba que le llamase abuela—. Me vas a asfixiar.

Añoraba el calor de aquellos brazos. Sebastián y Rosa nos besaron y Vicente nos dio la mano.

—Entremos —dijo mi abuela—. Rosa os preparará algo de comer.

Mientras estábamos comiendo, mi abuela observaba con la crispación que actuaba mi madre sin atreverse a preguntarle los motivos.

—Mamá, por favor, deja de mirarme, me estás poniendo nerviosa, no me pasa nada. Me quedaré esta noche y me marcharé mañana temprano.

Terminamos de comer, Clara se levantó de la silla y me cogió de la mano.

—Anda, acompáñame. —Me llevó hasta los gallineros—. Mira, Carmen, cuántos polluelos han nacido desde la última vez que estuvisteis aquí. Anda, ve a coger los huevos, pero ten mucho cuidado.

Desde pequeña me había encantado coger los huevos y Clara, siempre que iba a la finca, me llevaba a ver el gallinero. Sabía que no podía cogerlos mientras las gallinas estuvieran encima de ellos, pero yo no lo respetaba, por eso más de una vez me habían picado. Esta vez tuve suerte, las gallinas estaban picoteando en la tierra y yo pude coger cuatro huevos. Sentía en mis manos el calorcito que desprendían. Llegamos hasta el huerto. Me di cuenta de que no abarcaba el terreno que tenía al principio.

—Clara, parece que el huerto es menos extenso.

Se echó a reír.

—Te pareces a mí, enseguida captas todo lo que hay a tu alrededor. Es cierto, Sebastián ya va siendo mayor y le va costando mantenerlo, por lo que siembra cada vez menos, solo lo necesario para poder alimentarnos. Tu abuelo sembraba hectáreas de terrenos y recogíamos grandes cosechas. Cuando se instalaron las famosas bodegas que le dieron prestigio al pueblo, tu abuelo decidió sembrar vides. La uva era de tal calidad que nos las pagaban a unos precios muy elevados. Al morir tu abuelo, tu madre y yo decidimos arrendar unas cuantas hectáreas para poder afrontar los gastos de

la finca y el sueldo de los guardeses. Yo nunca olvidaré aquellos tiempos. En fin, mi niña, tenemos que adaptarnos a los nuevos tiempos. Sentirnos orgullosos de lo que fuimos, pero también de lo que hoy somos porque hemos sabido aceptar nuestras limitaciones y avanzar.

Cogí sus manos entre las mías.

—No te pongas triste, Clara. Nunca se sabe lo que puede pasar — recordé la nueva situación de mis padres—, a veces la vida puede dar un giro de ciento ochenta grados.

—Tienes razón, cariño. Nunca se sabe lo que puede acontecer. Pensamos siempre que el futuro podría ser mejor que el presente o que el pasado y esto es erróneo, porque podría ser aún peor o un futuro que no llegase nunca...

—Clara, no digas esas cosas. Nuestro futuro será magnífico.

—Tienes razón, mi niña, y tú brillaras como la estrella del norte. Hablando de otros temas importantes. —Sonrió de forma picaresca—. Seguro que tienes ya una parejita.

Sonreí.

—Qué bonito, Clara, brillar como la estrella del norte y ser guía de los caminantes perdidos. Referente a una parejita, no, Clara, no tengo ninguna. He tonteado con chicos, pero nada serio. He preferido dedicarme a estudiar. No soporto que me manipulen o intenten controlarme. Con esto de los móviles, los mensajes y las redes sociales, hoy tu pareja puede hacerlo de una forma obsesiva. Conozco amigas que están pasando un verdadero calvario con sus parejas.

—Control ha existido siempre. La persona celosa se ha valido siempre de todos los medios a su alcance para tener controlada a su, dijéramos, víctima.

—Sí, la única diferencia es que antes no se disponía de tantos medios.

Sin darnos cuenta, había caído la tarde y el sol empezaba a desaparecer entre el cielo y la tierra, dejando nubes grises y lenguas de fuego. Clara cogió mi mano mientras me señalaba hacia el horizonte.

—Olvidemos por unos instantes que estamos en este mundo y dejémonos llevar por esta maravillosa imagen que ni el pincel del pintor más famoso sería capaz de plasmar en un lienzo.

Cuando entramos en la casa, mi madre estaba mirando un álbum de fotos. Las lágrimas se deslizaban por su rostro. Mi abuela puso su mano en su hombro como muestra de cariño.

—Rocío, hija, los recuerdos deberían de llenarnos de alegría y no de dolor y llanto.

Ella retiró delicadamente la mano de Clara.

—No pasa nada mamá, últimamente me estoy volviendo muy sensibilera. —Se levantó y se dirigió al porche. Iba a seguirla cuando mi abuela me sujetó por el brazo.

—Déjala, Carmen, ha salido porque quiere estar sola. A veces, creemos que ayudamos con nuestras palabras, pero podría ser al contrario y causemos más dolor. Sé que algo está ocurriendo que a tu madre le provoca sufrimiento, como sé que tengo que respetar vuestro silencio hasta que decidáis contármelo.

Entonces, rompiendo a llorar, le conté a mi abuela todo lo que había ocurrido el día antes. Cogió mis manos entre las suyas.

—Mi querida niña. Presiento que te vas a encontrar con un destino que ha decidido que ha llegado el momento de que te enfrentes a otra etapa de la vida, la del sufrimiento. Mientras disfrutamos, no somos consciente de ello ni le damos el valor que tiene, lo consideramos hasta natural, incluso merecido, pero, unas veces por suerte y, otras, por desgracia, toda va cambiando. Ahora, en la etapa difícil y dolorosa es donde tenemos que demostrar de la raza de la que provenimos. No sabemos lo que ella vería en el móvil, pero lo que sea le ha causado un profundo dolor. No te preocupes, mi niña, ella terminará contándolo, pero debemos dejar que elija el momento para hacerlo.

Apoyé mi cabeza en su regazo. Mientras acariciaba mis cabellos, dejé que mis lágrimas fluyeran libremente. Su mano, marcada ya por los surcos de la edad y sus dedos deformes por las enfermedades, seguían siendo suaves y transmitían seguridad y paz. Cuando mi madre entró en el salón, su semblante demostraba que estaba más serena. Nos sonrió.

—Perdonadme, no tenéis por qué preocuparos. Todo es consecuencia de que estoy entrando ya en la etapa menopáusica.

Cenamos en silencio mirando el televisor. Emitían unas noticias a cuál más desalentadora. No acababa de comprender como ese tipo de noticias se emitiesen a la hora de las comidas, era como si quisiera hacernos sentir mal y con remordimientos de conciencia. Compartía la habitación con mi madre. La noche nos envolvía en sus silencios cuando, de pronto, escuché el susurro de un llanto. Me levanté y me acosté en la cama de mi madre, rodeándola con mis brazos.

—Mi pequeña. Cuánto siento que me veas de esta forma. Estoy perdida, confundida. No sé cómo afrontar esta situación. Jamás pensé que me vería de esta forma. No encuentro sentido a la vida, ni tampoco al comportamiento humano. Es triste ver que, cuanto mejor te comportas, peor pago te dan.

—Mamá, ¿qué es lo que viste en el móvil? Por Dios te lo pido, dímelo.

Me estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—Dejémoslo, cariño. Estoy agotada. No tiene importancia, quizás le esté dando más de la que tiene... quizás...

CAPÍTULO II

Me despertó la claridad de los rayos del sol que penetraban por los cristales de la ventana. Después de haberse marchado mi madre, el tiempo pareció volar como esas gaviotas que surcan los cielos. Era Nochebuena, por un lado, estaba feliz porque vería a mis padres, por otro, me daba pena porque me volvería a alejar de Clara y de la tranquilidad de la finca, de esa naturaleza que nos iluminaba al amanecer y alumbraba en la oscuridad de nuestras noches. Retornaría a la urbe, con sus atascos, sus prisas. A las grandes superficies abarrotadas de personas para luego comprar de todo menos de lo que pensábamos. Mi madre nos había llamado en varias ocasiones para preguntar cómo nos encontrábamos y para tranquilizarnos de que todo iba bien. Después de ducharme, me dirigí a la cocina para desayunar. Allí se encontraba Clara. Nos besamos y nos dimos los buenos días.

—Mi niña, cómo te gusta comer en la cocina. Anda, siéntate, te voy a preparar el desayuno. ¿Sabes qué día es hoy?

—Sí, Clara, Nochebuena.

—Sí, cariño, y mañana Navidad —se echó a reír—. Tus padres tienen que haber salido ya.

En esos momentos, sonó su móvil. Me hizo un gesto diciéndome que era mi madre.

—Hola, cariño. Muy bien. Tened mucho cuidado —le respondió mi abuela.

Me miró, la expresión de sus ojos era de felicidad.

—Acaban de salir.

—No entiendo por qué han tenido que esperar hasta el último momento. Luego nos critican a los hijos echándonos en cara que llegamos siempre tarde a todos los sitios.

—No seas mala, habrán tenido sus motivos. Ayúdanos a preparar la cena navideña, Rosa y Sebastián, como tú ya sabes, se marchan al pueblo a pasar las Navidades con sus familiares.

No podía evitar reírme ayudado a cocinar a Clara. Me equivocaba continuamente. El tiempo había transcurrido sin ni siquiera darnos cuenta. Escuchamos como un coche frenaba y salimos rápidamente a ver si eran mis padres. Mi madre se bajó del coche sonriendo.

—Vaya, qué oído más fino. ¿Qué tal estáis? Tenéis un aspecto magnífico.

Me di cuenta de que había adelgazado y unas grandes ojeras surcaban sus ojos. Venía sola. Sentí una punzada de dolor.

—Mamá, ¿y papá? ¿Por qué no ha venido contigo?

Sonrió como queriendo quitar importancia

—Se ha quedado con tu abuelo. Este año hemos decidido pasar estas fiestas cada uno de nosotros con nuestros padres.

Mi abuelo había enviudado hacía solo unos años, a diferencia de Clara, que lo hizo antes de mi nacimiento. Nunca tuve mucho contacto con ellos. Eran muy serios y conservadores, lo que imponía cierto respeto. Estaban continuamente viajando. Cuando falleció mi abuela, mi abuelo no echó ni una sola lágrima y su carácter no experimentó ni el más ligero cambio.

—Vendrás hambrienta y cansada. —Clara intentaba desviar la conversación—. Te prepararemos alguna cosa para comer.

Miré a mi madre, sus ojos no me mentirían, ella esquivó mi mirada. Mientras cenábamos, contábamos algunas de las anécdotas que nos habían ocurrido a lo largo de nuestra vida, a pesar de ello, un halo de tristeza envolvía el ambiente. Clara levantó su copa para brindar.

—Por este niño Dios, que nos dé paz, serenidad y no se olvide de nosotros.

—Por todo ello, Clara —repliqué.

Mi madre se limitó a chocar las copas. De pronto, se empezó a comportar de un modo poco inusual, bebía una copa tras otra. Clara la miraba, pero no se atrevía a decirle nada.

—Mamá, por favor, deja ya de beber, estás perdiendo el control.

Sonrió cínicamente y echó su pelo hacia atrás.

—¿Por qué no puedo tomarme todas las copas que desee? ¿Cuántas personas lo hacen y se les consiente? Seguro que, entre las madres de tus amigas, hay unas cuantas. Pero, claro, a mí se me prohíbe, tengo que seguir siendo la esposa, madre e hija perfecta. No puedo salirme de unos esquemas ya establecidos, nunca lo he hecho y ahora ya no se me está permitido. Siempre me he preguntado si quienes impusieron esas normas llegarían a cumplirlas.

Se levantó de la mesa y, dirigiéndose a la chimenea, estrelló su copa contra los leños y rompió a llorar. Me levanté de la silla para dirigirme hacia donde se encontraba, pero mi abuela cogió mi mano haciéndome un gesto para que no lo hiciera y me mantuviese en silencio. Mi madre se sentó al lado de la chimenea y encendió un cigarrillo.

—Ocurre un hecho muy curioso. Desde pequeña, nos infunden ciertos valores: nada de mentiras, sé siempre sincera, cumple tus promesas; el matrimonio es un vínculo sagrado, una mujer debe de ser fiel a su marido...

—Mamá, por favor... Los padres intentan enseñar buenos principios...

—¿Buenos principios? Y ¿de qué te sirven si el resto de las personas no los cumplen? Eso se debería enseñar cuando todos actuásemos por igual, cuando a todos nos han inculcado los mismos valores y han sido respetados. Porque, ¿qué es lo que ocurre cuando tú si actúas de esa forma y los demás lo hacen de la contraria? ¿Qué se supone que deberíamos hacer?

Los ojos de Clara expresaban tristeza y dolor. Me daba mucha pena, pero tenía que dar la razón a mi madre.

—Y no queda ahí la cosa. Aunque parezca mentira, aún se siguen dando casos, tanto en los ambientes familiares como en la sociedad, en el que los mejores puestos de trabajo se los dan a los hombres, en lo que se llega a considerar más inteligentes que a las mujeres. Puede darse el caso de que, si una familia no puede enviar a todos sus hijos a la universidad, prevalecen los hijos a las hijas. Todo esto, en épocas anteriores se hacía a las bravas, ahora, aunque parezca mentira, se hace de una forma sibilina, como, por ejemplo, diciéndote que él gana dinero suficiente para que tú puedas quedarte cuidando del hogar, ¿quién mejor que una madre para cuidar un hijo?

Mi madre se quedó en silencio. Yo empezaba a tomar conciencia de todo ello. Nunca se me pasó por mi imaginación los hechos que estaba contando mi madre y, sin embargo, parecía ser que yo vivía en un hogar donde, parte de lo que estaba contando, se estaba dando en mi hogar.

—Me enseñaron —respondió Clara— que el lugar de una madre, antes que nada, es el de cuidar a sus hijos y su marido.

—A esa madre, ¿quién la cuida? ¿Por qué una mujer, por ser madre, ya no puede aspirara a ser una gran profesional y ejercer su profesión? ¿Por qué a una mujer, en ciertos ámbitos, no se le dan las mismas oportunidades que a los hombres? Y lo más triste es cuando se les da el trabajo más por su físico que por su valor intelectual. —Por unos momentos, se quedó callada al ver la expresión de dolor de mi abuela—. Por Dios, mamá, no te culpo. Tú no tienes la culpa, la tiene esta sociedad que aún no se ha quitado este mantra machista. Pero todo esto me hace entender a Luis, él quería ser libre y sabía que en nuestro hogar imperaba el machismo.

—Te lo pido por Dios, Rocío, no lo nombres —le suplicó mi abuela. Sus manos estaban temblando—. Además, no es lo mismo.

—Sí lo es, mamá, todo es cuestión de libertad.

Mi madre tenía toda la razón, aunque me resistía a dársela al ver el dolor reflejado en los ojos de mi abuela, pero mi abuela no debería de considerarse culpable, ella era solo una pieza en el engranaje de esa maquinaria, que gracias a Dios empezaba a cambiar. Me juré a mí misma que jamás me pasaría lo que a ellas. Me preguntaba quién sería Luis, nunca había oído ese nombre.

—¿Quién es Luis? —Quizás no debería de haber preguntado, pero no pude evitarlo.

Mi madre me miró dudando.

—Luis es mi hermano, tu tío.

Me quedé sorprendida, ¿Qué motivos habrían tenido para habérmelo ocultado?

—Algún día tendría que saberlo, mamá, y creo que ya va siendo hora de decírselo.

Mi abuela se mantenía en absoluto silencio y con la mirada perdida.

—Cada vez entiendo menos. —Mientras hablaba, miraba a mi madre con indignación—. ¿Podrías explicármelo?

Encendió un cigarrillo.

—Luis es mi hermano, cuatro años mayor que yo. Es gay, tu abuelo nunca le perdonó que fuera de esa condición «su único hijo varón», él era muy «macho» y religioso. Le hizo la vida imposible hasta que un día desapareció y, desde entonces, no hemos vuelto a saber de él. Al casarme, y después de haber fallecido tu abuelo, intenté buscarlo, incluso contraté a un detective, pero sin ningún resultado. También es cierto que tu padre siempre se opuso a costear los gastos de la investigación. Como suele suceder, por desgracia, el tiempo y nuevos acontecimientos que van surgiendo lo va dejando todo en el «mañana lo haré... » y a veces en el terrible olvido.

Entendía cada vez menos, en mi pandilla había una chica lesbiana y nunca le pusimos ningún obstáculo antes, al contrario. Clara, ¿qué comportamiento había tenido con su hijo? ¿Apoyó a mi abuelo? Miré a mi abuela. Mi madre, por la expresión de mi mirada, tuvo que intuir lo que estaba pensando.

—No mires a tu abuela, qué podía hacer ella, nada más que sufrir. No era dueña ni de su pensamiento, para pensar ya estaba tu abuelo, su voluntad era la que imperaba. La suerte la tuviste tú, mi amor, que se murió antes de que nacieras.

—¡Basta ya, mamá!

Estuve a punto de preguntarle: «Y mi padre, ¿no era también dueño de los tuyos?».

Clara seguía en silencio y mirando hacia el suelo. La zarandee suavemente.

—Di algo, Clara, por favor.

—Por favor, hija, dile a Luis que venga para que me ayude acostarme. Mi niño...

Me quedé impactada, miré a mi madre. Ella se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—¿Por qué lloras, Rocío? Anda, llama a tu hermano, tu padre no tardará mucho en llegar.

Mi madre se había quedado bloqueada.

—¡Mamá, por Dios! Tenemos que hacer algo, la abuela ha perdido la cabeza. —Se abrazó a Clara.

—Lo siento, mamá, lo siento, perdóname. Mamá, vuelve, por el amor de Dios.

Mi abuela se había vuelto a quedar en silencio. Su mirada estaba vacía...

—Mamá, tenemos que llevarla al hospital.

—Si le pasa alguna cosa a tu abuela, no me lo perdonaría nunca.

Mi madre llamó al hospital y habló con el servicio de urgencias. Le dijeron que teníamos que llevarla para someterla a un reconocimiento. En la entrada de urgencias estaban esperándonos con una silla de ruedas y se la llevaron. Uno de los celadores nos pidió que nos dirigiésemos a la sala de

espera, desde allí nos avisarían para pasar hablar con el médico. Nos sentamos. Mi madre sacó la cajetilla de los cigarrillos.

—Mamá, ¿no has visto el letrero de «prohibido fumar»? —El tono de mi voz era muy frío.

—Sé que me estas considerando culpable y quizás tengas razón. Como le ocurra algo soy capaz de hacer cualquier locura...

Sentí como maduraba de golpe. Sabía que mi madre tenía razón en lo que había argumentado, pero no tenía ni que haberlo dicho como lo dijo y tampoco eran momentos para decirlo.

—No harás nada, mamá, aguantarás lo que tengas que aguantar. Las cosas suceden porque tendrían que haber ocurrido, solo que, a veces, nos superan. Tenías razón en lo que argumentabas, pero podría haber escogido otras palabras y otro momento para hacerlo. No has considerado que ella fue criada de esa forma y que por aquella época era lo que se vivía. Además, no ha dejado de ser curioso que le echas, de una forma sutil, la culpa de lo que a ti te está ocurriendo cuando tú tienes muchos más conocimientos y cultura que ella

—Tienes toda la razón, Carmen. En lo referente a haberme dejado manipular, sé que tengo parte de culpa, pero la máxima responsabilidad, considero que radica en el que, al vivir como vives, todo lo que te va sucediendo en la vida lo vas mirando con el mismo cristal que has mirado como has vivido y que, además, por ello, lo consideras natural. —Me quedé en silencio, no quería seguir hiriéndola—. Estás siendo muy cruel, Carmen. Sé que adoras a tu abuela, pero yo soy tu madre.

—Lo siento, mamá.

—Solo había querido hacerle ver la realidad, quizás sentía cierto rechazo hacia su forma sumisa de ser.

—Quédate con la gran satisfacción de que yo he sido inmensamente feliz por haber tenido una madre como tú.

La expresión de sus ojos se suavizó. Iba a responderme, pero en esos momentos la llamaron por el altavoz para que entrara a hablar con el médico. El tiempo se me hizo eterno hasta que la vi aparecer, parecía estar más tranquila.

—No ha sido nada grave, Carmen. Un lapsus, una leve amnesia, probablemente como consecuencia de una subida de tensión. Le han hecho un electroencefalograma y un TAC. Da todo correcto, no obstante, la van a dejar en observación durante unas horas, luego le darán el alta.

Al terminar de decir estas palabras, me abrazó. Quería a mi madre, pero no podía evitar sentir cierto rechazo por su forma de comportarse.

—Yo he tenido la culpa, gracias a Dios que no le ha ocurrido nada grave.

—No te culpes, mamá. Tú no querías que le ocurriera, además, ellos tampoco saben realmente al cien por cien las causas de lo que le ha pasado.

De camino a casa, montada al lado de mi abuela cogí su mano entre las mías. La observaba con la incertidumbre de no saber si se encontraba bien del todo.

—Dime, Carmen, ¿que es lo que me ha pasado? Tú madre me ha dicho que no ha sido nada importante, una simple subida de tensión. Yo solo recuerdo que brindábamos por la Navidad.

No sabía si decirle la discusión que tuvimos y miré a mi madre por el espejo retrovisor, ella tuvo que intuir lo que sentía y me hizo un gesto de negación.

—Es cierto Clara —le contesté—, seguramente haya sido motivado por los excesos en estas fiestas, de todo lo que hemos comido. Lo que tienes que hacer es tomarte la tensión durante unos días y ya está.

—Mamá, por favor, no te preocupes más. Hablaré con tu médico de cabecera para que te tenga más controlada.

—Se ve que los años no perdonan. Será mejor olvidarlo, me quedan muy pocos días para disfrutar de vuestra compañía.

Tomaba conciencia de que podía haber perdido a mi abuela y una sensación, mezcla de dolor y pánico me invadió. Clara tenía una edad en la que corría muchos riesgos y ya no solo bastaría con estar acompañada de Sebastián y Rosa. De pronto, vino a mi pensamiento que podría hacerme agricultora y explotar la finca. Mi padre quería que fuese pediatra, pero a mí no me llamaba la atención y tampoco sentía ninguna predilección por estudiar una carrera.

—Clara. Estoy pensando que me vendré a vivir contigo y me haré agricultora.

Mi madre me miró con expresión de incredulidad y mi abuela con cara de sorpresa.

—Hija mía, sería maravilloso, pero...

Mi madre no le dejó terminar la frase.

—Por favor, mamá, no le hagas caso. Lo está diciendo por lo que ha sucedido. No la veo yo en estas tierras. Además, su padre no lo consentiría.

Él quiere que siga la tradición familiar y se haga pediatra, como lo es él, lo fue su padre y su abuelo.

—Mamá, lo siento, yo no soy como tú. Haré con mi vida lo que crea conveniente y ni mi padre ni nadie va a marcar mi futuro. Estoy pensando en venirme a vivir con mi abuela y explotar sus tierras, lo haré pese a quien pese y nadie me hará desistir de mis propósitos. Además, ¿tus deseos no cuentan? ¿A ti no te haría ilusión que yo siguiera los pasos de tu padre?

Mi madre me miró con expresión de duda.

—No lo sé, hija. No lo sé.

CAPÍTULO III

Regresábamos a casa. Estuvimos unos días más de los previstos por lo ocurrido a mi abuela. Sobre mis deseos de ser agricultora no se volvió a hablar. Pensarían que había sido una loca idea. Sin embargo, hay veces que esas ideas son las que suelen salir hacia adelante y otras que sopesamos y pensamos detenidamente sobre la realización de estas se quedan en mitad de nuestros caminos. Mi abuela no había vuelto a resentirse de lo que le había ocurrido, al contrario, estaba más activa. Mi madre, quizás por haber visto tan cerca la muerte de su madre, se dedicó a cuidarse y me hacía andar kilómetros para mantenerse en forma. A mí no me importaba porque cada día me identificaba más con el campo. Ella no volvió a nombrar a mi padre, ni tampoco aquel enigmático tío Luis. Decidí esperar a que llegáramos a nuestra casa para preguntar por él y, también, por lo que vio aquella tarde en el móvil. El olor a tabaco del cigarrillo que se estaba fumando mi madre me volvió a la realidad.

—Mamá, ¿cómo tengo que decirte que fumar mientras se conduce no está permitido? Como te pillen te van a poner una multa, creo que podría ser hasta un delito y de sobra sabes que el tabaco es muy perjudicial para la salud.

—Sí cariño, perdóname, pero no puedo evitarlo, ahora no, dame un tiempo—. Sonrió—. No tengo perdón, quien te tendría que prohibir eso soy yo a ti. Mira, un área de servicio. Pararemos a comer.

—Mamá ya quedan pocos kilómetros ¿por qué no seguimos y comemos en casa con papá?

—No creo que tu padre esté comiendo en casa. Prefiero parar y comer aquí. —Por el tono de su voz, sabía que me mentía.

—Sé que ese no es el motivo, pero bueno, si no quieres decirme la verdad...

No me contestó, se limitó a aparcar. No quise insistir, no quería ponerla nerviosa mientras conducía. Salimos del coche y nos dirigimos hacia el restaurante. Nos manteníamos en silencio mientras comíamos. Dejó de comer y me miró a los ojos.

—Tienes razón, cariño, no es ese el motivo. Lo que ocurre es que, por un parte, deseo ver a tu padre y, por otra, tengo miedo de hacerlo.

—¿Por qué no me tratas como una adulta y me cuentas qué es lo que viste en ese maldito móvil?

—Te pido perdón, Carmen. Sé que estoy siendo una cobarde y, como se dice vulgarmente, no quiero coger el toro por los cuernos.

Me daba rabia de que fuese tan indecisa, tan insegura, tan cobarde...

—¿Sabes, mamá? A veces no es que haya que coger el toro por los cuernos, es que hay que matarlo.

—Tu padre está teniendo una relación con Nieves, la mujer de Antonio.

El que mi padre estuviera exponiéndose de esa manera saliendo con la mujer de su jefe significaba que tenía que ser algo serio. No un simple tonto.

—Lo que vi aquel día en el móvil era una foto de ella. Estaba semidesnuda y le había escrito un mensaje diciéndole que estaba ardiente y le esperaba ansiosa.

—Esa mujer siempre ha demostrado tener personalidad. Se ve que va pisando fuerte y haciendo lo que desea sin importarle las consecuencias.

No le hablé de esa forma para hacerle daño, sino para que tomase conciencia de que ella estaba siendo una sumisa. Me miró con tristeza.

—Quiero pensar que no eres consciente del daño que me están causando tus palabras.

—Lo siento, mamá. —Quizás estaba siendo demasiado dura con ella—. Me porto de esta forma a ver si, de una vez por todas, te das cuenta de que estás siendo una sumisa consentidora.

La expresión de sus ojos demostraba su crispación.

—¿Sumisa consentidora por haber sido una buena madre y esposa?

Me vinieron muchas respuestas... ¿Por ser una buena madre? No. ¿Por ser una buena esposa? No es cuestión de serlo el estar a la voluntad de tu marido, puedes ser una buena esposa, pero saber marcar tus límites para poder realizarte como persona y ejercer tu carrera, algo que no solo te daría autonomía propia al trabajar, sino también a adquirir más conocimientos y mundología.

Al ver que no le respondía, me dijo:

—Por favor, terminemos de comer. Si no, llegaremos de noche.

Entendí que había dado por terminada la conversación. En el fondo de mi corazón sentía dejarme llevar por mi visceralidad. No podía soportar las personas de carácter débil que no fuesen capaces de luchar por sus derechos y, sobre todo, se acoplasen a sus parejas permaneciendo a la sombra de ellos.

El resto del viaje lo hicimos en silencio. Conecté la música y dejé que el sueño me invadiese. Sentí que me zarandeaban suavemente

—Carmen, despierta, ya hemos llegado.

Mi madre se disponía a abrir la puerta del piso cuando apareció mi padre sonriendo y se dirigió hacia mí. Me abrazó y besó de forma efusiva.

—¿Cómo estás, cariño? Se te ve guapísima. Estaba deseando de verte. ¿Qué tal se encuentra Clara?

—Muy bien, papá. —No quería mostrarme muy efusiva porque, en el fondo, me dolía lo que le estaba haciendo a mi madre.

Miró a mi madre y la saludó sin ni siquiera besarla.

—Hola, Rocío.

—Hola, Pablo.

—Tengo que darte una gran noticia, hija, me acaban de ascender a coordinador del hospital.

Era curioso, mientras mi madre se hundía, él navegaba a toda vela.

—Me alegro por ti, papá.

Mi madre le miró irónicamente.

—No me extraña, después de los favores que le haces a la mujer del jefe.

Mi padre la miró con rabia.

—No voy a consentir que me faltes al respeto delante de nuestra hija.

Mi madre soltó una carcajada.

—Pablo, pero si el respeto se lo has faltado ya, porque se lo has faltado a su madre.

Vi como iba a contestar y me adelanté.

—Por favor, no discutáis, sobre todo no me metáis a mí en medio.

Relajó su forma, se acercó a mí y me acarició la cara.

—Tienes razón, cariño, toda la razón, ya hablaremos tú y yo. —Miró a mi madre—. Lo haremos cuando estemos a solas.

—No, papá, lo que tengas que decirle a mamá si es algo referente a vuestro matrimonio también me afecta, lo único que os pido es que no me pongáis en medio.

—Me parece muy bien, Carmen. Se hará de la forma que tú quieras. No tengo nada que ocultar.

—¿No tienes nada que ocultar? —dijo mi madre con ironía—. Después de haber estado mintiendo durante años.

La miró con expresión de escepticismo.

—¿Años? Qué sabrás tú. No voy a consentir que manipules. Pediremos el divorcio y, con ello, se acabarán todas las mentiras y discusiones.

Mi padre estaba manipulando la situación de tal forma que daba la sensación de que él era la víctima y mi madre la culpable. La miré esperando que le respondiera de forma contundente, pero no parecía que eso pudiera ocurrir, estaba a punto de llorar.

—No... Por favor, Pablo... No me hagas esto.

En aquellos momentos la hubiese abofeteado, ¿cómo se humillaba de esa forma?

—Mamá, por Dios. No te humilles hasta esos extremos.

Mi padre se dio cuenta de mi indignación.

—Está bien, lo hago por ti, hija. Ya hablaremos con más tranquilidad.

En ese momento sonó su móvil.

—De acuerdo, voy para allá.

Se acercó a mí y me enseñó las llamadas.

—Como ves, es del hospital. No quiero que haya malas interpretaciones. Es una urgencia.

Ni le contesté. Mi madre se dirigió a la habitación de los invitados, hecho que demostraba que ya no dormían juntos.

—Mamá, por favor, háblame.

Ella sonrió con tristeza.

—Sé que no apruebas mi conducta y, es más creo que, aunque quieres evitarlo, sientes un rechazo hacia mí.

Me sentí culpable, era cierto.

—No es eso, mamá.

Iba a coger un cigarrillo, pero se lo quité de la mano.

—Ya está bien, mamá, esto va a matarte.

—No puedo, Carmen, no puedo separarme de él. Es todo mi mundo, mi vida... no sé qué haría si no estuviese a mi lado.

—Siento tener que decirte esto, sobre todo porque estoy cuestionando a mi padre, pero no me entra en la cabeza que consideres que tu vida sea él y que no sepas qué hacer si te falta con lo que te está haciendo.

—Has salido a él en el carácter. Eres fuerte y te puede más la razón que los sentimientos. No lo entiendes porque tú no te has enamorado.

—Puedes que tengas razón, mamá. No deberíamos de juzgar hechos por los que no hemos pasado, pero considero que, aunque, nos desgarramos por dentro, debemos enterrar nuestros sentimientos cuando no son correspondidos porque esto lo único que provocara es vivir muriendo. —Mi madre cubrió su rostro con sus manos y se quedó en silencio—. Mamá, tienes que afrontarlo, aceptarlo y buscar la manera de salir de esta situación, no puedes entrar en ese bucle de aguantar a ver si acaso o pensando que mi padre volverá a tus brazos. Va a ser aún más doloroso cuando veas que no lo hará. Cuando ha dicho de divorciarse, lo he visto rotundo; seguro de sí mismo.

—Siento como si mis carnes se abrieran en canal, Carmen. No puedo soportar la idea de saber que está en los brazos de otra mujer, que ella le besara como yo, que harán el amor... que ya... —Sus palabras se quebraron por su llanto.

—¿Por qué tienes que pensar eso, mamá? ¿Por qué te tienes que introducirte de esa forma tan brutal en tu sufrimiento? En lugar de pensar eso, ¿por qué no piensas que ella nunca podrá besar como tú, ni tampoco hará el amor de la misma forma que lo has hecho tú? ¿No te das cuenta, mamá, de que, en lugar de salir pozo, lo que haces es introducirte aún más al recrearte en un sufrimiento innecesario?

»La única forma de avanzar es mirar hacia adelante y, por muy dolorosos que sean los hechos, es reconocer que los hechos están ahí y no los podrás transformar jamás porque, quienes los han realizado, son los únicos que podrían hacerlo. Yo no voy a llorar ni suplicar para que permanezcáis unidos, sino intentar que todo suceda de la mejor manera posible, de que mi postura sea neutral, de aceptar que mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados y ahora me toca a mí saber mantenerme en esa graduación.

—Lo siento, hija. Creo que he fracasado. He destrozado mi matrimonio...

Era inaudito... se consideraba culpable...

—Mamá... ¿Eres consciente de lo que estás diciendo? ¿Tú, culpable? Es mi padre, mamá, tú marido...

—Lo ha hecho porque yo no he estado a su altura. Él es un hombre atractivo, inteligente, con un gran futuro por delante. Sé que le han ascendido por lo escrupuloso que es en su trabajo. Siempre perfeccionándose, estudiando, avanzando. Yo, en cambio...

—Pero ¿cómo es posible que pienses de esa forma? Tú eres quien ha estado ayudándole, informándole de los últimos avances sobre pediatría que han salido en los medios de comunicación; quien le ha animado a que asista a congresos, conferencias y encuentros con otros compañeros de su profesión... Incluso escribiéndole sus discursos...

—Pero él era quien lo llevaba todo a la práctica.

—Que falta de autoestima, mamá. No te valoras, seguro que, si tú no hubieras estado a su lado ayudándole y estando siempre ahí, él ni se hubiese molestado en progresar.

—Estás equivocada, Carmen, tu padre, al dejarme que le haya ayudado, me ha hecho sentirme importante, útil.

Me daba cuenta de que era imposible hacerle entrar en razón. Jamás me hubiese imaginado que pensase como lo hacía. Empezaba a pensar que mi insistencia lo que único que hacía era que se reforzase más en sus criterios. Estaba ya cansada, agotada y decidí dejar de insistir. Pedía a Dios que hiciera un milagro que le hiciese ver la realidad.

CAPÍTULO IV

Me despertó la claridad del día. Tenía que empezar a levantarme temprano, quedaban ya pocos días para el comienzo de las clases. Me dolía la cabeza, seguramente como consecuencia de haberme quedado dormida pensando en la situación de mis padres. Me remordía la conciencia por portarme de una forma tan fría y crítica con mi madre, sobre todo porque fue ella quien siempre estuvo a mi lado a la hora de llevarme a los médicos, en las reuniones escolares, a la entrega de las notas, para comprarme ropa, llevarme a los cumpleaños... Mi padre no era muy amigo de hacerlo, consideraba que, al estar trabajando, era obligación de mi madre. Al entrar en el salón vi Alfonsí —nuestra asistente— limpiando los muebles.

—Hola, Carmen, ¿qué tal tus vacaciones? ¿Te encuentras mal? Tienes cara de no haber dormido bien.

—Buenos días, Alfonsí. Como siempre que estoy con mi abuela, magníficas. Sí, estoy un poco destemplada, me tiene que venir la regla. Voy a tomar un café.

—¿Quieres que te prepare el desayuno y te lo llevo a la salita? Tu madre está allí desayunando.

—Oh, no, gracias, ya lo hago yo. ¿Se ha marchado ya mi padre?

—Sí, muy temprano. No ha querido desayunar.

Mi madre estaba mirando el móvil. Al sentirme entrar, levantó la vista. Su aspecto era deplorable.

—Buenos días, hija.

—Hola, mamá.

—Lo siento, Carmen, sé que estas disgustada conmigo, pero no sé cómo afrontar esto. Han sido muchos años compartiéndolo todo, disfrutando de buenos momentos...

—Déjalo, mamá. No soy de tu misma opinión.

Mi madre me miró con indignación.

—Carmen, ¿no te das cuenta de que estás siendo muy fría y dura?

—No es cuestión de ser fría ni dura, sino de no dejarse humillar ni manipular.

—Me daba cuenta de que empezábamos a atacarnos—. Mamá, creo que debemos de dejar esta conversación, estamos empezando a atacarnos.

Mi madre se me acercó y me abrazó.

—Perdóname, cariño, tienes toda la razón. ¿Qué debo hacer, Carmen?

—Mamá, ya te lo he dicho, no debes rebajarte más ni humillarte... ¿Mi padre quiere el divorcio? Pues concédeselo, pero no vayas a ser tan tonta como para consentirle todo lo que quiera. Ten en cuenta que si él era quien traía el dinero a esta casa, tú le has ayudado muchísimo, has sido la esposa ideal y una madre ejemplar.

Mi madre me cubrió de besos.

—Gracias hija, desde mi corazón. No sabes lo que significan para mí esas palabras.

CAPÍTULO V

Mi madre aceptó la situación y se adaptó a ella. Daba la sensación de que no estaba ocurriendo nada anormal. Yo no podía soportar que siguieran juntos sabiendo que mi padre seguía viéndose con aquella mujer. Iba en contra de los valores que ellos mismos me habían inculcado. No dejaba de ser curioso que me educaran en unos principios religiosos, que se preocuparan de mis salidas y entradas, de las personas con quienes me relacionaba. Me estuvieran advirtiendo continuamente del peligro de las drogas, del alcohol y el sexo y ahora mi padre fuese infiel y mi madre una consentidora. La impotencia y la rabia me llevaron a hacer lo que se me había prohibido. Empecé a tomar alcohol y fumar, de vez en cuando, porros. Era mi forma absurda de vengarme de ellos, no me daba cuenta de que a quien destrozaba era a mí misma. Terminé por perder mi virginidad con un idiota, prepotente, de esos guaperas que van presumiendo de que no se les resistía nadie y que son únicos a la hora de tener sexo. Lo cierto es que a mí lo único que me dio fue pena y asco. Quiso perfeccionarse tanto que solo se preocupó de eso. Cuanto más hincapié hacía para motivarme con sus caricias, sus besos y su sexo, más rechazo y asco me producía. Lo patético del caso es que, tanto él como yo, sobre todo él, a la hora de hablar de ello, lo hicimos diciendo que fue algo maravilloso, único. Mis padres, ajenos a todo lo que estaba ocurriendo, ni se dieron cuenta de mis mentiras y continuaban haciendo su vida.

Una tarde, en la que me encontraba con esa sensación de que vas a entrar en una especie de oscuro pozo porque ya no te importa nada ni nadie, me llamó mi abuela. Estaba disgustada porque hacía tiempo que no sabía nada de mí. Me dijo que me echaba muchísimo de menos; que estaba contando los días que faltaban para vernos. Aquella llamada fue la cuerda en la que me sujeté para salir del pozo. No podía fallarle, no después de todo

los sufrimientos que había pasado; haber perdido a un hijo y la más terrible de las incertidumbres, la de no saber si seguía vivo o muerto; ver lo que le estaba sucediendo a su hija; su amnesia. No quería ni pensar que era lo que le hubiese ocurrido si llegara a enterarse de la doble vida que estaba llevando su nieta. Había sido una egoísta, ni siquiera había pensado en ella. Lloré, lloré hasta beber mis propias lágrimas y entonces me juré a mí misma que cambiaría, que lo haría por ella. Empecé a involucrarme cada vez más en mis estudios, me aparté de mis amistades y decidí ignorar la situación que estaban viviendo mis padres. Llegó el momento en el que mi madre no podía ignorar los hechos, mi padre se pasaba las noches sin venir por casa y, entonces, ella empezó a cambiar sus costumbres. Se pasaba más horas en el gimnasio. Quedaba con sus amigas. Cambió su forma de maquillarse y de vestir y terminó por irse de nuevo al dormitorio de invitados. Mi padre no se pronunciaba, pero se vengaba de la peor de las maneras, ignorándola. Una mañana, mientras desayunábamos, mi madre me comentó:

—¿Sabes, cariño? Me he enterado de que Antonio es el presidente de una fundación que se dedica a dar cierta formación y aprendizaje a personas que, por diferentes motivos, no terminaron sus estudios y quieren salir mejor preparados al mercado laboral. Voy a pedirle trabajo por si necesita alguna profesora que dé Historia.

La miré con ironía.

—Hay que tener valor, mamá, pedirle trabajo al marido de la amante de tu marido.

Me miró enfadada.

—No me provoques, Carmen, no quiero discutir contigo.

—Por supuesto que no, mamá —corté sus palabras—. Es mejor ignorar lo que sucede a tu alrededor, sobre todo si en ese alrededor está una hija.

—¿Cómo puedes decirme eso? Siempre he estado pendiente de que no te falte de nada. De tus estudios, de tus médicos...

—Sí —volví a cortar—, cuando era una niña. Ahora, precisamente ahora, cuando más te necesito lo único que has hecho es fijarte en mi padre y luchar en una batalla en la que no querías ver que perderías.

—Eres cruel...

—¿Cruel? Cruales vosotros. Pensabais que una adolescente solo necesita buenos colegios, universidades famosas y viajes al extranjero para perfeccionar el inglés. No... no, mamá... Estáis equivocados, una adolescente, aunque no lo diga, aunque lo rechace porque se cree ya una mujer, necesita del calor de sus padres. Que estén ahí y, sobre todo, que les den buenos ejemplos.

—No quiero seguir escuchando...

—No quieres seguir escuchando porque no tienes palabras para responderme. Pues que sepas que, aunque he sacado buenas notas, que era lo que parece ser que os preocupaba, he bebido alcohol, he fumado porros y me han desvirgado. Pero ya no tienes por qué preocuparte, gracias a mi abuela he salido de ese mundo.

Mi madre estaba blanca como la pared. Hizo ademán como de vomitar. Entonces me di cuenta de que estaba teniendo con ella el mismo comportamiento que ella con mi abuela.

—Mamá, lo siento, perdóname.

Pensé que me rechazaría, pero fue todo lo contrario me estrechó entre sus brazos y sus lágrimas se mezclaron con las mías.

—Lo siento, cariño. Nunca me lo perdonaré. ¿Por qué no me lo dijiste?

Sonreí con tristeza.

—Mamá, ¿cómo te iba a decir semejantes cosas?

—Ya todo pasó, Carmen. He tardado en reconocerlo, pero, gracias a Dios, al final he visto la luz.

CAPÍTULO VI

La vida continuaba. Mis padres no terminaban de divorciarse, pero se adaptaron a una nueva situación, la de vivir juntos, pero hacer vidas separadas. Mi padre empezó hacer algo que no había intentado hasta entonces, el querer llevarme a su terreno y echarle toda la culpa a mi madre. Yo intuía que era porque estaba celoso al ver como mi madre, gracias a la ayuda de Antonio, había conseguido trabajar en la fundación, viéndosela, día a día, más feliz y contenta. Conseguí mi sueño, estudiar, a través de F. P., un ciclo formativo Grado Medio: Explotaciones agrícolas intensivas. Nunca olvidaré la expresión de mi padre, una mezcla de indignación e impotencia, cuando le dije lo que quería estudiar, pero sabía que no tenía poder para imponerme sus deseos.

Seguimos visitando a mi abuela en las fiestas de Navidad, aunque mi padre no volvió a acompañarnos, algo que era de agradecer al tener un carácter cada vez más insoportable. En el último viaje, le dije a mi abuela que, en cuanto obtuviera el título de Técnico agrícola, regresaría a la finca y trabajaría la tierra. Más de una vez tuve deseos de preguntar a mi madre por aquel enigmático hermano, pero desistí de ello, consideré que era ella quien debería de decírmelo en el momento que considerase oportuno.

CAPÍTULO VII

Era mediodía, estaba esperando a mis padres para empezar a comer. Hacía solo unos días que me habían dado el título. Mi madre asistió al acto de entrega; mi padre puso una disculpa y no me acompañó. Me fijé en el reloj, se estaban retrasando. Me parecía mentira el cambio que había dado mi madre. Se involucraba cada vez más en su trabajo, lo que le llevaba a estar más horas fuera de casa. Su carácter se había hecho más alegre. Me hacía bromas, me abrazaba continuamente. Su físico también dio un cambio. Las horas en el gimnasio le hicieron adquirir unas bonitas curvas. Veía tutoriales para maquillarse y, desde luego, eran muy efectivos por lo guapa que estaba. Sin embargo, a mi padre le ocurría todo lo contrario, estaba como más envejecido y se iba haciendo, día a día, más irascible, yo diría que casi entrando en la agresividad.

Escuché el ruido de la puerta al abrirse y apareció mi padre.

—¿No ha llegado tu madre?

—No, y tampoco me ha llamado.

Esperamos durante casi una hora. De pronto, se abrió la puerta y apareció sonriente...

—Hola, siento llegar tarde, pero el tráfico...

—¿El tráfico? A mí no me tomes por tonto. Yo también he venido en coche.

Mi madre le miró asombrada.

—Yo no tengo que tomar a nadie por tonto. No recuerdo haberte preguntado cuando eres tú quien llega tarde, ni cuando ni siquiera vienes.

—Vamos a dejarlo, Carmen querrá comer ya.

No sé por qué siempre que discutían me tenían que nombrar. Mientras comíamos, se podía cortar el silencio con un cuchillo. Ante semejante situación no me atrevía a decir que me quería ir con mi abuela.

—Por cierto, Rocío, estás siendo la atracción del hospital. Os critican a tu jefe y a ti. Por lo que se ve, estáis siempre juntos y se os ve muy cariñosos.

Mi madre sonrió burlonamente.

—No me lo puedo creer. Qué me critiquen a mí por irme a tomar un café con Antonio y no a ti y a tu amante. Qué ironías tiene la vida.

Por unos instantes, mi padre se quedó cortado.

—No me bordees. No te lo voy a consentir. Sé que estás tramando algo.

Mi madre le miró con expresión irónica. Yo no salía de mi asombro. ¿A qué venía ese comportamiento por parte de mi padre? Actuaba de una forma absurda e injusta...

—No me hagas reír. ¿Tramando algo? Pero ¿quién te crees que eres?

—No vayas a equivocarte. A mí me da exactamente igual con quién te revuelques, pero creo que lo estás haciendo por revancha y ello podría salpicar a Nieves.

No daba crédito a sus palabras y lo que más me dolía es que se interesaba más por esa furcia que por mi madre y, por otra parte, no estaba teniendo en consideración lo que yo podría estar sintiendo ante semejante enfrentamiento.

—Papá, no te voy a consentir que trates a mi madre de esa forma.

—No te preocupes, cariño, no hiere quien quiere, sino quien puede. Él mismo se define por sus palabras, se cree que todo el mundo es igual que él. Tampoco te preocupes porque quiera proteger a su amiguita. Yo no me revuelco con Antonio y, por supuesto, si debo tener algún tipo de relación, no será un revolcón, que por lo que se ve es lo que tú haces, puesto que consideras que lo hacemos los demás... Antonio está ahora en un proyecto para llevar cultura y tecnología a ciertos pueblecitos y me ha pedido que haga un estudio sobre la historia de España desde su primera invasión hasta ahora, por eso nos estamos viendo más a menudo. Por otra parte, te recuerdo que, aunque no estamos divorciados, nos encontramos, de mutuo acuerdo, separados.

—Te estás haciendo hasta mentirosa y por supuesto que estamos separados, recuerda que fui yo quien te dejó a ti.

Mi madre le miró con tristeza.

—No hace falta que me lo recuerdes, lo sé de sobra. Me sustituiste por esa desvergonzada.

Mi padre se levantó de forma desafiante y con la mano alzada. Me incorporé y me puse entre los dos.

—Papá, te lo digo muy en serio, modera las formas o soy capaz de denunciarte y hoy no es como antes, las cosas se te pueden poner muy feas si fuera yo quien te denunciara.

—Déjalo, Carmen... no tiene agallas para hacer nada.

Sentía una pena infinita por estar llegando a semejantes situaciones. En un matrimonio podía evaporarse la atracción sexual, parte del amor, pero jamás el respeto, la dignidad, la capacidad de comprensión y la humildad, sobre todo si había hijos de por medio.

—¿Qué historias les estas contando a tu hija sobre mí para que esté saliendo en tu defensa?

Me adelanté a la contestación de mi madre.

—Te estás equivocando, papá, y mucho. Quizás antes tenía más empatía hacia ti porque veía a una madre que se dejaba manipular y vencer y como mujer me rebelaba, pero ahora veo una madre luchadora y a un padre que está actuando de una forma totalmente injusta y agresiva.

Mi padre hizo un gesto como para responder, pero dio media vuelta y se fue de casa dando un portazo. Mi madre se acercó a mí y me abrazó.

—Gracias, hija, sé que sufres al ver esta situación y lo siento, lo siento muchísimo. Creo que deberías hacer el equipaje y marcharte con tu abuela. He estado aguantando hasta ahora por ti. En cuanto tú te vayas empezaré a tramitar el divorcio. Perdónanos, cariño.

—Mamá, pensaba decirte que me iba en esta semana, pero viendo como están las cosas no me había atrevido a hacerlo. No sufro, mamá, porque te separes, sino por la forma como está ocurriendo todo.

—Cariño, tu padre se ha dejado llevar por la rabia de ver que yo pueda estar con otro hombre y ese, además, sea su jefe. Ha sido tan ególatra que pensó que yo no iba a dejar de amarle y que seguiría aguantando semejante vejación.

CAPÍTULO VIII

Íbamos camino de la finca. Había dejado transcurrir tres años con la esperanza de que mis padres se divorciaran, pero en vista de que no lo hacían, decidí que había llegado el momento de hacer realidad mis sueños. Gracias a Dios no volvieron a tener aquellos enfrentamientos tan fuertes, pero su distanciamiento era día a día más evidente. Durante estos tres años estuve haciendo cursos *online* para adquirir más conocimientos sobre la agricultura. Mi abuelo paterno había fallecido de un derrame cerebral. No derramé ni una lágrima, últimamente, no sé qué historia le contaría mi padre, había dejado de hablarnos. Mi madre y yo nos unimos más a Clara. No dejábamos pasar una fiesta de Navidad sin compartirla con ella y siempre con la esperanza de que pronto estaríamos juntas. Ella me pedía que me esperase y no dejara a mi madre sola.

Mi madre conducía relajadamente mientras iba escuchando música. Se veía feliz y, además, estaba guapísima. Se dio cuenta de la que la estaba observando y durante unos instantes me miró sonriendo.

—Me imagino lo que estás pensando. Seguro que te estás arrepintiendo y hasta sientes pavor por el embrollo en el que te vas a meter.

—¡Oh no, mamá! Estaba observando lo guapa y cambiada que estás.

Soltó una carcajada.

—Qué vas a decir tú, mi hija.

—Es cierto, mamá. Has sido muy valiente y te admiro.

—Mi pequeña, he llorado tanto en mis noches que mi cara se empapaba por las lágrimas vertidas en la almohada. Incluso, más de una vez, rasgué las sábanas con mis propios dientes para no gritar. Al final, he

conseguido aceptarlo y comprenderlo, lo que me ha llevado a encontrarme más tranquila y sosegada, incluso feliz. Sé que tú también has sufrido, cariño.

—Olvidémoslo, mamá. Lo importante es nuestro presente. Lo que no entiendo es por qué no os divorciáis.

—Yo he querido hacerlo, pero tu padre siempre pone un impedimento. No lo comprendo.

—Mamá, pues no le dejes. Hay ciertas decisiones que, cuanto antes se realicen, mejor. Hablemos de otra cosa. —Sonreí—. Estoy deseando ver a mi abuela.

Sonrió.

—Vas a hacer que me sienta celosa de tu Clara.

—Eso nunca mami, te adoro y ahora lo que deseo es que rehagas tu vida.

Le guiñé un ojo.

—Eres un cielo, cariño mío. Por ahora no está en mis planes entrar a ninguna persona en mi vida. Anda, pon música, quedan muy pocos kilómetros para llegar.

Hice lo que me había pedido y cerré mis ojos dejándome llevar por las notas musicales. La voz de mi madre me hizo volver a la realidad.

—Despierta, cariño, estamos entrando en la finca.

Sentí una gran alegría, estaba deseando estrechar entre mis brazos a Clara. Mi madre tocó el claxon en señal de nuestra llegada. Salieron a recibirnos mi abuela, Sebastián y Rosa. Clara me abrazó y besó efusivamente.

—Mi niña, al fin, estoy tan emocionada de que te vengas a vivir conmigo.

—No te hagas muchas ilusiones —dijo mi madre en tono de broma mientras la abrazaba—. Podría ser que se cansara y retornara de nuevo a la urbe.

Sebastián y Rosa nos besaron, dándonos la bienvenida.

—Rosa, por favor, prepara algo de comer, vendrán hambrientas.

Terminamos una comida deliciosa y nos dirigíamos a nuestras habitaciones cuando mi abuela, agarrándome del brazo, me llevó hasta su dormitorio.

—Carmen, mi niña, te he preparado para ti mi dormitorio. Yo ya no necesito una habitación tan grande y tú requerirás más espacio. Estoy deseando que veas como la he decorado, a ver si es de tu agrado.

Al abrir la puerta me quedé impresionada. Había cambiado la decoración, de un estilo sobrio había pasado a uno totalmente juvenil. Había una mesa, encima de ella un ordenador y material de escritura.

—Pero, Clara, ¿cómo has hecho eso? Yo... no.

—Te lo mereces, cariño. He querido prepararte este rinconcito para que estés más en silencio e intimidad.

CAPÍTULO IX

Mi madre se marchó con la promesa de regresar tan pronto como pudiera y de tramitar cuanto antes los papeles del divorcio. Clara se empeñó en que tenía que sacarme el carné de conducir, quería que tuviera autonomía para poder desplazarme de un lado para otro, ya que el único coche que había en la finca era el de Sebastián. Después de obtener el carné, me compró un todo terreno. A mí me parecía estar viviendo un sueño. Lo primero que hice fue preparar las naves que en un tiempo albergaron toda la maquinaria para las siembras y los trabajos del campo. Tuve la suerte de que Sebastián tuviera un cuñado que era el dueño de una pequeña empresa de construcciones y fue quien se encargó de ello.

Me había levantado temprano y estaba desayunando en el porche. Observaba la belleza del amanecer. La claridad de los rayos del sol iluminaba los cielos y la tierra. Una que te llenaba de paz y de tranquilidad. Tenía que comenzar a trabajar la tierra, empezar a sembrar. Pero ¿cómo saber qué sembrar, qué era lo más demandado?

Sentí en mis hombros las manos de Clara.

—Dime, mi niña, ¿qué es lo que estas pensando? Te noto preocupada.

—¡Oh, no! —mentí para no preocuparla—, me dejaba llevar por la belleza del paisaje.

Se sentó a mí lado y cogió mis manos.

—No sabes mentir, Carmen. Seguro que ahora estás pensando: ¿qué seguir haciendo? ¿Qué sembrar? No te preocupes, mi niña. Tengo una idea, ¿por qué no siembras cepas? Era en lo que trabajó tu abuelo. Adoraba sus cepas y siempre fueron muy bien acogidas por la bodega de las que ya te he

hablado. Eso sí, tienes que considerar que las primeras tardarán, por los menos, unos tres años en dar su fruto.

—Entonces, más difícil aún.

—En todos los negocios existen sus riesgos.

—Sí, pero esto ya roza lo imposible. Hay que tener valor —sonreí— y cara dura para ofrecer un producto que va a tardar en producirse todo ese tiempo.

—Por lo menos, inténtalo. Nunca se sabe. Siempre he pensado que el valor reside en intentarlo porque, obtenerlo, te lo pueden dar sin esfuerzos.

La miré. Si ella, una mujer ya en el crepúsculo de su vida, actuaba con esa energía, ¿por qué no iba a hacerlo yo, que empezaba mi amanecer?

—Tienes razón, Clara. Hay que intentarlo para no quedarnos con la amargura de la duda. Me voy ahora mismo a ofrecer mis futuras uvas a la bodega —diciendo estas palabras me levanté y me dirigí al coche, mientras escuchaba la voz de Clara.

—Carmen, sé valiente y no tengas ningún miedo.

Mientras conducía, empezaron a asaltarme las dudas. Al irme acercando, observaba la gran extensión de la finca. Era enorme y, en medio de todas, unas naves muy bien diseñadas, donde, seguramente, irían los toneles. Al fondo, se encontraba un cortijo de construcción muy solida y señorial. La cancela de la finca estaba cerrada. Me bajé del coche para pulsar el timbre. Dije mi nombre y, al preguntarme qué era lo que deseaba, tuve el valor de decir que venía a ofrecer unas uvas. Unas que ni siquiera estaban sembradas. Aparqué delante de la casa. Estaba saliendo del coche cuando apareció en la puerta un hombre que, por su indumentaria, tendría ser un trabajador del campo.

—Buenos días. —Y me extendió su mano—. Me llamo Pedro. Pase, por favor, mi jefa la está esperando.

—Encantada. Gracias.

¿Jefa? Una mujer asumiendo semejante responsabilidad, ¿por qué no? ¿No iba yo a asumir cierto riesgo? Las propias mujeres dudamos de nuestras posibilidades.

Después de llamar suavemente, entré. Detrás de una enorme mesa llena de papeles estaba una mujer que, por su aspecto, tendría que ser cuatro o cinco años mayor que yo. Rubia, con unos bonitos ojos de un azul metalizado. Me miró de arriba abajo con aires de superioridad. Me acobardé. Cómo iba yo a preguntarle a semejante mujer si quería unas uvas cuyas cepas aún no se habían plantado y máxime cuando no tenía ni idea de cómo tenía que plantarlas... ¿Por qué me había dejado llevar por mi visceralidad? Estuve a punto de dar media vuelta y marcharme.

—Tú nombre es Carmen, ¿no? El mío Belén, encantada. Tú dirás.

—Un placer conocerte —contesté—. Bueno, verás, he venido a ofrecerte unas uvas...

—De momento —cortó mis palabras—, no necesitamos más uvas, pero siento curiosidad por saber el tipo que me ofreces.

Me hablaba de una forma irónica. Seguramente percibiría mi desasosiego, mi inseguridad, pero, además, me dio la sensación de que, aunque hubiera tenido ya la cosecha plantada, no habría servido de nada, ella no iba a zanjar ningún tipo de trato conmigo.

—Disculpa, soy primeriza en esto de vender y...

—Yo no sé el tiempo del que dispones, pero el mío es muy limitado y no puedo perderlo. Tu forma de venderme el producto no me da ninguna seguridad. Ha sido un placer conocerte.

Sentí tal rabia e impotencia que me levanté de golpe, no ya solo por sus palabras, sino por mi torpe actitud y, sin saber de dónde salían mis palabras, empecé a hablar:

—Eres una prepotente, pensé que entre vecinos nos ayudaríamos y más entre mujeres, pero me he equivocado y...

Cortó mis palabras.

—Pero ¿cómo te permites el lujo de insultarme? Esto es el colmo. Te voy a decir una cosa: en los negocios no existen amistades, pero bueno, yo a ti no te he visto en mi vida, desconocía que fuéramos vecinas. Supones que el ser vecinas podría sumar puntos a favor, cuando hay algunos que, la mayoría de las veces, están en continuas guerras.

—Tienes toda la razón, lo siento, perdona por mi intromisión, ya no te molesto más. Además, realmente, si me pongo a pensar, ni siquiera somos vecinas, estamos bastantes alejadas.

Me di la vuelta para marcharme cuando entró de forma brusca el señor que me había recibido. Traía en sus brazos un niño de unos seis años que parecía haberse atragantado. Detrás de él una mujer llorando a lágrima viva.

—Señora, señora, el niño se ha comido alguna cosa y se ha atragantado...

Ella se levantó, pero se quedó bloqueada. Recordé que, en el colegio, unos monitores nos enseñaron hacer la maniobra de Heimlich y, sin dudarle, le quité al niño de los brazos y empecé hacérsela. De pronto, el niño escupió algo por la boca y rompió en llanto. Su respiración comenzó a normalizarse.

Belén lo cogió y lo estrechó entre sus brazos. Sin decir nada, me dirigí a la puerta y salí en dirección a mi coche, iba a montarme cuando escuché su voz.

—Carmen, espera, por favor.

Me volví.

—No te preocupes, no ha sido nada. Me alegro de haber podido ayudar.

—No, por favor. Ven, hablaremos de nuevo.

—No, no Belén, lo siento, no voy a dejar que por haberte ayudado ahora te veas en la obligación de favorecerme.

—Mira que eres cabezona, ven, por favor, el niño quiere verte.

En ese momento, aparecieron el niño y Pedro, venían sonriendo. Pedro le dijo algo al oído y el niño vino hacia mí y me abrazó.

—Gracias, quiero ser tu amigo.

Le sonreí y lo estreché entre mis brazos.

—Claro que sí, pequeño, mi nombre es Carmen, ¿el tuyo?

—David.

—Vamos, David, vamos a la casa —le dijo la chica, quien seguía blanca como la nieve.

—¿Quieres que te suplique que entres a mi despacho? —me preguntó Belén.

La seguí, pero no me agradaba que ahora se viese en el compromiso de tener que aceptar lo que antes no había querido.

—Te pido disculpas, tenías razón, he sido una prepotente y, fíjate la vida, me ha venido a demostrar que podemos necesitar ayuda en cualquier instante y por quien menos nos podríamos imaginar. No puedo evitar ser sincera, por ello voy a decirte que, me ofertes lo que me ofertes, lo voy a aceptar porque acabas de salvar la vida de mi hijo.

—Yo también quiero ser sincera, por lo que te diré que no te voy a ofertar nada, no quiero que por el mero hecho de hacer lo que era mi obligación tenga que recibir ningún tipo de retribución.

—Te rogaría, por favor, que me dijeras lo que has venido a decirme, ya ni por agradecimiento, sino porque podría ser interesante para mí y porque, por tu comportamiento, intuyo que tienes que ser una magnífica persona.

La expresión de sus ojos demostraba que estaba siendo sincera.

—Es que ahora me da vergüenza decírtelo, porque ni tengo plantadas las vides y ni siquiera sé cómo hacerlo.

Soltó una carcajada.

—Pero bueno. ¿no me habías preguntado si necesitaba uvas? Además —sonrió de nuevo—, sabrás que, si son las primeras cepas que plantas, no podrás recoger la cosecha este año. Tardarás, por lo menos, dos o tres en hacerlo.

—Sí... lo sabía, lo siento, sé que esto es descabellado, pero no sé por qué he decidido intentarlo, arriesgarme.

Sonrió.

—Me gusta como piensas. ¿Intentarlo? Tienes toda la razón en hacerlo. Te voy a ayudar. Tendrás que empezar por hacer una valoración de

las pérdidas y de las ganancias. De cuántas hectáreas son las que vas a plantar; de los materiales que vas a necesitar.

—Estoy empezando a agobiarme. Creo que será mejor que lo deje.

—No —dijo de forma rotunda—. Llevarás a cabo tu proyecto, como te he dicho, yo te voy a ayudar.

—No puedo consentirlo. Me siento fatal.

—No te sientas culpable, no has actuado con maldad, quizás —sonrió— con cierta ignorancia. Por favor, no te valores de esa forma. Se aprecia que eres una gran persona y con una cualidad que ya muy pocas tienen: la esperanza en un futuro. Dime tu número de teléfono. Me dices por dónde está tu finca y mañana, a lo largo del día, te llamo y voy a ver tus tierras.

—No son mis tierras, son de mi abuela. No sé cómo voy a agradeceréte.

—Ya me lo has pagado y con creces. Lo que sí tienes que demostrarme es que no solo tienes valor para hablar y vender lo que no tienes —sonrió burlonamente—, sino también para saber llegar hasta el final.

Cuando salí por aquella cancela no cabía en mí de gozo. Cómo puede cambiarte la vida en cuestión de segundos, yo que pensé salir sin nada entre mis manos, las llevaba llenas de soluciones y, encima, ayudada por una persona experta.

Al entrar en mi finca, vi como Clara salía a la puerta a recibirme.

—Hija, Carmen, me tenías preocupada, pensé que te había pasado alguna cosa.

La abracé mientras le decía:

—Clara, a partir de ahora tendré que estar saliendo y entrando. Además, cada vez que lo desees, puedes localizarme a través de este trasto —dije sonriendo mientras le enseñaba el móvil...

—Tienes razón, hijita. Por la expresión de tu mirada, seguro que traes buenas noticias.

Mientras le iba contando lo que me había ocurrido, su mirada iba reflejando su felicidad.

—¿Sabes, Carmen? Creo que has superado a todos los miembros de esta familia. Qué orgullosa me siento.

CAPÍTULO X

Me despertó la luz de los rayos del sol al entrar a través de los cristales de la ventana. Me sentía feliz. Hacía mucho tiempo que no me encontraba de esa forma. Quizás me había llegado la hora de ver esa luz al final del túnel. Miré el reloj, eran las nueve y media. Recordé que Belén había quedado en llamarme, en esos instantes sonó el móvil.

—Buenos días, Carmen. Quiero recordarte que hemos quedado en vernos. ¿Te parece bien dentro de una hora en el cruce de camino que hay antes de llegar al pueblo?

—Buenos días, Belén. Por supuesto, no lo había olvidado. Gracias, Belén, nos vemos.

Literalmente me tiré de la cama y me fui directamente a la ducha. Me puse una camisa de cuadros y un vaquero. Entré en la cocina, allí se encontraban Clara y Rosa.

—Buenos días. —Le di un beso a mi abuela—. Lo siento, me dormí y había quedado con Belén.

Me serví un café y me fui con un bollo en la mano mientras escuchaba la voz de mi abuela.

—Carmen, hija, no vayas tan acelerada, a ver si vas a tener un accidente.

Cuando llegué al cruce de caminos, Belén estaba esperándome en una pequeña explanada, recostada en el maletero del coche. Sonrió al verme. Aparqué a su lado y me bajé del coche sonriendo.

—Lo siento, Belén, estaba...

—En la cama —cortó mis palabras—. No hay nada más que verte la carita para saber que estás recién levantada. Vayamos a ese cortijo tuyo.

Clara nos estaba esperando en el porche.

—Hola, Clara, ya estamos aquí sanas y salvas. Ella es Belén; Belén, Clara, mi abuela.

Belén le dio dos besos.

—Encantada de conocerla, Clara.

—Por Dios, hija, tutéame. Para mí es una alegría conocer a las amigas de mi nieta. ¿Quieres tomar algo, alguna bebida, café, una infusión...?

—¡Oh, no, gracias! Acabo de desayunar. Vamos a ver esas tierras. A simple vista, parecen ser muy buenas para sembrar vides.

—Sí —respondió mi abuela—, en tiempos de mi marido teníamos un viñedo magnífico y éramos proveedores de tu abuelo.

Belén me miró.

—¿Por qué no me lo dijiste? Eso te hubiera aportado puntos —dijo sonriendo.

Me eché a reír.

—No quería que te sintieras aún más obligada de tener que aceptar mi propuesta.

Nos dirigimos a los terrenos donde supuestamente íbamos a plantar las cepas. Le señalé a Belén los límites hasta los terrenos que teníamos arrendados y ella empezó a hacer fotos con el móvil desde diferentes sitios.

—Creo que ya está. La extensión de la finca, sin tener en cuenta los terrenos que me has señalado es, aproximadamente, de doce ha. Quien te puede servir de ayuda a la hora de plantar las vides es vuestro guardés. Pídele asesoramiento. Otra cosa que tener en cuenta es la forma de transportar las uvas, por lo que deberías comprarte un pequeño camión. Se lo diré a Pedro, entiende bastante de mecánica.

—La verdad, Belén, me siento avergonzada Me da la sensación de que me estoy aprovechando de ti.

—No digas bobadas, lo que tienes es que espabilar si quieres plantar las vides. La plantación empieza en diciembre y termina en febrero; estamos a últimos de enero.

—Me pondré enseguida a ello.

—Perfecto. Hemos terminado. Me despediré de tu abuela, me ha parecido una persona encantadora.

Al entrar en la casa, Clara nos esperaba en el salón, tenía preparadas unas jarras de café, leche y chocolate que despedían un suave aroma y un bizcocho de limón que parecía decir «cómerme».

—Como para negarse a probar semejantes manjares —comentó Belén sonriendo.

Después de tomar aquellas delicias, Belén se despidió de nosotras prometiéndole a Clara que traería a su hijo para que probara aquel delicioso chocolate. Me quedé mirando cómo se alejaba el coche. Clara puso su mano en mi hombro.

—Has tenido mucha suerte, Carmen, se ve una gran mujer.

—Sí, Clara, he tenido mucha suerte.

Después de comer, me dirigí de nuevo hacia los terrenos donde plantaría las vides. Estaba preocupada, sabía que las explicaciones de Sebastián no iban a ser suficientes. Debería de comenzar a hacer un dossier sobre todas las informaciones que fuese recibiendo. Me daba cuenta de que es fácil la teoría sobre los hechos, pero difícil llevarlos a la práctica. ¿Estaba capacitada para afrontar semejante aventura? Sentí como alguien me miraba y me giré. A unos cuantos metros de distancia vi a Vicente, el hijo del guardés.

—Hola. ¿Puedo acercarme?

—Claro que sí.

—No sé cómo debería llamarte, ¿de usted o de tú? —me preguntó.

Me eché a reír.

—Por favor, tutéame.

—Me ha dicho mi madre que quieres plantar vides.

Al tenerlo cerca me di cuenta de que era un chico guapo, con unos ojos color del castaño muy bonito y un pelo muy corto del mismo color.

—Sí... es mi proyecto y estoy muy ilusionada con ello —respondí con optimismo sin querer demostrarle mi preocupación.

Mientras hablábamos, no me miraba, dirigía su vista hacia el horizonte.

—Sabrás que el campo es muy traicionero aunque, si te soy sincero, no es culpable de ello, son las inclemencias del tiempo las que hacen que sea así.

—Sí... eso también lo considero. —Lo cierto es que no era verdad, ni siquiera lo había pensado—. Pero hay que arriesgarse si quieres alcanzar tus metas.

Me miró directamente a los ojos.

—Yo podría ayudarte, voy a coger unos días de vacaciones en mi empresa y me quiero venir con mis padres.

Por la forma de expresarse, me pareció una buena persona.

—No sabes cuánto te lo agradezco. No tengo ni idea de cómo se trabaja la tierra.

—Mi tío Lorenzo, hasta su jubilación, ha estado plantando cepas. Le voy a preguntar, tomaré notas y te las daré. También necesitarás trabajadores que te siembren las vides. Por esta época suelen venir temporeros, incluso de otras nacionalidades, a los que se les puede contratar con salarios más bajos que a los españoles.

—Muchísimas gracias, me sorprende tu generosidad.

Sonrió.

—Sé que te podrá extrañar mi comportamiento, te diré que yo estuve muy enfermo a consecuencia de una meningitis vírica. Mis padres temían por mi vida y también por las secuelas cerebrales que podrían quedarme. Tu abuela pagó a los mejores especialistas para que me atendieran. Gracias a ellos, a tu abuela y a nuestro Dios, sigo vivo y sin ningún tipo de secuela. Nunca lo olvidaré.

—Se ve que eres muy agradecido, mi abuela hizo lo que tenía que hacer, siempre se debe de ayudar a quien lo necesite. Te agradezco la información sobre los trabajadores. Creo que, aunque me cueste más caro, contrataré solamente a los que sean del pueblo.

Me miró con expresión de extrañeza.

—No creo que seas racistas, ¿por qué no a los otros si van a ser más económicos?

—No, no soy racista ni mucho menos, pero me han dicho que en el pueblo hay bastante paro y me creo en la obligación de ayudar a los de mi tierra. Por supuesto, si no hay suficiente mano de obra, los contrataré también a ellos. Puede que no sea razonable, pero yo lo siento de esa forma. Sin embargo, de esa manera era como se hacía en épocas anteriores, cuando los inmigrantes eran contratados en países extranjeros se les exigía que tuvieran todos los papeles en regla. Les tenían hechas unas infraestructuras para vivir dentro de un cierto bienestar y ahora, sin embargo, algunas personas que los contratan lo hacen en unas condiciones deplorables. Por otra parte, considero que es responsabilidad de los países de donde emigran el darles una solución.

—De la forma que lo estás planteando, tienes toda la razón. Lo que ocurre es que tú sabes que no todas las personas lo ven de la misma manera. También hay que tener en cuenta que, a veces, se suele utilizar políticamente. Lo que da lugar a que sirva entre ellos de arma arrojadiza.

Estábamos tan introducidos en nuestra conversación que no nos dimos ni cuenta de que estaba oscureciendo, en el horizonte se veía un sol que empezaba a perder fuerza y se llenaban los cielos de nubes grisáceas.

—Creo que será mejor que regresemos, sino mi abuela se preocupará.

—No, eso no me gustaría. Como tú desees. Lo cierto es que se me ha pasado el tiempo volando.

Vi como se inclinaba y cogía una flor de entre las hierbas y me la ofrecía.

—Tan bonita y natural como tú.

No pude evitar sonrojarme.

—Gracias, Vicente, eres muy amable.

No sé por qué tenía la estúpida opinión de que los chicos de los pueblos no eran tan delicados y ahora Vicente me rompía todos los esquemas. Aquella noche, antes de irme a la cama, me asomé a la ventana y dirigí mis ojos hacia las estrellas. ¿Sería cierto que en ellas se encontraban escritas nuestras vidas?

CAPÍTULO XI

Me levanté temprano. Había transcurrido varios días desde mi encuentro con Vicente. No podía seguir esperando a que él me diera las informaciones que me había prometido. Al entrar en la cocina, Rosa me sonrió.

—Buenos días, Carmen. —Mientras me había hablado, me tendía una carpetilla —. Me lo ha entregado Vicente para que te lo dé.

—Dale las gracias... bueno, ya se las daré yo. Tienes un hijo encantador.

Sonrió complacida. Mientras desayunaba abrí la carpeta. Había unos cuantos folios escritos. Su encabezamiento:

«VIDES.

Enero y febrero... Poda y plantación. Cada cepa requiere un cuidado personalizado. Esta etapa es vital para asegurar la calidad del fruto.

Marzo y abril... Inflorescencia. En marzo, las cepas se encuentran en su descanso invernal. En abril el viticultor limpiará las hierbas de las viñas, atará los sarmientos y seleccionará cuáles son las que debe dejar crecer.

Abril y mayo... Floración. Los primeros brotes aparecerán en abril, con la llegada de la primavera. Empiezan a germinar las vides y aparecen las primeras hojas. Se podarán las viñas y empezarán los primeros tratamientos preventivos de las cepas para combatir las plagas y enfermedades de las plantas. Se limpian las malas hierbas.

Junio... Cuajado... Crecimiento. En junio, empiezan a subir las temperaturas, se abre la flora para su fecundación. Es vital que durante estas semanas (hasta las hogueras de San Juan) no se produzcan lluvias torrenciales, porque ello arruinaría la cosecha. Se sigue con los tratamientos fitosanitarios.

Julio y agosto... Comienza la maduración. El viticultor hace las primeras estimaciones sobre la cosecha, Los granos de las uvas abandonan el color verde y pasan al rojo vivo o el amarillento blanquecino (uvas blancas). Se hace un despunte y se selecciona la uva, dejando caer al suelo las que son peores para que sirvan de abono natural.

Septiembre y octubre... Fase de maduración, empieza la vendimia. Para saber si la uva esta lista, el enólogo analiza y cata diariamente la uva para valorar si cumple los niveles de acidez y azúcar deseados. En esta época, si hemos controlado plagas y enfermedades, no habrá problemas fitosanitarios. Si se produjeran lluvias torrenciales, habría que tener mucho cuidado porque podría surgir la humedad en la uva (batryti), entonces habría que recolectar antes de tiempo.

Noviembre y diciembre... Reposo; caída de la hoja; cepas peladas. Se alimenta la planta con abono ecológico de origen animal y se aplica azufre para combatir esporas de mildiu.

Tienes que dividir el terreno en hileras y dejar caminos para poder andar y que circulen camiones o tractores. Podrás sacar un rendimiento durante quince o diecisiete años. Después, durante tendrás que mantener el campo en barbecho un par de años... Hay que tener en cuenta que, al plantarse por primera vez las cepas, se tarda aproximadamente dos años en recoger la cosecha.

Aproximadamente el salario suele ser unos 60,90 euros por días, trabajando unas siete horas. He pensado que mejor contratar a un tractorista que te labre y prepare la tierra, te costaría, aproximadamente, 70 euros. Cepas por ha: 3300; por cada cepa, precio medio, 1 euro... 3300 euros por 6 ha: 19.800 euros.

Cuenta con mi ayuda, lo que te supondrá un pequeño ahorro».

Cerré el pequeño dossier. Tenía que reconocer que Vicente, además de haberme ofrecido su ayuda, me había hecho una descripción pormenorizada y magnífica, lo que demostraba su generosidad y deseos de ayudarme.

Tendría que hacer un estudio detallado de los gastos y de las posibles ganancias. Me remordía la conciencia el poner en peligro los ahorros de Clara.

Me sacó de mis pensamientos el sonido del móvil. Era Belén.

—Buenos días, Carmen, seguro que te arde la cabeza pensando en las vides.

—Sí... tienes razón. Pensé que todo iba a ser más sencillo. Me da la sensación de haber comenzado por el final. Lo primero que tenía que haber hecho es un estudio sobre los posibles gastos y beneficios.

—Por favor, Carmen. No te vengas ahora abajo. Todos los negocios conllevan riesgos. Se da el caso de que hay veces que no tienes ni idea por dónde vas a empezar a hacer las primeras gestiones.

—Será como tú dices, Belén, pero, a pesar de ello, tengo que actuar con todas las precauciones, puesto que voy a arriesgar, no mi dinero, sino el de Clara.

—¿Por qué no se lo comentas a tu madre? Seguro que ella también te ayudaría.

—Sí... claro que me ayudaría, pero ahora, con su situación... Mis padres están en trámite de divorciarse. No quiero darle a mi madre más problemas.

—Lo siento. Desgraciadamente, yo también tengo experiencias sobre divorcios. Algún día te contaré mi historia.

—Estaré encantada de escucharte, yo también te contaré lo de mis padres.

—Pensemos en positivo. Te he hecho un pequeño resumen de lo que puedes cosechar y del precio aproximado del kilo de uva. Referente a los gastos, ya vamos viendo. No te preocupes.

—No sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Soy yo la que nunca, por muchas cosas que haga por ti, conseguiré pagarte lo que le hiciste a mi hijo. Toma nota del resumen. Suponiendo que plantes seis ha (aproximadamente, 14 000 kg de uvas por ha) serían 84 000 kg de uva. A 0,50 euros el kilo serían... 42 000 euros. A los posibles gastos que te haya dicho Vicente, habría que añadir (teniendo en cuenta que en una ha se pueden plantar 3000 cepas y cada una tiene un coste de 0,50 euros) 9000 euros por las 18 000 cepas. Tienes que saber que todas son cantidades aproximadas.

—Gracias, Belén. Después de todo esto, si no soy capaz de llevar adelante mi proyecto sería para matarme. Me parece una bonita cantidad de dinero, y mucho más cuando haya amortizado los gastos de la maquinaria, sobre todo el del camión.

—Vamos a ver, Carmen, puedes comprar un camión que soporte unos 3500 kg, que aproximadamente podría llegar a costar unos 5000 euros. Además —se escuchó una risa—, te sacas el carné de camionera y tú lo conduces. —Me hizo sonreír por su ocurrencia, pero no había que descartarla—. Por favor, Carmen, todavía recuerdo cuando llegaste a mi despacho. Estoy contigo en esto. Adelante, no me falles. Te voy a pasar por WhatsApp el nombre de unos viveros dedicados a la venta de cepas. Diles que vas de mi parte. Si tienes alguna duda, me llamas. En cuanto empieces a funcionar, verás como miras todo desde otra perspectiva. Ahora es el inicio de tu proyecto y en los comienzos se suele perder más que ganar, pero si sabes ir evolucionando de la forma correcta y llevar bien tus cuentas, podrá

llegar el día en el que las ganancias sean sustanciosas. Tienes que contar que los primeros años serán los peores por la tardanza que supondrá la recogida del primer fruto.

Ahora, al escuchar nuevamente la tardanza en recoger el fruto de mi primera cosecha, sentía aún más miedo.

—Carmen... ¿Por qué no me contestas?

—Perdona, Belén. Cuando tomo conciencia sobre el tiempo que hay que esperar, siento terror.

—Por el amor de Dios, Carmen. Ya lo hemos comentado, el inicio de cualquier negocio supone pérdidas, pero al final son recuperadas. Tienes que intentarlo; tienes que empezar. Clara lo sabía y lo ha aceptado. Todo esto le tiene que estar haciendo a tu abuela muy feliz. Es como si volviera a su pasado. Prométeme que lo vas a intentar.

Lo cierto es que no había pensado en ello, ahora, al decírmelo Belén, me daba cuenta de que era cierto. Se veía feliz, contenta y siempre animándome. Me puso en sus cuentas bancarias dejando todo su dinero a mi disposición y no solo para el negocio. Mi madre también me ayudaba económicamente, solía quedarme dinero en mi despacho, ya que yo no lo se quería coger. Mis gastos particulares eran mínimos, ya que mi vida se desarrollaba en la finca.

—Te lo prometo, Belén, lo intentaré.

—Se me está ocurriendo una idea, podrías construir una serie de cabañas de madera y arrendárselas a los turistas. ¿Por qué no nos hacemos socias? Yo pongo el capital y tú el terreno. Ya vemos cómo repartirnos las ganancias... Hay personas que pagan por visitar bodegas y viñas para descansar unos días en esos entornos, donde hay belleza, paz y tranquilidad.

Me había quedado sorprendida por la oferta tan generosa que me estaba proponiendo y, además, me parecía una fantástica idea.

—Gracias, Belén. No sabes lo que significa para mí que me estés proponiendo semejante negocio. Me parece abusar demasiado de ti, pero, si tú quieres, si tú ves que puedes sacar beneficios, por mí adelante. Solo que yo poco te podré ayudar, serás tú quien tenga que gestionarlo todo.

Se escuchó una carcajada.

—Ya me estoy arrepintiendo. Seguimos en contacto. Un beso.

CAPÍTULO XII

Sentada en el balancín en el porche miraba hacia ese infinito cielo mientras los pensamientos afluían a mi mente y me preguntaba: «¿Por qué hay veces que el tiempo se ralentiza como esa hoja desprendida de los árboles a las que vemos como el viento la va impidiendo caer al suelo?».

Había terminado de plantar todas las cepas, tenía que reconocer que no lo habría conseguido sin la ayuda de Belén y de Vicente. Él se encargó de buscarme los trabajadores, ahora, en estos tiempos, parecía ser difícil encontrar a personas que se dedicasen a semejantes labores, pero yo cumplí lo que le dije y contraté personal del pueblo y a un chico que era emigrante. Como me había prometido, se vino a pasar sus vacaciones a la finca y fue de gran ayuda. Derrochó alegría. Solía cantar y contar chistes mientras ayudaba a los jornaleros. Cuando hacía calor, solía quitarse la camisa y se podía apreciar su torso moreno con unos músculos muy bien definidos. Empezaba a sentir una especie de cariño fraternal hacia él. Sin embargo, en la expresión de sus ojos se notaba que él sentía algo por mí que me daba miedo analizar. Ahora me encontraba en esa paz y tranquilidad que te da el trabajo bien hecho y el ver que tus sueños se van cumpliendo. Llevaba varios días sin saber de Belén, había estado tan absorbida en todo lo concerniente a la plantación de las cepas que lo único que deseaba era que llegase la noche y tumbarme en la cama para dormir. Clara no cabía en sí de gozo. Le mandé fotos a mi madre de las cepas. Me comentó que estaba a punto de terminar su proyecto. Que tenía grandes deseos de vernos. Al preguntarle por mi padre, me respondió que últimamente lo notaba raro. Había hecho un cambio en sus costumbres. Sus salidas se habían restringido, acudía a casa más temprano de lo normal, había adelgazado y, por lo que observaba, no parecía alimentarse bien. Por esos motivos ella no se había atrevido a empezar los trámites del divorcio.

A pesar de reconocer que había sido un miserable con mi madre, no podía evitar que me diera pena, sin embargo, por ella sentía cada día más admiración. Nunca pensé que mi madre pudiese superarlo como lo estaba haciendo y estuviese siendo tan generosa con mi padre. Es curioso que lo que no pensamos suele pasar y lo que solemos pensar que pasará, no llega a ocurrir jamás. A pesar de que Antonio no me había caído muy bien, tenía que reconocer que había sido una pieza fundamental para esa recuperación. Un hecho que lo demostraba era que ella siempre hablaba de él con cariño y agradecimiento. En sus últimas llamadas, empezó a preguntarme si había alguien en mi vida. Algo que ni siquiera se me había pasado por la imaginación. A veces, me asaltaba la duda de si sería de la clase de personas que terminan por quedarse solas en la vida. Lo ocurrido a mis padres también me estaba marcando. Mis pensamientos se interrumpieron al sonar el móvil. Era Belén.

—Qué poca vergüenza tienes, me han dicho que has terminado de plantar todas las vides. Estarás loca de contenta, el primer desafío lo has ganado. —Escuché su risa.

—La verdad es que tienes toda la razón. Todos los días estoy por llamarte, pero caigo rendida. Perdóname, lo siento. Tengo muchas ganas de verte y contártelo todo.

—Ni siquiera me has preguntado por el proyecto que te propuse.

—Lo he pensado, pero como eres tú quien va a llevar la máxima responsabilidad, no me he atrevido a preguntarte.

—No te preocupes. Ya he empezado hacer las averiguaciones sobre el precio de las casas, cómo se instalan, etc. Lo que ocurre es que ya me está entrando las uvas para empezar a elaborar los caldos. —Se escuchó una risa—. A ver si pronto entran las tuyas. Bueno, pero mi llamada no es por

los negocios, sino para que te vengas mañana a la finca, es el cumpleaños de David que, por cierto, ha preguntado varias veces por la heroína que le salvó la vida.

—Seguro que será porque tú se lo habrás metido en su cabecita. Gracias, Belén, por contar conmigo para un acontecimiento tan íntimo y familiar.

—Cómo no voy a contar contigo, si no hubiera sido por ti, el niño no celebraría ningún cumpleaños más.

—Por favor, Belén, no me des tanta importancia.

—Lo que más me gusta de ti es tu humildad. Te dejo, voy a ver si le doy de cenar y lo acuesto. Está descompuesto pensando en el festejo. Besos.

—Dulces sueños, Belén, dale al niño un beso de mi parte.

En aquellos instantes, apareció Clara.

—Carmen, entra ya, cariño, se ha hecho de noche.

Sentadas al lado de la chimenea, nos dejábamos envolver por el calor de las brasas mientras nos tomábamos unas riquísimas tazas de chocolate. El mes de marzo estaba siendo muy frío e intempestivo. No le había dicho a mi abuela el proyecto de las cabañas, no me atrevía a hacerlo para no preocuparla y que pudiera pensar que era una alternativa a que fracasase el viñedo. Mi abuela cogió mi mano entre las suyas y me miró con una expresión mezcla de dulzura y tristeza.

—Creo que ha llegado el momento de que conozcas la historia de tu tío Luis.

La miré asustada, ¿le estaría repitiendo la amnesia? Sonrió.

—No, no te asustes mi pequeña, no estoy sufriendo una amnesia, porque entonces sería, al contrario, no recordaría nada. Como te iba diciendo, mi niña y como tu madre dio a entender, mi adorado hijo era gay. Algo de lo que no teníamos mucha referencia, incluso se les nombraba de formas diferentes, desagradables.

Sentía pena al ver el dolor reflejado en sus ojos.

—Déjalo, Clara, ya habrá tiempo.

—No, mi niña, para ti quizás, para mí no. —Intentaba retener sus lágrimas—. Nunca me perdonaré que mi hijo se marchara y yo no hiciese nada para evitarlo. No hay nada en este mundo que pueda justificar el abandonar a un hijo a su suerte, y eso fue lo que yo hice, abandonarlo.

Por unos momentos, se quedó en silencio llevándose la mano al pecho. Me asusté.

—Por favor, Clara.

—Sí... Debo hacerlo. Debes conocer todo lo que haya acontecido a tu familia. Cometemos el error de contar todo lo bueno y obviar lo malo para evitar dañar o hacer que se sientan mal los que nos escuchan. Cuando apareció tu abuelo en mi vida era dueño de parte de esta finca. Durante nuestro matrimonio fuimos comprando poco a poco los terrenos de alrededor hasta llegar a conseguir lo que es hoy. Éramos muy felices y nuestra felicidad culminó cuando llegó al mundo tu tío, mi amado hijo. Estaba muy orgulloso y contento porque su hijo seguiría la tradición y sería agricultor como él, cuidaría su viñedo, le ayudaría en las tareas del campo. Le compró hasta una pequeña yegua para que le acompañara a recorrer los campos de cultivo. Yo siempre estaba con el alma en vilo temiendo por mi niño, pero, como siempre hacía, respetaba los deseos de tu abuelo. Por aquellos tiempos, a pesar de que

la mujer estaba cogiendo ya más relevancia, aún existía una mayoría, entre las que me incluyo, que respetaba que el hombre marcara las pautas que seguir en el hogar. Incluso se suponía que era más inteligente que la mujer. Yo lo vivía con naturalidad porque también lo había vivido en mi hogar, mis padres habían actuado de la misma forma y era, además, lo que mi madre me había inculcado.

»En este transcurrir nació tu madre, fue una inmensa alegría, tendría una hija con quien compartir mis inquietudes. Pasaba el tiempo, pero tu tío no parecía ser muy amigo de los caballos ni de lo que se relacionase con el campo y mucho menos con las vides. Fue un terrible golpe para tu abuelo. Tu tío decidió estudiar en la Escuelas de Arte y Oficio y ser decorador. Tu abuelo tuvo que presentir algo porque un mediodía le preguntó cuándo pensaba traer a una mujer a la casa, que ya tenía una edad, por entonces tendría veintitrés años. Tu tío contestó que no lo pensaba hacer nunca. Aquello terminó por destrozarle y empezó a tomar conciencia de que su hijo sentía de una forma distinta a la que debería un hombre.

»Tu abuelo cambió su carácter, estaba amargado, frustrado y pagaba con tu madre y conmigo, porque con tu tío hizo lo peor que se le puede hacer a una persona: ignorarle. Entonces, un aciago día, en una de estas discusiones que había empezado por una tontería, estalló su furia contenida y le nombró de una forma despreciativa, le dijo que era la vergüenza de la casa, que se avergonzaba de él y que ojalá se hubiese muerto al nacer. Sentí un terrible dolor en mi pecho, fue como si mi corazón se hubiese desgarrado, tu madre se puso a llorar, mi pobre hijo se levantó de la mesa, pensé que se iría a encerrar a su cuarto como tantas veces, pero, a los pocos minutos, se escuchó el golpe de una puerta al cerrarse. Intenté levantarme, pero tu abuelo me sujetó por el brazo diciéndome que le dejara, que por la cuenta que le tenía no tardaría mucho en volver.

Mi abuela se derrumbó, sus lágrimas fluían silenciosas. Me levanté y la abracé.

—Por favor, Clara, por favor...

—No tengo perdón de Dios, aunque nunca pensé que se iría para siempre. Le rogué a tu abuelo que lo buscara, que contratara a un detective, no sé si llegó hacerlo o no. No lo volvió a nombrar más, amenazándome con que, si yo lo hacía, se iría de casa y jamás regresaría. Me echó a mí la culpa de todo lo ocurrido, sobre todo al haber protegido tanto a mi hijo le había hecho ser de esa forma. Sus palabras me hicieron un daño terrible y durante mucho tiempo estuve sintiéndome culpable. Tu madre fue mi paño de lágrimas, la que me hizo saber por qué tu tío sentía de aquella forma. Aún hoy no lo entiendo, hija mía, no entiendo que un hombre pueda enamorarse de otro, pero por un hijo se da hasta la vida. Por otra parte, si se ha nacido de esa forma, ¿qué culpa tienen ellos? Yo no lo comprendo, pero me resigno a ello, lo que no puedo hacer es rechazarlo. Hay otras muchas cosas que aceptamos sin comprenderlas.

La abracé. Cogió mi cara con sus manos...

—Cuando nuestras costumbres son tan arraigadas y las únicas que has conocido, unido, todo ello, al gran amor que tenía a tu abuelo, lo vas aceptando todo. Daría mi vida por volver a ver a mi hijo. Saber cómo está, cómo le ha ido y suplicarle que nos perdone por todo el daño que le hemos hecho. También te digo, hija mía, que me siento muy orgullosa y nunca me avergonzaré de él, sean sus sentimientos los que sean —diciendo estas palabras se mantuvo en silencio y yo lo respeté porque sabía que estaba lleno de un profundo dolor.

Desde mi cama, y a través de los cristales de mi ventana, podía ver un cielo lleno de estrellas y una majestuosa luna que las custodiaba, orgullosa

de ello. Sentía muchísima pena por mi abuela. Qué difícil era llegar al corazón del ser humano, saber realmente cómo piensa, qué es lo que quiere, cómo va a actuar. Unido a ello, hay veces que nuestras palabras no suelen ser acordes con nuestros actos y no porque estemos mintiendo, sino porque vemos la realidad que queremos.

CAPÍTULO XIII

Camino de la finca de Belén, seguía pensando en la confesión que me había hecho Clara. Tenía que olvidarme, por unos momentos de todo, dejarlo atrás, evadirme de la realidad, pensar solo en la fiesta de cumpleaños de David, vivir el presente y no en lo que fue pasado, sobre todo si este va cargado de tristeza y de dolor. Ya no podemos transformarlo y lo único que conseguimos es seguir viviéndolo en el presente. Le había comprado a David una especie de aparcamiento de varios pisos, todos llenos de coches, con las plazas pintadas de diferentes colores y con una barrera que se podía subir y bajar para que pasaran los vehículos. No tuve necesidad de bajarme del coche y tocar el timbre, se abrió la puerta y entré en la finca. Hacía un día espléndido, las personas se encontraban debajo de una enorme carpa blanca adornada con globos y distintas figuras, muy a propósito para semejante fiesta. Aparqué el coche y, al salir vi como David venía corriendo hacia mí mientras su madre le pedía que no corriera tanto, que se iba a caer. Se quedó parado mirándome, sonriendo.

—Hola, Carmen, tenía muchas ganas de verte —diciendo estas palabras me abrazó.

Me emocioné ante semejante recibimiento.

—Yo también a ti, cariño. Ven conmigo al coche, te traigo un regalito.

Belén se acercó y me dio un beso.

—Estás muy guapa —le dije.

—Tú sí que estás preciosa.

David desenvolvía el regalo con cierto nerviosismo. Al verlo, su cara demostró una gran alegría.

—Es el regalo que más me gusta. Un aparcamiento para coches y de modelos distintos. —Me volvió abrazar mientras me llenaba la cara de besos.

—Vaya, para haber visto solo una vez a mi hijo, qué pronto lo has conocido. David, vayamos hacia la carpa, Carmen tiene que estar sedienta.

A pesar de que aquellas personas se mantenían en sus conversaciones sin dirigir sus miradas hacia las personas que llegaban, no podía evitar sentir cierta vergüenza. Noté como un chico alto, delgado y pelo rizado me miraba con expresión burlona. Belén se dio cuenta y sonrió.

—Ten cuidado con él, es mi primo Gonzalo, una pieza de cuidado, aunque tengo que reconocer que es un gran profesional como abogado. Está muy pillado por mi mejor amiga, Pilar, que pasa totalmente de él. Te diré que ella es bisexual, de carácter muy especial. Luego te la presentaré.

—Gracias, Belén, de momento solo me interesan mis cepas. Y respeto las condiciones y formas de ser de todas las personas.

—Te voy a presentar a mi madre, está deseando conocerte. Mi padre, siendo yo una adolescente, nos abandonó. Se marchó con la que era nuestra asistente. No hemos vuelto a saber nada de él. Mi madre tampoco ha hecho nada por buscarlo.

—Lo siento, Belén, no sé qué decirte.

—No te preocupes. Ya no duele tanto, solo a veces, cuando llegan momentos tanto tristes como alegres. En fin, olvidemos el pasado y vivamos el presente, hoy, para mí, es un día especial.

—Por supuesto, quizás el más importante.

Se paró ante una señora elegantemente vestida que sonrió al vernos.

—Seguro que eres Carmen, la salvadora de mi amado nieto. Mi nombre es Adela.

Sonreí y no pude evitar que aflorasen los colores a mi cara.

—Por favor. ...

Le impedí que se levantara y me agaché a darle dos besos.

—Un placer conocerla. Su hija ha sido una exagerada.

—Creo que no ha exagerado antes, al contrario. No me esperaba que fueras tan guapa y tímida.

—Me la llevo, mamá, luego seguís la conversación.

Mientras nos dirigíamos hacia donde estaban las bebidas y los aperitivos, me dijo sonriendo:

—Si no corto a mi madre, no te hubiera dejado marchar de su lado.
¿Qué deseas beber?

Iba a decirle cualquier bebida refrescante cuando apareció Gonzalo con una copa que, por el color del líquido que contenía, parecía ser una limonada.

—Seguro que estas deseando beber algo de esto.

—Qué forma más diplomática de presentarte, primito.

Sonrió.

—Preséntame a esta belleza.

—¿Por qué das por sentado que ella quiera conocerte a ti?

Me adelanté para responderle.

—Me llamo Carmen, encantada de conocerte —diciendo estas palabras me acerqué a él y le di dos besos.

—Para mí todo un honor conocer a una mujer tan bella y encantadora. ¿Eres, quizás, la persona que salvó la vida de mi sobrino?

—Sí —respondió Belén—. Carmen, te pongo sobre aviso, ten mucho cuidado con él, le encanta tontear. Os voy a dejar por unos momentos, acaba de llegar Ricardo y voy a recibirlo.

—Vaya fama que me estás poniendo. No es tan fiero el león como lo pintan.

Me sentía intimidada por su forma de mirarme y su soltura al hablar.

—Gonzalo, no seas tan adulador, que la estás avergonzando —dijo Belén mientras se marchaba hacia donde estaba Ricardo.

—Vamos hacia las otras mesas —comentó Gonzalo—, se ven unos platos con muy buena pinta.

Mientras probábamos de aquellas exquisitas tapas, Gonzalo me miró inquisitivamente y me preguntó:

—¿Te ha contado mi prima sobre su pasado?

Me sorprendió su pregunta.

—La verdad es que no hemos tenido mucho contacto —mentí y no le dije que me había dicho que estaba separada—, tanto ella como yo estamos siempre muy ocupadas con nuestro trabajo.

—No sé si debería contártelo yo...

—Por favor, claro que no. Es ella quien deberá hacerlo.

Me miró con suspicacia. Me sentía incómoda por sus palabras.

—No me mires de esa forma. Estoy siendo totalmente sincera.

—Me pareces una buena chica. Tienes derecho a saber en las aguas por las que nadas. Mi prima está divorciada, su exmarido era una pieza de cuidado, le faltó muy poco para que la llevara a la ruina, pero eso no fue lo peor, sino que le fue infiel con su mejor amiga, Pilar.

Me quedé perpleja, no porque Belén no me lo hubiera contado, era natural, llevábamos muy poco tiempo conociéndonos, mi perplejidad era debida a que ella me había hablado de Pilar con toda naturalidad y como si le tuviera un gran cariño. Tampoco entendía por qué él me estaba contando intimidades de su prima.

—¿Por qué te has quedado tan callada?

—Es que no entiendo como una de tus mejores amigas actúa de una forma tan dañina.

—Pilar es especial, un animal que tiene doble piel. Posee una atracción que enferma. Ella se disculpó diciendo que había sido por culpa de unos porros que se habían fumado. Te advierto sobre ella porque está aquí y, seguramente, Belén te la presente. Ten cuidado, es bisexual y no te digo esto porque tenga nada en contra de la homosexualidad, sino porque pueda poner sus garras en ti.

No acababa de entender que, sin ni siquiera conocerme, me estuviese contando semejantes intimidades de su prima y hablara de esa forma tan despreciativa de Pilar, me daba la sensación de que se sentía frustrado porque Pilar pasaba de él.

—Gracias, pero no te preocupes, no me atraen las mujeres.

Me miró con expresión de burla.

—Eso es algo que no se puede decir jamás. Porque, a veces, no te enamoras del cuerpo, sino de la persona.

Me sorprendió lo que me había dicho, nunca lo había visto desde esa perspectiva. No terminaba de encontrarme cómoda con él. No me gustaban las personas que comentaban sobre los demás sin que ellos estuviesen presentes, pero no quería ser maleducada, mucho menos con el primo de Belén.

—Sé que te extraña que yo te esté contando esto, pero, como te dije anteriormente, quiero prevenirte. Espero que algún día me lo sepas agradecer.

La verdad es que ya no sabía qué pensar sobre él. Sentí cómo me miraban y, al volverme, vi que quien me estaba mirando era una mujer espectacular. Lo hacía de una forma directa y sin ningún tipo de pudor. Gonzalo se dio cuenta.

—Vaya, mira tú, hablando del rey de Roma... Se ve que le has provocado curiosidad. Vamos, acerquémonos, no le demos la impresión de que su mirada nos ha acobardado.

Había que reconocer que era una belleza de mujer: alta, con unas sensuales curvas y un pecho firme. Sentí una especie de escalofrío. Estaba sola, con una copa en la mano. Se había girado para vernos mejor.

—Hola, Pilar, qué placer verte. Tan preciosa como siempre.

Se acercó para besarla, pero le esquivó...

—Por favor, Gonzalo. No empieces con tus adulaciones, sabes que me fastidian.

Me miró con expresión interrogante.

—Lo siento, tenía que haberos presentado primero. Pilar, Carmen; Carmen, Pilar.

Sonrió.

—¿Carmen? —Se acercó y me dio dos besos. Sentí la suavidad de sus labios—. Tú tienes que ser quien ha salvado la vida de mi ahijado. Todo un placer conocerte.

—Gracias, pero hice lo que cualquier otra persona hubiera hecho.

—Me encantan las personas que no se dan importancia. —Su mirada se dirigió hacia Gonzalo—. No como otras, que se las dan sin haber hecho nada para merecerlo.

Gonzalo hizo ademán de responder, pero ella le cortó.

—Hablando de temas serios, me ha dicho Belén que eres viticultora. Que te has venido de la ciudad a vivir a una finca para explotarla. Es un hecho muy curioso en una mujer tan joven.

—Quizás me tire la tierra y mi sangre. Mi abuelo era viticultor. He tenido mucha suerte al encontrarme a Belén, me está ayudando muchísimo.

—Si necesitas algún tipo de ayuda legal —dijo Gonzalo—, aquí me tienes.

Pilar pareció ignorar sus palabras y siguió hablando.

—Supongo que le habrás hecho un seguro a tu cosecha.

Me quedé sorprendida, ni siquiera se me había ocurrido y Belén tampoco me había dicho nada sobre ello.

—No te preocupes, seguramente Belén no te habrá informado porque no habrá caído en ello. —Sacó de su bolso una tarjeta y me la extendió—. Toma, mañana ve a la ciudad y me buscas en la dirección que está puesta en la tarjeta. Mi despacho tiene servicios de administración de fincas y de seguros.

—Vaya, vaya qué forma de pisarme y de hacer negocios —comentó Gonzalo—, yo también tengo esos servicios y pensaba ofrecérselos.

Pilar le miró burlona.

—Por mí no hay inconveniente si ella quiere hacértelo a ti, se cree el ladrón que son todos de su condición. Hacer seguros no es lo mío, de hecho, tengo ese servicio al ser una asesoría que lleva administraciones de finca, lo mío es los temas de abogados.

Me encontraba en una situación comprometida, ¿a quién de ellos elegir? Pilar me parecía más sincera.

—Lo siento, Gonzalo, ella me lo ha dicho antes. De acuerdo, Pilar, dime a qué hora.

Sacó de su bolso una agenda; tenía que ser muy disciplinada.

—Estoy a tope. Mejor será que comamos juntas, ya pregunto yo al chico que lleva este tema, luego lo comentamos y vemos qué es lo que más te interesa.

—¿No puedo asistir a ese encuentro? —preguntó Gonzalo en un tono burlón.

Pilar le miró con escepticismo.

—Lo siento Gonzalo, es una comida de negocios. En fin, tengo que marcharme. Últimamente estoy sobrecargada de trabajo y no puedo permitirme el lujo de acudir ni a eventos, aunque sean como este, muy importantes para mí. Carmen, me ha encantado conocerte. Nos vemos mañana. —Dirigió su mirada a Gonzalo—. Hasta el próximo encuentro, cielo.

—Tienes el don de quedar siempre por encima de todo el mundo —contestó Gonzalo de forma irónica.

—No, esa es tu percepción por tu forma de ser.

No pude evitar mirarla mientras se alejaba, sus movimientos eran felinos y cargados de sensualidad.

—Ten cuidado con ella, me ha dado la sensación de que se ha fijado en ti.

Preferí no pronunciarme.

—¿Tu prima es también bisexual?

Se echó a reír.

—Eso es algo que tú tendrás que preguntarle. No creo que pienses que una persona, por el mero hecho de estar casada con un hombre, tenga que ser hetero.

Antes sí lo pensaba; ahora lo dudaba. No pude contestarle porque llegaron en ese momento Belén y Ricardo.

—¿Qué tal os lo estáis pasando? A Gonzalo ya se le nota cómo se encuentra —dijo Belén sonriendo—. Os voy a presentar: Carmen, Ricardo; Ricardo, Carmen.

—Todo un placer —dijo él—. Veo que, además de valiente, eres muy guapa...

No sabría decir por qué, pero no fue de mi agrado. Su forma de mirarme era muy peculiar.

—Encantada de conocerte —dije intentando que no percibieran lo que sentía.

—Añadiría otro calificativo, maravillosa y humilde —comentó Gonzalo—. Por cierto, nuestro querido depredador ya se ha fijado en ella.

Me molestó su comentario, pero no dije nada.

—No te hagas el gracioso, Gonzalo —respondió Belén enfadada—. Tus gracias, a veces, no son agradables.

Se hizo un silencio.

—Te pido perdón, Carmen. Estaba bromeando, en ningún momento he querido herir a nadie.

—No tienes por qué pedirme perdón —contesté.

—Tomemos otra copa —dijo Ricardo—, que el tiempo vaya poniendo a cada persona y cosa en su lugar.

Seguía sin gustarme. El tono de sus palabras era de una prepotencia absoluta. A partir de ese momento, todo fue muy agradable y el tiempo pareció volar. Quedábamos ya seis o siete personas, entre ellas Gonzalo y Ricardo. Decidí marcharme.

—Belén, he pasado un día maravilloso. Gracias por todo.

—¿Por qué no llamas a Clara y te quedas a dormir?

Me sorprendió su petición, pero llamé a mi abuela y se lo dije. No le importó, al contrario, me dijo que era lo que tenía que hacer, desconectar de tantas obligaciones. Los últimos en marcharse fueron Gonzalo y Ricardo, con las promesas de que tendríamos que reunirnos todos, incluida Pilar, para tomar unas copas. Sentadas en dos cómodos butacones de mimbre, en el porche, nos dejándonos llevar por esa tranquilidad de la noche en sus silencios.

—Gracias, Carmen, por quedarte. ¿Qué te ha parecido Ricardo? Es encantador. Esta siempre pendiente de mis deseos y tiene mucha paciencia conmigo porque yo no acabo de decidirme. Tengo miedo de que me pueda pasar lo mismo que con mi exmarido.

Se veía ilusionada y no me atreví a decirle lo que, en realidad, pensaba.

—Parece buen chico. No todos los hombres se comportan de la misma forma.

Se echó a reír.

—Eres demasiado sincera y no sabes mentir. Por el tono de tus palabras sé que no estás diciendo la verdad, o sea, que no te gusta.

Qué intuición.

—No... no... Realmente, tampoco he tenido el suficiente tiempo como para saber qué tipo de persona es. Tú ya lo conoces y puedes hacer una mejor valoración.

—Sí... pero yo podría estar viéndolo desde lo que yo deseo ver y no desde lo que es realmente. No estoy tan tonta como para creerme todo lo que me dice. Debo tener mucho cuidado, Carmen. Arturo, mi exmarido, después de casarnos, cambió radicalmente. Al principio, fue todo maravilloso, pero en el transcurso del tiempo mi vida se convirtió en un infierno de derroches, infidelidades y de hechos terribles que algún día te contaré.

—Lo siento muchísimo, Belén, de corazón. Tú puedes contármelo cuando desees. —Recordé lo que me había contado Gonzalo sobre Pilar—. Aunque existen algunas diferencias, lo ocurrido entre mis padres ha sido también terrible. Mi padre ha estado engañando a mi madre con la mujer de su jefe y amigo. Ahora ya está todo más tranquilo y sosegado, pero hemos pasado también un infierno.

—Te comprendo, y lo siento también. Solo las personas que pasan por dichas situaciones saben la magnitud de estas. Durante un tiempo estuve alejada de todos y de todo, pero un día, sin saber cómo, decidí aceptarlo y avanzar. David me ayudó a ello. Bueno, ya está bien, no nos pongamos tristes. Ya está todo superado. Después de todo, tampoco es que esté tan enamorada de Ricardo. Están entrando nuevas personas en mi vida que me están haciendo muy feliz. Tomemos la última copa y brindemos por nuestra futura felicidad. A veces, la vida tiene agradables sorpresas.

Chocamos nuestras copas y el nítido sonido del cristal al chocar nos hizo sentir que siempre hay un nuevo comienzo desde el más oscuro final. Las últimas palabras que dijo Belén me sorprendieron.

CAPÍTULO XIV

Conducía en dirección a la ciudad para encontrarme con Pilar. Había dormido plácidamente. Después de tomarme el succulento desayuno que Belén me había preparado, llamé a Clara para que no se preocupase por mi tardanza y también para comentarle qué le parecía hacer un seguro, le pareció una magnífica idea. A pesar de haber sido educada en un ambiente protector, me estaba enfrentando a unos retos difíciles de afrontar y de los cuales estaba saliendo victoriosa. Me sentía muy orgullosa de mí misma. Tenía que reconocer que la ayuda de Belén estaba siendo fundamental para seguir avanzando. Cada día me iba acercando más a ella y siempre le daba gracias a mi Dios por haber hecho que apareciese en mi vida. La calle donde estaba situado el despacho de abogados era muy céntrica y no me costó trabajo encontrarla, no ocurrió lo mismo a la hora de aparcar el coche. En la entrada del edificio se encontraba un guarda de seguridad que me solicitó que me identificase. Por la magnitud del edificio y lo que a simple vista se veía, tenía que albergar negocios muy importantes. Entré por una puerta donde figuraba un letrero en el que ponía el nombre de un bufete de abogados. Al entrar, me fijé en que las mesas estaban separadas por mamparas de madera y de cristal. Al fondo, dos puertas y en una de ellas figuraba una placa con el nombre y apellidos de Pilar. Llamé suavemente y entré. Pilar alzó la vista de los papeles y sonrió al verme.

—Siéntate, por favor, termino en un momento y nos vamos.

Cuando salimos a la calle, Pilar inhaló y exhaló el aire haciendo un gesto de satisfacción.

—Qué placer salir de esas cuatro paredes. Estoy agotada, ni siquiera tomo conciencia de las horas que me tiro embebida entre tantos expedientes. Ni te imaginas la cantidad de problemas que tienen las personas. El

restaurante está muy cerca de aquí. Te gustará, es muy acogedor. Mis compañeros y yo somos clientes habituales.

Al entrar en el restaurante, un camarero uniformado vino hacia nosotras.

—Buenas tardes doña Pilar y compañía. Acompañenme por favor.

Una vez que nos sentamos a la mesa, nos ofreció la carta, pero Pilar la rechazó.

—Emilio, recomiéndonos.

—Les aconsejo la sopa de marisco y, como carne, secreto a la plancha con guarnición de patatas panaderas.

Pilar me miró con gesto interrogante. Hice un gesto afirmativo. Mientras comíamos, comentamos temas triviales.

—Si te parece, ahora tomádonos el café, comentamos lo del seguro. Me tienes que dar los datos de la finca, a nombre de quién está, las hectáreas que has sembrado, la calidad de las cepas.

Empezó a rellenar un formulario con lo que la iba diciendo.

—Por los datos que me has dado, esto podría salirte por unos quinientos euros, por supuesto, por ser para ti y tendrías asegurado el ochenta por ciento de tu cosecha.

—No tengo ni idea de los precios de los seguros, te doy las gracias por tu generosidad. Por mi parte, totalmente de acuerdo. Seguramente me habrás dado más beneficios de los que deberías.

Ella me miró sonriendo de una forma picaresca.

—Eso de los beneficios nunca se sabe, existen de muchos tipos.

No sé por qué sentí un calor que me subía a la cara. Ella hizo un gesto burlón.

—Por favor, Carmen, pero qué tímida eres. Solo era una broma. Tengo que dejarte. Una vez que tenga todo el papeleo preparado, me acerco a tus tierras y cerramos el trato con una comida campestre.

—Por supuesto, estaré encantada de volverte a ver.

Hice un gesto hacia el camarero con intención de pedirle la cuenta.

—Si lo haces con intención de pagar, no voy a consentirlo, esta vez pago yo.

Cuando nos despedimos, me besó en la cara. Sentí esa suavidad que me hacía temblar.

—Carmen, no te preocupes, el seguro entrará en vigor desde hoy mismo. Cuídate y, sobre todo, a esas cepas.

—No sé cómo agradecerte...

Sonrió y desapareció detrás de aquellas puertas mientras el portero la miraba disimuladamente.

De retorno a la finca me preguntaba: «¿Qué era lo que estaba sintiendo por Pilar?». No quería descubrirlo, pero tarde o temprano tendría que hacerlo. Mi abuela me estaba esperando en el porche...

—¿Cómo ha ido todo, mi niña?

La estreché entre mis brazos.

—Perfecto, Clara.

Me dirigía a la ducha cuando sonó el móvil, era mi madre.

—Hola, Carmen, ¿qué tal va todo por ahí?

Por el tono de su voz noté que algo le ocurría.

—Mamá, ¿ha ocurrido alguna cosa?

—No quiero preocuparte, cariño. Antonio se ha terminado enterando de lo de su mujer con tu padre. No te puedes ni imaginar cómo reaccionó. Ha echado de casa a Nieves y a tu padre le quiso despedir. Menos mal que le convencí para que no lo hiciera. Me preguntó si yo lo sabía, no pude mentirle y le dije que sí, pero le aclaré que si le había pedido trabajo era para que me ayudara y no por otros motivos. Menos mal que me creyó. No sé qué es lo que estará pasando entre Nieves y tu padre, pero desde que Antonio me comentó lo que te he contado, tu padre no ha vuelto aparecer por casa. Pregunté en el hospital y a las consultas, menos mal, sigue acudiendo.

Mi madre, una vez más, demostraba su bondad y su generosidad. A pesar de que mi padre no se lo merecía, no podía evitar sentirme preocupada por él.

—Por favor, mamá, haz por verlo y saber cómo está.

—Me exiges demasiado. Te recuerdo que el infiel es él y, además, le importó muy poco mi sufrimiento y más bien diría, y no quiero ser retorcida, nuestro sufrimiento.

—Mamá, yo ... —Se hizo un silencio.

—Está bien, cariño. Intentaré contactar con él. Estoy aguantando por ti y por eso no termino de pedir el divorcio, pero esta situación me está superando, se está haciendo cada vez más desagradable.

—Tienes toda la razón, mamá. Te estoy exigiendo demasiado. Por mí no esperes más y divórciate, cuanto antes mejor. Otra cosa es que ya no te

preocupes por él. A pesar de todo, le sigo queriendo. Durante mi niñez demostró ser un buen padre. Esa mujer le debe tener los sesos absorbidos.

—No, Carmen, no lo justifiques echándole la culpa a ella. Somos ya lo suficientemente adultos para saber lo que hacemos y cuáles serán las consecuencias que puedan ocasionar por nuestras acciones. En fin, cariño, perdóname, no quiero angustiarte más. Ahora ya todo se solucionará. Cuídate y cuida de tu abuela. Os quiero muchísimo. Pronto iré a veros. Muchos besos.

Mi madre tenía toda la razón. Todos, cuando llegamos a cierta edad, somos conocedores de que toda acción tendrá su consecuencia. El ser humano es único para ver las cosas como quiere y no como son en realidad, llegando hasta la crueldad para demostrarlo. Mi madre estaba en lo cierto, los culpables eran los dos: mi padre y Nieves.

—Tienes razón, mamá. Nosotros estamos, también, deseando verte. Cuídate. Un beso. Te queremos mucho.

Le pedí fuerzas a mi Dios para afrontar todo lo que me estaba sucediendo, que iluminara a mis padres y pudieran terminar como amigos. Me puse un chándal y me dirigí hacia la cocina. Rosa y Clara preparaban la cena.

—Me ha llamado mamá. Se encuentra muy bien. Me ha prometido que va a venir pronto a vernos.

Ya en mi habitación, y en el silencio de la noche, me asomé a la ventana y dirigí mi mirada hacia un cielo cuajado de estrellas. Era un maravilloso espectáculo. Parecían brillar más que nunca, era como si me mandaran el mensaje de que ellas, cada noche, saldrían para darme ánimos.

CAPÍTULO XV

Miraba por los cristales de mi ventana. Me acababa de levantar. Tenía miedo a no poder controlar todo lo que me estaba sucediendo y también el presagio de que algo malo iba a ocurrir. Sonó mi móvil, era Pilar.

—Buenos días, Carmen. ¿No te habré despertado? Me vendría fenomenal ir hoy a la finca a llevarte el seguro y comer contigo.

—No... No me has despertado —mentí—, estaba echando un vistazo a los viñedos. Me parece magnífico que comas con nosotros. Le diré a Clara que prepare algo especial.

—Oh, no... por favor, me encantaría paladear unos huevos de los que ponen vuestras gallinas y unas patatas fritas de las que sembréis en vuestro huerto.

Me eché a reír.

—De acuerdo. Nos vemos.

—Besos.

Después de ducharme, me dirigí hacia la cocina. Besé a Clara y le di los buenos días a Rosa.

—Va a venir a comer Pilar, la amiga que me está gestionando el seguro.

Clara sonrió complacida mientras comentaba:

—Me encantará conocerla. Tendremos que hacerle un menú especial.

—¡Oh, no...! Prefiere huevos fritos con patatas.

Las dos sonrieron. Saber que iba a ver a Pilar me producía sentimientos encontrados. Por una parte, me sentía feliz y, por otra, tenía miedo porque no acababa de comprender lo que ella me provocaba. El

tiempo se eternizó hasta que vi aparecer su coche entrando en la finca. Salimos, Clara y yo, al porche a recibirla. Aparcó su coche y vino hacia nosotras moviendo su cuerpo de una forma felina y provocadora.

—Hola. A pesar de poner el GPS, me he perdido.

Se acercó primero a mi abuela y le dio dos besos.

—Me imagino que usted es Clara, todo un placer, mi nombre es Pilar.

Admiraba la seguridad que demostraba. Estaba preciosa.

—Por favor —le dijo Clara—, tutéame, ¿o es que me ves demasiado mayor?

—¡Oh, no! Por supuesto que lo haré, Clara.

Vino hacia mí y me besó. Sentí como si algo muy en mi interior se moviera, provocando una sensación extraña y dulce.

—Entremos —pidió Clara sonriendo—, seguro que estás deseando probar los huevos camperos.

Comíamos entre risas comentando con qué placer Pilar mojaba el pan en la yema de los huevos. Terminamos con unos capuchinos y un succulento bizcocho de chocolate.

—No vuelvo más a esta casa —dijo sonriendo—. Me he pasado en la comida y, al final, por poco me voy sin hacer lo que tenía que haber hecho. —Entonces sacó de su bolso una carpetilla y me la entregó—. Antes de firmarla, léela, por favor, por si tienes alguna duda o si no está redactada como tú quieres.

Clara intentó decir algo, pero se quedó callada. Cogí los papeles y los firmé sin leerlos.

—No deberías de haber hecho eso, Carmen —comentó Pilar—. No tienes que ser tan confiada. Hoy no te puedes fiar de nadie ni de nada.

—De ti si, Pilar.

—Enséñame ese viñedo —dijo sonriendo—, tendré que conocer lo que he asegurado.

Al caminar junto a ella, la observaba tímidamente; admiraba esa seguridad y su belleza... Llevaba un cigarrillo entre sus labios, inhalaba y exhalaba suavemente el humo.

—*Voilà*... aquí está mi futura cosecha.

Me miró sonriendo y dirigió su mirada hacia aquellas cepas, todas tan iguales, como un ejército a punto de comenzar su batalla.

—Es bello. Tienes que estar muy orgullosa, Carmen.

Su mirada se intensificó, no sabría definir qué era lo que expresaba. Se había levantado un poco de aire y jugaba con mi pelo y con mi camisa haciendo visible parte de mis senos. El silencio se rompía por el sonido de las hojas de los árboles al ser movidas por el viento. Pilar se acercó y me apoyó contra un árbol. Desabrochó mi camisa. Sus suaves labios mordieron suavemente mi cuello y recorrieron mis senos mientras sus dedos se deslizaban por mi piel llegando a los rincones donde nacen los placeres. Sentía cómo hervía mi sangre en mis venas y cómo el placer iba apoderándose de mí. El recorrido suave de sus dedos y el jugo de su boca inundaba todo mi cuerpo. Nuestros gemidos eran apagados por el viento. Nos dejamos caer en la hierba y nuestros cuerpos se impregnaron de lujuria y placer. No tomaba conciencia de que con quien estaba haciendo el amor era una mujer. Por primera vez en mi vida me invadió una mezcla de amor y placer. Sentí como era zarandeada suavemente.

—Despierta, Carmen. Tengo que marcharme. Se me ha hecho muy tarde.

Me quedé sorprendida por la frialdad con la que me hablaba. Era como si no hubiese sucedido nada. Yo me sentía aturdida, confundida, había tenido relaciones sexuales con una mujer y no solo había sido una atracción sexual. Me vino al pensamiento mi tío Luis. ¿Habría heredado su genética? Pilar caminaba en silencio, era como si estuviese molesta. No dejaba de ser curiosa su actitud, quien empezó todo fue ella, Llegando al porche se volvió.

—Lo que ha pasado, no te hagas ilusiones. Ha sido un calentón por mi parte. Despídeme de tu abuela.

No supe ni qué contestarle. En aquellos instantes, salió Clara al porche, tuvo que haber escuchado el sonido del coche.

—¿Que ha ocurrido, Carmen? ¿Cómo es que Pilar se ha marchado tan pronto?

No supe qué responder. Ella tuvo que intuir mi pesadumbre.

—Habrá tenido sus razones. Vamos, entra, cariño, empieza a caer la tarde.

CAPÍTULO XVI

Desde mi encuentro con Pilar, mi vida se había convertido en un calvario. Me encontraba sentada en el porche, miraba como la claridad del amanecer iba inundando los cielos, ello me transmitía paz y tranquilidad. No encontraba respuestas a las preguntas que martilleaban mi cabeza. Aunque intentaba no demostrarlo, Clara tuvo que notar que algo me ocurría, pero no se atrevía a preguntármelo. No acababa de entender cómo era posible que hubiese tenido relaciones íntimas con una mujer si nunca me había sentido atraída por una y me dolía que Pilar lo hubiese considerado un calentón

mientras, para mí, había sido algo muy profundo. Recordé las palabras que dijo Gonzalo sobre ella. Tenía que olvidarme, apartarla de mi vida, presentía que me destrozaría. Me levanté del balancín y me dirigí hacia el viñedo. El sonido del móvil me hizo volver a la realidad, era Belén.

—Me tienes olvidada y yo como una tonta echándote de menos. ¿Qué tal va todo? ¿Cómo estás?

—Lo siento, Belén. Perdóname.

—Te perdono, pero si te vienes esta noche a tomar unas copas con nosotros.

La verdad es que tenía muchísimas ganas de salir de la finca, de evadirme, de divertirme.

—Por supuesto, estaré encantada.

—Ha sido cosa de Pilar, me ha llamado está mañana. Vendrán también Gonzalo y Ricardo.

—¿Te ha pedido Pilar que me lo digas?

—Claro que sí. Además, me ha dicho que nos podríamos quedar a dormir en su casa para evitar que conduzcamos de noche.

No lo entendía, después de sus palabras, que ahora quisiera que fuésemos a tomar unas copas. ¿Qué era lo que pretendía? ¿Jugar con mis sentimientos? ¿Echarme un pulso?

—Carmen, ¿estás ahí? Oye... Todos esperan que vayas. Porque vendrás, ¿no?

—Claro que iré, Belén. —No podía ser una cobarde, entre otros motivos porque era esa el tipo cobardía que yo le había echado en cara a mi madre.

—Nos vemos en el cruce de caminos. Besos.

—Besos.

No sabía cómo interpretar todo aquello. Clara me hizo volver a la realidad.

—Mi niña, entra, está anocheciendo.

—No te preocupes, Clara, estoy muy bien. Por cierto, voy a ir a la ciudad, he quedado con Belén y, para no conducir de noche, nos quedaremos en el piso de Pilar.

—Me parece fantástico, cariño, es lo que debes hacer, disfrutar y pasarlo bien. Eres muy joven y te lo mereces por lo trabajadora y responsable que eres.

La abracé cariñosamente.

—Cuánto te quiero, Clara. Siempre tan comprensiva, siempre animándome.

—Mi pequeña, si eres mi tesoro, mi vida. No sé qué sería mi vida sin ti.

—No digas eso, está mi madre...

—Sí, cariño y la adoro también. Pero tú... eres tan especial, con ese gran corazón...

Besé sus manos y, sin saber muy bien por qué, le pregunté:

—Clara, ¿cómo se sale de las situaciones difíciles?

—Aceptándolas, intentando no dañar a nadie, pero que tampoco te dañen a ti. También hay que considerar quiénes son las personas que están detrás de esas situaciones. Hay veces que tenemos que actuar de forma egoísta y mirar por nosotros para que no nos hagan daño y protegernos.

Mi abuela tenía toda la razón, había que dar importancia a lo que viniera por parte de nuestra sangre y actuar de forma generosa, pero, sin embargo, todo aquello que viniese por terceras personas con la intención de hacernos daño deberíamos rechazarlo y no darle la mínima importancia.

Me miré en el espejo de abajo arriba. Mis pantalones ajustados marcaban mis muslos y la abertura de mi camisa hacía visualizar mis senos. Me había maquillado viendo un tutorial. Sonreí. Esta vez sería yo quien provocaría. Clara, al verme, se quedó sorprendida.

—Estás muy guapa, haces bien en enseñar tus bonitos encantos.

Mientras conducía, iba reflexionando sobre lo que me estaba sucediendo y llegué a la conclusión de que lo mejor sería dejar las cosas fluir. Belén ya había llegado, al verme tocó el claxon, yo hice lo mismo. Vi cómo me sonreía y me hacía un gesto con la mano para que la siguiera. Aparcamos cerca del piso de Pilar. Belén salió del coche y se dirigió hacia mí sonriendo.

—Estas guapísimas, diría —sonrió de forma picaresca— que demasiado sensual.

Arqueé levemente mis cejas y sonreí.

—Exageras, Belén. A ti se te ve *sexy* y provocativa.

—¿Yooo...? —contestó sonriendo—. La exagerada eres tú. Vamos, Pilar nos estará esperando.

Llamamos al timbre. Si nosotras nos veíamos atractivas y sexis, ella rompía todos los esquemas. Llevaba puestos unos pantalones de cuero que se ceñían a sus muslos como si fuesen una piel, una camisa más abierta que la mía y un chaleco de cuero ajustadísimos. Su melena medio recogida, dejando caer sus rizos. Me miró y sonrió con escepticismo.

—Vaya, esto va a parecer una lucha entre bellezas, para ver quiénes estamos más atrayentes y sensuales.

—No digas bobadas, Pilar —contestó Belén—. Por mi parte no quiero seducir a nadie, solo pasar un rato agradable.

Yo ni me pronuncié.

—Pues, por la mía, y por los participantes que hay, me interesa más bien poco si los seduzco o no.

Había captado su indirecta.

—Como será cuando te interesen los participantes y quieras seducirlos —dije con cierta ironía.

Soltó una carcajada.

—Vaya, vaya con la viticultora, cómo se está incorporando al club de los cínicos. Si os parece bien, cogeremos mi coche. Lo tengo en la cochera. Seguro que, más tarde, hay problemas para aparcar.

Pilar entró en el *pub* con movimientos felinos. Todas las miradas, masculinas y femeninas, se dirigieron hacia ella. Se fue directamente hacia Ricardo y Gonzalo, que nos esperaban en un reservado. El *pub* disponía, además, de una zona donde se podía bailar.

—Qué bellezas más impresionantes —dijo Ricardo.

—Diría belleza animal —comentó Gonzalo—. Qué placer veros a las tres.

—Sois unos encantos —contestó Pilar—, sobre todo tú, Ricardo, siempre tan educado y correcto con esa expresión, tan tuya, cuando miras.

Gonzalo salió al paso intentando restarle importancia al comentario de Pilar.

—Preciosas, ¿qué vais a tomar?

Empezaba a pensar que quizás no había sido una buena idea el habernos reunido. La bebida había empezado hacer sus efectos. Ricardo se comía con la mirada a Pilar, quien, en lugar de cortarse, adoptaba posturas cada vez más perversas. Se le notaba que estaba bebido. Belén tenía que haberse dado cuenta y se mantenía en silencio... Ricardo se acercó tanto a Pilar que se rozaban sus cuerpos.

—Dame un sorbo de tu copa.

Ella sonrió con una expresión maquiavélica.

—Te está equivocando de persona, encanto. Además, creo que estás bebido.

En aquellos momentos, apareció frente a nosotros Vicente.

—Buenas noches. Hola, Carmen, qué agradable sorpresa. ¿Cómo tú por aquí?

Sentí un gran alivio al ver como se derivaba nuestra atención.

—Buenas noches, Vicente, pues ya ves. He venido con unos amigos.

Empecé con las presentaciones, pero cuando le tocó el turno a Pilar, esta respondió en un tono cortante.

—No hace falta, Carmen, ya nos conocemos.

Vicente ni se pronunció.

—¿Quieres bailar? —me preguntó.

—Gracias Vicente, pero no, en otro momento.

—Como desees. Yo estaré por aquí, por si cambias de opinión.

Después de unas amables palabras de despedida, se marchó.

—Qué solicitada estás —comentó Gonzalo sonriendo.

—Es el hijo del guardés de la finca de mi abuela.

—Deberías tener cuidado a la hora de elegir tus amistades —apostilló
Pilar.

—Considero que es una buena persona. Me ha ayudado mucho con el
viñedo.

Gonzalo se levantó y le tendió la mano a Pilar.

—Vamos a bailar, encanto.

Ella le miró y también a Belén. Se levantó y se dirigieron hacia la
pista.

—Cielo, vamos a bailar —le pidió Ricardo a Belén.

—¿No te importa quedarte sola? —me preguntó Belén.

—Por favor, Belén, por supuesto que no.

Cada vez entendía menos la situación. ¿Por qué Belén aguantaba semejantes humillaciones? Miraba hacia la pista. Gonzalo quería hacer caricias a Pilar, pero esta lo esquivaba. Belén bailaba muy apartada de

Ricardo y, por sus formas de gesticular, parecían estar discutiendo. De pronto, Belén se separó y se dirigió a la mesa seguida de él.

—Lo siento, Carmen, me marchó —me dijo Belén.

—No voy a consentir que te vayas —dijo en tono enérgico Ricardo.

—Creo que tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer.

—Estás demostrándome que eres una caliente...

No le deje terminar la frase, le abofeteé. Belén me miró asombrada mientras Ricardo lo hacía de una forma desafiante.

—Pero ¿quién te has creído que eres para meterte en nuestros asuntos y encima abofetearme?

En aquellos momentos se escuchó la risa de Pilar. Ni siquiera nos dimos cuenta de que habían llegado a la mesa.

—Mira tú... la viticultora ha hecho lo que debíamos haber hecho nosotros hace mucho tiempo.

—Tú cállate —respondió Ricardo—, eres una zorra.

De pronto, apareció Vicente y le dio un puñetazo en plena cara que hizo que cayera al suelo.

—Aprende a tratar bien a las señoras —dijo Vicente.

Nos encontrábamos todos en una situación tan lamentable que motivó que el guarda de seguridad nos llamara la atención, amenazándonos con echarnos a la calle si no nos calmábamos. Vicente, mirándome, me dijo:

—Estoy en la barra... si me necesitas, no dudes en llamarme.

—Gracias, Vicente.

—Creo —comentó Pilar mirándonos a Belén y a mí— que deberíamos irnos.

Ricardo trataba de parar la sangre que le salía del labio. Gonzalo intentó hablar, pero Pilar le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio. Fuera ya del *pub* me dirigí a Belén.

—Lo siento, quizás no debería de haberlo hecho.

—No te disculpes —respondió Pilar—, esto se veía venir.

—No te preocupes, Carmen, si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo. Tú cállate, Pilar. Siempre le estás provocando.

—Le provooco para que te des cuenta de lo baboso que es.

—De acuerdo, Pilar, si quieres que te dé la razón, te la doy. Soy de las imbéciles que tropiezan siempre en la misma piedra. Dejémoslo, por favor, me duele la cabeza. Además, últimamente no me importaba tanto Ricardo.

Me daba pena Belén. Era demasiado buena persona. Una vez en el apartamento, Pilar nos preguntó.

—Voy a preparar café. ¿Queréis?

—Gracias, Pilar —contestó Belén—, prefiero irme a dormir.

Me encontraba agotada, física y mentalmente, pero no quería que pensase que, al estar a solas con ella, no controlaría mis sentimientos.

—Gracias, yo sí quiero uno.

Bebiéndonos el delicioso café, ella me miró burlonamente.

—¿No quieres preguntarme nada sobre tu amiga Belén?

Mientras hablaba, había cruzado de tal forma las piernas que se podían apreciar sus bellos muslos y hasta su ropa interior. Tenía que controlarme. Me dieron deseos de responderle que de quien me gustaría saber cosas era de ella.

—Me encantaría saber qué estás pensando.

—Nada en particular, quizás en ciertas cosas pasadas que no debería haber consentido.

Ni siquiera pestañeo.

—¿Tampoco quieres saber nada sobre el matón de tu amiguito?

—No es ningún matón, solo intentó ayudarnos.

—Vamos a dejarnos de bobadas. Lo que demuestras con tu actitud es que no quieres que te cuente su historia.

—Te equivocas, pero creo que las historias las deben de contar a quienes pertenecen.

Se echó a reír.

—También es cierto, pero esta te puede afectar y deberías saberlo, aunque, después de todo lo que estás viviendo, igual hasta te parece divertido. Te diré que tu querido amiguito es un gigoló.

Se quedó en silencio esperando ver cómo reaccionaba. Tuve la suficiente entereza para, a pesar de que me había impactado sus palabras, no demostrárselo.

—Por lo que a mí respecta —comentó—, me da exactamente igual lo que sea. Sé que es un gigoló porque una, digamos señora, le demandó por una estafa de más de cien mil euros. El caso lo llevé yo, por supuesto, gané

el juicio. Tampoco es que le considere muy culpable, ellas saben a lo que se enfrentan, ya tienen una edad para saber por dónde caminan. Para mí, hasta tienen menos escrúpulos que él. Obtienen sexo a cambio de dinero.

Empezaba a pensar que me estaba introduciendo en una especie de locura.

—Pues entonces que paguen por ello —respondí.

No estaba sintiendo lo que decía porque, en el fondo, me daban pena esas personas que tenían que pagar para recibir sexo o unas migajas de falso amor, pero no quería demostrarle que era una sensiblera. Por la expresión de su mirada se podía intuir que no se esperaba semejante respuesta.

—A ti lo que te ocurre es que te has quedado pillada por ese miserable y no ves más allá de tus narices.

Me dieron deseos de abofetearla, pero me contuve.

—En el fondo me da lo mismo lo que pienses —respondí—. No voy a seguir argumentando para convencerte.

Se echó a reír.

—Si tu mirada fuera fuego, me habrías abrasado viva. Se te nota demasiado.

No pude evitar que me aflorasen los colores, lo que me hizo ponerme furiosa. Le pedí a Dios no dejarme llevar por mis deseos de hacer el amor con ella. Recordé cómo había aborrecido la sumisión de mi madre. Me miró burlona.

—Quizás contigo vaya con buenas intenciones. Lo que él no sabe es que a ti te gustan las mujeres.

—Te repito que me da lo mismo lo que pienses. Tampoco tengo ningún inconveniente en reconocer que soy lesbiana o bisexual. Yo me enamoro de la persona.

—Entonces, todo un honor para mí.

Al decir esas palabras, se levantó y se acercó de tal forma que pude sentir el calor que desprendía su cuerpo.

—Ciérrate la camisa, encanto —me comentó en un tono irónico—, te vas a enfriar.

—La camisa no me la voy a abrochar. Estoy caliente y necesito aire frío. No te vayas a equivocar, he dicho me enamoro. Sexo —mentí descaradamente— lo puedo desear tener con cualquiera. —Hasta yo misma me estaba asombrando de mis palabras. Soltó una carcajada.

—Vaya, vaya, con la viticultora. Cada minuto que pasa se pone más borde. *Touché*.

Diciendo estas palabras intentó rodearme con sus brazos, la rechacé. No sé de dónde saqué las fuerzas, fue Dios quien tuvo que ayudarme, porque sentía como mis carnes se abrían en canal. La expresión de sus ojos demostraba sorpresa. Su mirada se transformó en una frialdad que traspasaba la piel. Se quitó la ropa, a excepción de la camisa, que quedó abierta, enseñando sus bonitos pechos. Pasó la lengua lentamente por sus labios. Tenía que darse cuenta como hasta mis manos temblaban por el deseo que estaba empezando a adueñarse de mí.

—Es cierto, la temperatura está subiendo progresivamente. En fin, cielo, estoy agotada. Mañana será otro día. Espero que te encuentres cómoda, si necesitas alguna cosa, estas en tu casa. Dulces sueños.

Había vuelto a triunfar. Ella se había dado cuenta de lo que estaba sintiendo. De que el deseo me devoraba. En la cama no era capaz de conciliar el sueño. Sentía un fuego abrasador. Dejé que mis manos trabajaran mi sexo hasta llegar al lujurioso placer.

CAPÍTULO XVII

Me despertó la claridad del día. Había dormido profundamente, pero me sentía mal por haberme masturbado. Tampoco hacía mal a nadie. No era mi única opción para calmar mis apetitos sexuales, podría haberlo hecho con cualquier persona, ahora ya, hasta con una mujer. Tenía que ser sincera conmigo misma, mis deseos sexuales eran motivados porque me estaba enamorando de Pilar. El sonido del móvil me sacó de mis pensamientos. Era mi madre.

—Cariño, lo siento creo que te he despertado, no me he acordado de que hoy era domingo.

—¡Oh, no, mamá! —Preferí no decirle dónde me encontraba, sabía que me saetaría a preguntas—. Sabes que me encanta que me llames.

—Cielo, te voy a dar una sorpresa, mañana salgo para allá. Me ha costado un gran esfuerzo, pero al final he conseguido que Antonio me dé unos días de vacaciones. ¿Qué tal está Clara?

—Qué alegría, mamá. Clara sigue perfecta.

—Nos vemos mañana, cielito. Un beso.

—Un beso, mamá, te quiero muchísimo.

Me di cuenta de que no le había preguntado por mi padre y que ella tampoco lo había mencionado.

Salí del dormitorio para dirigirme al cuarto de baño y darme una ducha cuando se abrió una de las puertas y apareció Pilar.

—Buenos días, Carmen. Entra a mi despacho, por favor.

—Buenos días, Pilar—le contesté.

Volvía actuar como si no hubiera ocurrido nada.

—Te estaba esperando, quiero aclarar algo antes de que se despierte Belén. —Mientras hablaba me miraba directamente a los ojos—. No sé cómo decirlo. Reconozco que tengo grandes defectos, entre ellos mi prepotencia y mi maldad.

No sabía cómo interpretar que una persona reconociese que era mala. Recordé que yo también había escuchado la reflexión del filósofo griego.

—Te extrañará que reconozca que soy mala —sonrió—, lo hago porque también tengo virtudes y una de ellas es mi sinceridad. Según un filósofo griego, no existe maldad, sino ignorancia. Podría ser. No me gusta ni justificarme ni hablar de mi vida. Tampoco me juzgo ni juzgo. Solo te diré en qué me baso para considerarme prepotente, porque me he preocupado de adquirir conocimientos para ejercer una carrera, he leído y viajado para adquirir más cultura y don de gente y he vivido experiencias, las que me han causado más dolor me hicieron madurar antes de lo debido. Maldad... porque quien me la hace me la paga y doblemente del daño que me haya causado.

»Mi padre estuvo abusando de mí durante muchos años y yo, cuando llegó mi momento, supe vengarme de él. No quise profundizar ni averiguar si mi madre fue consciente de ello. Después de ejecutar mi venganza, me alejé para siempre de ellos. También es cierto que, cuando me enamoro y quiero a alguien, no me importa sumergirme hasta en los infiernos para defenderla o para hacerle ver la realidad. Concluyendo, para no aburrirte. Dado mi carácter, quizás como consecuencia de lo vivido y también de la genética, ni me fío de nadie ni quiero tener a nadie en mi vida que me ate o a la que ame de una forma tan profunda que termine por adueñarse de mis

sentimientos, por lo tanto, solo me moveré por aventuras pasajeras y por sexo.

Estaba bloqueada, mi cabeza parecía hervir. No sabía si sentir pena o rechazo hacia ella.

—¿No tienes palabras para responderme, amor?

Sus palabras tenían un tono burlón que hicieron que me crispase.

—Te agradezco tu sinceridad —dije en un tono indiferente—, pero no sé cómo has interpretado mi conducta. Debería de haberte dicho que me encanta tener sexo y tú lo sabes hacer muy bien.

No me reconocía mintiendo de la forma como lo estaba haciendo. Me miró de una forma cínica... Iba a contestarme, pero se esperó unos segundos.

—Aclarado. Vamos a la cocina, he preparado un bizcocho riquísimo. Despertaré a Belén para que nos acompañe a desayunar.

Sería mejor dejar de pensar, de intentar sacar conclusiones. Me daba cuenta de que a lo único que llegaba era a tener más confusión y, a pesar de su confesión, no saber realmente qué tipo de persona era, realmente, Pilar. No hizo falta que fuese a despertar a Belén, apareció ante nosotros. Parecía más relajada, sonrió al vernos.

—Buenos días. Qué olorcito despide el bizcocho. Acompañado de un café cargadito será un desayuno magnífico para retomar fuerzas.

Probé el bizcocho.

—Esta riquísimo. Enhorabuena, Pilar.

Pilar me miró de forma irónica.

—Otras de las cosas que se me dan muy bien. Mientras desayunamos os voy a leer unos párrafos, siento curiosidad por saber si recordáis a qué libro pertenecen.

—Por favor, Belén. No seas mala y nos pongas a pensar a estas horas de la mañana.

—Venga, Belén. Es simplemente para saber si estáis al día sobre ciertas lecturas. El escrito empieza:

«Vanidad de los esfuerzos humanos:

El hombre dominado por los acontecimientos:

Hay un momento para todo y un tiempo para cada acción bajo el cielo:

un tiempo para nacer y un tiempo para morir;

tiempo para plantar

y un tiempo para arrancar lo plantado;

un tiempo para matar y un tiempo para curar;

un tiempo para destruir y un tiempo para edificar;

un tiempo para llorar y un tiempo para reír;

un tiempo para lamentarse y un tiempo para danzar;

un tiempo para tirar piedras y un tiempo para recogerlas

un tiempo para abrazar y un tiempo para abstenerse de abrazos;

un tiempo para buscar y un tiempo para perder;

un tiempo para guardar y un tiempo para tirar;

un tiempo para rasgar y un tiempo para coser;

un tiempo para callar y un tiempo para hablar;
un tiempo para amar y un tiempo para odiar;
un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz».

Dejó los folios encima de la mesa y nos miró.

—¿Y bien?

Belén terminó de beberse el café y respondió:

—¿Y bien, ¿qué, Pilar? No tengo ningún deseo de ponerme a estas horas tempranas a resolver jeroglíficos. Entenderás que, después de lo ocurrido ayer, no estoy para juegos.

Pilar la miró con ironía.

—Belén, en situaciones más difíciles te has encontrado y has sabido afrontarlas. Todo es cuestión de tiempo. El tiempo consigue borrar hasta la huella más profunda. Además, reconoce que no tienes ni idea de qué libro vienen escritas estas frases tan sabias. Un libro mundialmente famoso, muy leído y traducido a múltiples idiomas.

—Es cierto, no tengo ni idea de cuál es el libro donde están escritas estas frases. ¿Satisfecha?

Pilar me había ignorado. Pensaría que yo no habría leído la Biblia, puesto que era ahí donde constaban las frases que nos había leído. En esto se equivocaba porque había noches en la que Clara, al lado de la chimenea y en el silencio de la noche, solía leerme algunos de sus párrafos.

—Eclesiastés... Uno de los libros de la Biblia —contesté—.

Pilar me miró con perplejidad.

—Vaya, vaya. La verdad es que no pensé que tuvieses esos conocimientos.

Belén la miró enfadada.

—Qué borde eres, Pilar. Siempre creyéndote superior a los demás.

No hice ningún comentario y continué argumentando.

—Como os iba diciendo, Eclesiastés, escrito por Cohelet, hijo de David, rey de Jerusalén. Profundas reflexiones sobre todo lo que nos va ocurriendo a lo largo de la vida.

Pilar había encendido un cigarrillo y me miraba fijamente. Belén tenía una sonrisa en sus labios y sus ojos reflejaban su admiración.

—¿Cómo lo definirías? —preguntó en tono irónico Pilar.

—Muy sencillo, hay un tiempo para todo—contesté—, es decir, para lo uno y para lo contrario. Debemos de aceptarlo y estar preparados para ello.

—Dime tu frase favorita —me preguntó mientras exhalaba el humo del cigarrillo hacia donde yo estaba.

Me di cuenta de que Belén nos miraba a las dos con atención.

—A mí me encanta la frase: «Un tiempo para amar y un tiempo para odiar» —respondí.

Pilar apagó el cigarrillo y respondió:

—Mi preferida es: «Un tiempo para matar y un tiempo para curar». Dinos la tuya, Belén.

—«Un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado».

Pilar soltó una carcajada.

—Muy diplomática, Lo que nos da a entender que sabes mucho más de lo que nos haces ver.

Belén no contestó y se levantó.

—Siento dejaros, pero me marchó. No estoy tranquila, no me fio de lo que está haciendo David con mi madre.

Pilar me miró, esquivé su mirada, sabía que sus ojos terminarían por hacerme sucumbir.

—Te acompaño, Belén. No me gusta dejar tanto tiempo sola a Clara.

Conducía detrás de Belén, quedamos en parar en el cruce para decirnos adiós. Me encontraba contenta conmigo misma, sobre todo por haber tenido la entereza de despedirme de Pilar cuando más la deseaba, algo que creo que ella sabía de sobra. Tenía que centrar mi atención en el viñado, olvidarme de ella y de todo lo que me había contado. Llegamos al cruce, Belén paró el coche y salió; yo hice lo mismo.

—Lo siento, Carmen, al final no han salido las cosas como yo pensaba.

—¡Oh, no, Belén, ¡no te preocupes! Estas cosas suelen pasar, pero al final ha estado bien.

Nos besamos.

—Ten cuidado con Pilar, Carmen. Yo la quiero mucho a pesar de saber que le gusta jugar con fuego y no le importa quién salga ardiendo.

Me quedé sorprendida por su intuición.

—No sé por qué me dices eso —mentí—, a Pilar solo la considero una amiga.

Sonrió.

—Te lo he dicho más de una vez, tienes unos magníficos chivatos, tus bonitos ojos.

Sonreí y le lancé un beso con mi mano.

Al entrar en la finca, vi a mi abuela sentada en el porche. Seguro que estaba preocupada, aunque sabía que no me lo diría para no hacerme sentir mal, ni prisionera en aquellas tierras. Salí del coche y la abracé. El calor de su abrazo me hizo sentir bien.

—¿Me estabas esperando?

—¡Oh, no...! Hacía calor dentro y también necesitaba descansar. Espero que hayas disfrutado y te lo hayas pasado muy bien.

—Eres magnífica, mi querida Clara, me animas para irme de juerga.

Se echó a reír.

—¡No! Tanto como de juerga no, solo de vez en cuando y para que te diviertas con tus amigos. Cariño, no está bien meterme en tus cosas, ya eres una mujer y tarde o temprano tendrás que encontrar una parejita.

—Mi querida Clara, antes era necesario tener una pareja para poder funcionar en la vida, ahora una persona, una mujer tiene autonomía para poder vivir sola y disfrutar de todos los placeres de la vida.

¿Qué pensaría ella si le dijese que me estaba enamorando de otra mujer después de lo vivido con mi tío?

CAPÍTULO XVIII

Miraba a través de los cristales de la ventana, llegaba el amanecer, el sol empezaba a aparecer en un cielo de color gris azulado y llenaba de luz y claridad toda la tierra. Cómo pasa el tiempo sin ni siquiera percibirlo. Él no tiene en cuenta nuestro olvido y sigue avanzando, dejando su huella en nuestra piel. En este transcurrir pasaron dos años, durante los cuales mi madre nos visitó en los veranos y fiestas navideñas. Se la veía día a día más feliz. Hablaba continuamente de Antonio y de cómo la apoyaba en su trabajo. Nos enseñaba fotos de ellos participando en eventos. Con Belén mantenía un estrecho contacto, seguí compartiendo con ella los cumpleaños de David y solíamos comer juntas, en su finca o en la mía. Me estaba acostumbrando demasiado a ella. Desgraciadamente, a su madre le habían diagnosticado un cáncer de mama y el tema de las cabañas lo habíamos paralizado, como también las salidas a tomar copas. Aunque seguí contactando con Pilar, conseguí hacerlo desde una amistad más que de posible pareja. También era cierto que a ello me ayudó que se asoció con un bufete de abogados de Madrid y viajaba mucho; otro detonante fueron mis sentimientos hacia Pilar. Aunque sabía que nunca olvidaría aquella tarde en la que hicimos el amor. Dejé de mirar por los cristales, el sol brillaba ya con toda majestuosidad. No sé por qué me dio un escalofrío y, en ese momento, sonó mi móvil. Era un número desconocido.

—¿Sí...? —pregunté.

—Buenos días, Carmen. Soy Antonio, no sé cómo decírtelo. No es nada grave, pero tus padres han sufrido un accidente y están ingresados en el hospital...

Me quedé noqueada. Sentí una terrible presión en mi pecho. Mis padres. ¿Qué accidente...? ¿Cómo se encontraban...? No era capaz de pronunciar palabra.

—Carmen, Carmen, escúchame. No te preocupes. Están bien, pero creo que deberías venir...

—Gracias, Antonio. Me pondré ahora mismo en camino.

Me quedé sentada en la cama, no sabía ni qué hacer. Tenía que decírselo a Clara, pero ¿cómo? No sé por qué cogí el móvil y marqué el número de Belén.

—Hola, Belén, perdóname que te moleste a estas horas. Pero mis padres han tenido un accidente, parece que no es nada grave. Estoy como vacía, bloqueada, no sé qué hacer.

—Irte. Vete cuanto antes. No te preocupes, yo me ocuparé de Clara. Dile que te vas por asuntos del viñedo. No le digas nada hasta que no veas cómo está realmente la situación.

—Belén, si no tienes tiempo ni para gestionar tus cosas, tu hijo, tu madre, la bodega. ¿Cómo voy a consentir que, encima, te hagas cargo de Clara, de la finca?

—Por el amor de Dios, Carmen, deja de decir bobadas. ¿Para qué están las amigas? No pierdas tiempo, Carmen. Mucha suerte. Ya me irás contando.

Hice lo que me había dicho. Clara, pobre mía, se alegró de que viajase y saliese unos días de la finca. Camino del que fue mi hogar, no quería pensar, ni hacer especulaciones, solo centrarme en conducir. El viaje se me hizo eterno. Dejé el coche en los aparcamientos del hospital y corrí hacia el recinto. Después de informarme, me dirigí a la sala de espera, allí se encontraba Antonio. Se levantó al verme y vino hacia mí.

—¿Carmen?

—Sí, y tú tienes que ser Antonio. Por favor, dime la verdad.

—Tu madre se ha roto la clavícula. Gracias a Dios no tiene más lesiones.

Quería llorar y no podía.

—¿Mi padre...?

—No ha tenido tanta suerte. Tiene una grave lesión en la columna y ha perdido la movilidad de cintura para abajo. Creen que no podrá volver andar.

Sentí un profundo dolor, aunque debería dar gracias a Dios porque ninguno de los dos hubiera fallecido.

—Parece que están fuera de peligro. —Antonio, mientras me hablaba, me había cogido las manos y las apretaba suavemente—. Han quedado en llamar en cuanto recobren la conciencia. Sentémonos.

—¿Cómo ha sido el accidente?

—Eso se lo deberías de preguntar a tu madre... Yo...

—Lo siento, creí que tu lo sabrías.

Carraspeó.

—Bueno, yo estaba con tu madre cenando en un restaurante. En fin, tu madre y yo... no te ha dicho nada...

—Sí... algo me había comentado. —No sabía a lo que se refería, en realidad, mi madre no me había dicho que mantuvieran una relación, como

parecía ser, pero no quería decírselo para que no pensara que ella no le daba importancia.

En aquellos momentos, sonó su nombre por el altavoz de la sala diciendo que entráramos hablar con los médicos.

—Solo puede pasar uno a verlos —dijo uno de los médicos, el que tenía más edad— y, por favor, solo unos momentos.

—Por supuesto, ella. Es la hija —respondió Antonio.

Al entrar en la habitación y ver a mi madre vendada y con marcas de heridas en la cara no pude evitar que fluyeran mis lágrimas.

—Carmen... cariño... Me encuentro bien, hija. No te preocupes. — La abracé y la besé con mucho cuidado—. No ha sido nada, cariño. Solo la clavícula rota y algunas magulladuras. El médico dice que solo será cuestión de unos meses. Tu padre, ¿cómo está? Les he preguntado, pero han evadido responderme.

No sabía qué hacer, pero no debería mentirle.

—Papá tiene una grave lesión en la columna, parece que irreversible. Se ha quedado inválido de cintura para abajo.

Se le saltaron las lágrimas.

—¡Dios mío, Carmen! No podrá soportarlo.

La abracé suavemente.

—Mamá, no seas tan pesimista. Os llevaré a papá y a ti a la finca y os cuidaré.

Sonrió con tristeza.

—Carmen, es una carga demasiado grande.

—Por Dios... no sois ninguna carga. Para mí será un orgullo cuidar de vosotros.

—Por favor, hija, ve a ver cómo está tu padre.

Mientras me dirigía a la habitación en la que se encontraba mi padre, me daba la sensación de estar viviendo una pesadilla, como si todo aquello fuese un sueño. Abrí con cuidado la puerta. Mi padre abrió los ojos y me miró. No se le veían magulladuras en la cara. A simple vista, parecía que no le había ocurrido nada. Lo encontré muy envejecido, quizás debido a que hacía dos años que no lo veía.

—Carmen, hija... —diciendo estas palabras se echó a llorar.

Le abracé. Era la primera vez que veía llorar a mi padre.

—Papá, la medicina adelanta a pasos vertiginosos. Ya verás como más adelante podría ser...

—No, Carmen, lo mío no tiene solución y cuanto antes me haga a la idea mucho mejor.

CAPÍTULO XIX

Me había levantado muy temprano, miraba a través de la ventana, aún no había amanecido. Al fin había conseguido traerme a mis padres a la finca. Me parecía mentira haber empezado ya el despunte y el envero después de haber estado tanto tiempo entre mi casa y el hospital. Después del envero había entrado en la fase de maduración y de las primeras estimaciones para pasar al despunte, que consistía en dejar caer las uvas más pequeñas para que sirvieran de abono natural. Tuve la gran suerte de volver a encontrar a los trabajadores que tuve cuando la plantación, a excepción de Vicente, que no lo llamé. Tenía que avanzar más deprisa, se me echaría encima el mes de septiembre época en la que tenía que empezar a cosechar. Me encontraba cansada y agotada, tanto física como mentalmente. Gracias a Belén había podido avanzar. Estuve en continuo contacto telefónico con ella. Siempre dándome ánimos y quitándole importancia a lo que iba sucediendo. No había podido verla, cuando llegamos a la finca no se encontraba allí. Me había llamado por teléfono para decirme que estaba saturada de trabajo que, en cuanto tuviera unos minutos, iría a vernos. Mi padre, al contrario de mi madre, que se iba recuperando día a día, no avanzaba. Nos costaba sudores que hiciera ejercicios. Había veces que se negaba a que mi madre le diera los masajes que debía en las piernas. Su carácter se amargaba día a día. La mayoría de las veces no salía de la habitación y permanecía delante del ordenador, donde pareció encontrar consuelo a su dolor.

La luz del amanecer empezó a llenar los cielos. Me separé de la ventana y, saliendo del dormitorio, me dirigí hacia la cocina.

—Buenos días. Qué olor más rico a bizcocho recién hecho.

—Lo ha hecho tu madre —dijo orgullosa Clara—. Ven, te serviré el desayuno.

—No, Clara, no te molestes. Ya lo hago yo —le respondí.

Vi como mi madre ponía un café y un trozo de bizcocho en una bandeja.

—Mamá, deberías dejar que él se mueva y venga a desayunar a la cocina. Puede hacerlo perfectamente en su silla de ruedas. Podría ser que hasta le estuvieras perjudicando y, si no, díselo al cuidador. Tú todavía no estás recuperada del todo.

—No me cuesta ningún trabajo, Carmen, Jorge lo ha querido hacer, pero sé que a tu padre le gusta que sea yo quien le prepare el desayuno; además, me encuentro perfectamente.

Me daba cuenta de que mi madre se dejaba manipular de nuevo, pero esta vez no lo iba a consentir.

—A propósito, mamá. ¿Cuándo me vas a enseñar aquel dossier que hiciste para el proyecto que te pidió Antonio? Porque entre unas cosas y otras no lo has hecho. Me imagino que, cuando de encontrarte bien, seguirás con tu trabajo, tus proyectos y amistades. De papá me encargaré yo. Le buscaremos otro cuidador para que venga más horas a atenderle. Papá dispone de medios económicos para podérselo costear.

Me miró disgustada.

—Ahora solo puedo dedicarme a atender a tu padre, por favor, no me presiones. Eso sí, buscaremos un cuidador que le dedique más tiempo.

Iba a contestarle cuando me lo impidió el sonido del móvil. Era Belén.

—Hola, Carmen, ¿qué tal va todo, ¿cómo lo llevas? Querrás creer que no tengo ni un solo minuto libre, para colmo, David está cada día más caprichoso. Me ha pedido que le lleve a veros para que Clara le prepare chocolate. Lo cierto es que yo también estoy deseando verte.

Me eché a reír.

—Hola, Belén. Nosotros estamos deseando veros a vosotros también. Mi madre está deseando conoceros. ¿Por qué no os venís mañana a comer?

—Me parece abusar...

—Por favor —corté sus palabras—, tú te has portado con nosotros maravillosamente y puedes venir cuando tú desees y a lo que quieras a la finca.

—Gracias, Carmen. Entonces, hasta mañana. Un beso.

—Nos vemos. Besos.

La conversación con Belén hizo que me sintiera feliz. Miré a mi madre y a Clara.

—Mañana vendrá Belén con su hijo a comer con nosotros...

—Me parece magnífico, me encantará conocerla y poder darle las gracias personalmente.

—Te encantará, Rocío —comentó Clara—, es una chica encantadora.

—Mamá, siguiendo con la conversación de antes...

—Carmen, por favor —contestó mi madre cortando mis palabras—. Tú no puedes cargar con toda esa responsabilidad.

—Mamá, yo sí puedo, además buscaré más ayuda. La que no puede truncar su vida eres tú. Tienes que seguir con tu proyecto y, diría más, con Antonio.

—Carmen, como su esposa, tengo obligación de responsabilizarme de él.

—¿Esposa? ¿No tramitasteis el divorcio?

—No. Como ya te dije, tu padre siempre estaba poniendo impedimentos.

—Entonces, mamá, si no estáis divorciados es por su culpa. Por tanto, no tienes ninguna obligación moral con él.

—Por favor, Carmen, no me presiones más. Yo todavía me considero su esposa.

Al fijarme en sus ojos vi un infinito dolor, entonces comprendí que no debería forzarla. Seguía anclada en el pasado. Debería darle un tiempo, pero no consentiría que mi madre no pudiese alcanzar la felicidad con la que todos soñamos, la de terminar en los brazos de la persona que amamos y que nos ama. Salí de la cocina y me dirigí al dormitorio de mi padre. Estaba delante del ordenador. Su pasatiempo favorito. Al verme, inmediatamente lo apagó.

—Dime.

Siempre esa frialdad. Estaba muy delgado y demacrado. Daba pena, una que terminaba por desaparecer cuando hablabas con él.

—Papá, vengo a pedirte un favor. Mañana vendrá a comer con nosotros una persona que me ha ayudado muchísimo e hizo posible que yo pudiera cuidaros. Te pediría, por favor, que nos acompañaras.

Me miró con ira.

—¿Para qué? ¿Para que me compadezca a mí y a ti por la carga que tienes conmigo?

—Estás siendo muy injusto. No... de sobras sabes que no es por eso. Es porque deseo que conozca a mi padre.

—Querrás decir al lisiado de tu padre.

Se me vinieron a la mente tantas respuestas, decidí callar. No quería ser cruel, pero ¿hasta qué punto se debe aguantar a una persona, por muy terrible que sea su situación?

—El que calla otorga. No... no pienso acompañaros y, si no te importa, voy a seguir con lo que estaba haciendo. —Giró su silla de ruedas y volvió a encender el ordenador.

Salí de la habitación cerrando suavemente la puerta. No sabía si sentir pena por él o por nosotros. Me dirigí hacia los viñedos. Se podía respirar paz y tranquilidad ante aquella maravillosa viña, con todas sus cepas cuajadas de uvas. Sentí como si alguien me estuviera observando y, al volverme, a pocos metros de mí, se encontraba Vicente. Sentí un escalofrío.

—¿Puedo acercarme?

Recordé que, de esta misma forma, nos vimos la primera vez.

—Por supuesto, Vicente.

—Está preciosa. Cada día más bonita. Perdona mi atrevimiento.

Sonreí.

—¡Oh, no! No lo considero atrevimiento. Gracias. ¿Qué tal estás?

—Bien. Esta vez no me has llamado para trabajar la viña.

—Al no venir tú, no quería molestarte —mentí—, pensé que tendrías trabajo.

—No puedes mentir, se te nota rápidamente en la expresión de tus hermosos ojos. Vengo a despedirme. Me voy a un pueblecito de la campiña francesa. Allí, hace años, emigró un gran amigo mío y le va muy bien. Se necesita mucha mano de obra para las construcciones de estructuras metálicas.

Tenía sentimientos mezclados, por una parte, rechazo por lo que era y, por otra, pena porque no parecía ser aquel chico alegre y feliz que había conocido.

—Sé que tu amiguita te habrá contado ciertas historias sobre mí. Quizás no tenga perdón de Dios. Lo cierto es que me fui introduciendo en ese mundo sin ni siquiera darme cuenta. Yo lo veía de otra forma. El conocerte a ti me ha hecho ver todo de distinta manera. Le he pedido a Dios perdón. Pero ya no quiero mirar hacia atrás, también te diré que nunca arruiné a mis, digamos, víctimas y hubo situaciones en las que hasta recibí palizas.

No sabía qué decirle. Tampoco me consideraba tan limpia de culpas como para juzgar comportamientos ajenos.

—No tienes por qué darme explicaciones, Vicente... Yo...

—Sí, creo que tenía que hacerlo. Te diré también que me imagino que ella, al contarte mi historia, te habrá revelado la suya, ¿no? ¿O solo se ha limitado a criticar las vidas ajenas sin decir antes lo que ella ha hecho en la suya?

No tenía derecho a decirle lo que me había contado Pilar y me mantuve en silencio.

—Por la expresión de tus ojos intuyo que no. Sus padres se alejaron de ella y no solo por su bisexualidad. Su padre era comandante del Ejército. Te puedes imaginar. No solo no estaba de acuerdo con la condición sexual de su hija, sino por su forma de actuar. Pilar sedujo a una menor de edad, a la hija de un superior. Su comportamiento con esa chica fue vejatorio, la llevó a las puertas del suicidio.

Me senté en una roca, estaba bloqueada. Las piezas del puzle empezaban a encajar, pero nunca pensé que su venganza llegase a tales extremos. Tenía que ser justa y reconocer que no debería de estar juzgándola sin antes haber escuchado su versión.

—Te preguntarás cómo lo sé Pues muy sencillo, sus abuelos maternos eran de mi pueblo y a los pueblos, no se sabe por qué motivos, suelen llegar todas las noticias concernientes a sus habitantes, aunque ya no vivan en ellos. Ten mucho cuidado con tu amiguita, por corazón tiene un témpano de hielo. No tiene escrúpulos a la hora de hacerse con lo que desea. Belén es distinta, es una magnífica mujer y persona, no ha tenido suerte con sus parejas, quizás por ser como es y porque se ha dedicado de pleno a su trabajo y a su familia. Me imagino que el tiempo es quien nos irá poniendo a todos en nuestro lugar. —Se acercó más a mí y cogió mi rostro con sus manos—. Te besaría, no con mis labios, sino con mi alma. Cambiaré y espero que me perdones. No dudes en contactar conmigo si me necesitas o necesitas cualquier cosa, por muy importante que sea. Mi dirección se la puedes pedir a mis padres —diciendo aquellas palabras, dio media vuelta y se marchó. Estaba confundida, no sabía ni qué pensar. La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos.

—Carmen, cielo. Te estamos esperando para comer.

CAPÍTULO XX

Había pasado una de estas noches que intentas dormirte, pero no puedes. No podía olvidar lo que me había contado Vicente y lo que, en su día, me dijo Pilar. La claridad del día fue invadiendo poco a poco la habitación. Decidí levantarme, me daría una ducha y me despejaría. Tenía que recibir a Belén y a su hijo como se merecían. Les pedí a Clara y a Rosa que se esmeraran. Clara me dijo que eso no hacía falta ni que lo dijera. La mañana se me hizo interminable. De pronto, vi como entraba el coche en la finca. Aparcó cerca del porche. David salió del coche y vino hacia mí.

—Hola, Carmen, tenía muchas ganas de verte. ¿Sabes si Clara me ha hecho el chocolate?

Me eché a reír mientras lo estrechaba entre mis brazos.

—Yo a ti también, cielo, por supuesto, podrás tomar todo el que quieras, hasta llevártelo a tu casa.

Belén me dio dos besos.

—Lo acostumbras muy mal. Te veo espléndida.

—Yo a ti preciosa.

Era cierto. Los rayos del sol jugaban con sus cabellos haciéndolos aún más rubios y a sus ojos que se tornasen más claros.

Mi madre salió al porche y abrazó a David.

—No pensaba que fueses tan guapo y alto. —Después, dirigiéndose a Belén, la estrechó entre sus brazos—. Estaba deseando conocerte. Nunca podremos agradecerte todo lo que has hecho por nosotros.

—Por favor, Rocío... Tu hija se merece eso y más.

La velada fue maravillosa. En el fondo, casi agradecí a mi padre que no nos hubiese acompañado.

—¿David, te gustaría ver el gallinero?

—Sí, me encantan las gallinas, sus polluelos y coger los huevos.

Mi madre se echó a reír.

—Eso suele hacerse por las mañanas, pero nunca se sabe.

—Buena cosa le has ido a decir —comentó Belén—. Yo nunca he querido construir un gallinero, sé que las gallinas dan mucho trabajo y bastante tengo ya con la bodega.

—Hablando de bodegas —dije sonriendo—, ¿quieres ver las cepas cuyas uvas vas a comprar?

—Por supuesto. Y no digas comprar... ya hiciste que te las comprara.

—Es cierto, hija —apostilló Clara sonriendo—, ya hace tiempo que son tuyas.

Belén caminaba a mi lado en silencio. Se respiraba una paz y una tranquilidad que hacía tiempo que había dejado de sentir.

—¿No notas cierta paz? —preguntó—. Es como si el campo te envolviera y quisiera transmitirte tranquilidad y sosiego.

—Es cierto, siento lo mismo.

Llegamos hasta el viñedo, mi querido viñedo, con sus hileras de pequeños arbolitos cuajados de racimos de uvas que parecían tener vida.

—Qué magnífico viñedo... Estoy segura de que conseguirás cosechar más kilos de los que pensábamos.

—¡Ojalá y sea como dices, Belén! No sé... tengo un mal presentimiento.

—Por favor, Carmen. ¿No serás de esas personas supersticiosas?

—No... No... Son tonterías mías.

—Tienes mucha suerte, tus sueños se van cumpliendo. Aunque hay veces que se disfruta más soñándolos que cuando se hacen realidad.

Sus ojos adquirieron una expresión de tristeza.

—Es cierto —contesté—, los tiempos en los que soñaste lo viviste en tu corazón y lo sentías dentro de ti, una vez que se cumplieron, es como si no tuviesen la misma magnitud de lo soñado.

Sonrió.

—Algo natural, sobre todo cuando eres tan soñadora como tú y le pones tanto optimismo y fuerza a lo que deseas. Te admiro, Carmen. Tu entereza, la forma como lo estás gestionando todo siendo tan joven y con una mínima ayuda.

Por unos momentos la sentí tan dentro de mí que me acobardé. ¿Qué era realmente lo que estaba sintiendo por ella? Nuestras miradas coincidieron, ella la apartó y dijo:

—Regresemos, no me fio de David.

Las siguientes horas que transcurrieron fueron magníficas, Clara disfrutó muchísimo con el niño. Era la primera vez que, después del accidente, mi madre volvía a reír.

CAPÍTULO XXI

Me desperté temprano, quería leer el dossier que mi madre había escrito sobre la historia de España y que me había entregado el día que estuvimos comiendo con Belén. Belén, ¿qué habría querido decirme con sus ojos? ¿Qué era lo que ahora empezaba a sentir por ella? Decidí irme a la ducha y dejar de pensar. Al abrir la puerta de mi dormitorio, escuché como mi padre se quejaba y le increpaba a Jorge que le hacía daño. Me oculté detrás de la puerta. Era extraño que se levantase tan temprano, pero al ver como su cuidador lo llevaba en brazos, comprendí el porqué de las horas tempranas. Tenía que ser para él un sufrimiento ser llevado de esa forma y sentirse humillado si nosotros llegásemos a verlo, no solo para él, sino para cualquier persona que se encontrase en la triste situación de tenerle que dar de comer, vestirla, bañarla. No pude evitar que se me saltaran las lágrimas y que, en el fondo de mi corazón, entendiera el comportamiento de mi madre. Me dirigí hacia la cocina. Mi madre le estaba preparando el desayuno. Me miró a los ojos, por la expresión de mi mirada y el no haberle increpado que le estuviera preparando el desayuno, tuvo que intuir que había visto la triste escena.

—Buenos días, hija. Qué temprano te has levantado.

—Sí, mamá —le contesté sonriendo para quitarle importancia—. Estoy deseando leer tu dossier.

—Me está dando miedo, quizás esperes más de mí de lo que soy.

—Lo dudo, mamá. Tú eres mucho más de lo que espera cualquier persona de ti.

Me besó y, cogiendo la bandeja, se dirigió hacia el cuarto de mi padre. Terminé de desayunar y me fui a mi despacho. Abrí el dossier y comencé a leerlo:

«LAS EDADES DE LA HISTORIA.

LA PREHISTORIA: dos o tres millones de años a. C.

La prehistoria no formaría parte de la historia porque recoge hechos anteriores a la invención de la escritura. Se trata de un periodo de grandes avances, es la etapa más larga que ha vivido la humanidad. La aparición del *Homo sapiens*, el surgimiento del lenguaje oral, el descubrimiento del fuego, la creación de las primeras herramientas y de las primeras aldeas. Se pasa de ser cazadores y recolectores a ser agricultores y ganaderos.

Edad de Piedra, periodos Paleolítico, Mesolítico y Neolítico.

Edad de los Metales, cobre, bronce y hierro.

HISTORIA DE ESPAÑA.

Invasión de los bárbaros, colonización romana... E. Antigua. Siglo V d. C.

Invasión de los bárbaros hasta los Reyes Católicos... E. Media. Siglo V hasta que los españoles descubren América en el siglo XV (1492).

Desde los Reyes Católicos hasta la guerra de Independencia... E. Moderna. Siglo XV hasta el inicio de la Revolución francesa (siglo XIX).

Desde la Guerra de la Independencia hasta nuestros días... E. Contemporánea + siglo XIX hasta la actualidad.

INVASIÓN DE ESPAÑA.

ÍBEROS: venían de África. Llegan a España durante el periodo Neolítico (quinto al tercer milenio a. C. Mezcla de individuos de distintas procedencias y culturas. Introdujeron en España la cultura denominada Campos de Urnas, cuya tradición más importante era la incineración y la creación de vasijas para los enterramientos. Se establecieron en el sur y costas orientales.

CELTAS: venían del centro de Europa. Llegan a España a lo largo del primer milenio en el año mil doscientos a. C. Era una serie de pueblos interrelacionados entre ellos que habitaban en Europa central. Hablaban lenguas indoeuropeas, indicativo de un origen común. Se establecieron en Galicia, Portugal y los Pirineos.

TARTESSOS: venían de Asia menor. Llegan a España en el 1200 a. C., huyendo de los pueblos del mar. Su sociedad se dividía en pueblos o castas... La mercantil enriquecida; terratenientes; varias clases intermedias y la base de los esclavos. Su riqueza se basaba en su abundante plata. Cultivaron la vida, los olivos y el trigo, base fundamental de los pueblos mediterráneos. Se establecieron en el suroeste.

CELTÍBEROS: mezcla de celtas e íberos. Se establecen en España en el siglo XIII a. C. Con la gran expansión de los pueblos de los campos de urnas ocupando la región noreste. Eran agricultores y ganaderos. Monógamos, patriarcado. Religión, adoraban al sol, a los ríos...

FENICIOS: venían del mar Eritreo, actualmente mar de Omán. Semita cananeo. Llegan a España en el siglo IX a. C. Plantaron viñas. Eran activos comerciantes. Durante siglos abastecieron al Imperio egipcio. Se establecieron al sur de España.

GRIEGOS: provenían de la antigua Grecia. Llegaron a España en el siglo VII a. C. Se establecieron en las costas de Gerona. Organización social, cultura, arte. Alimentación.

Los FENICIOS de Cádiz pidieron ayuda a los cartagineses para combatir a los íberos. Terminaron por quedarse en España demostrando un carácter dominador.

ROMANOS: provenían de Roma, desembarcaron en España en el 218 a. C. y se quedaron hasta el siglo V. Construyeron grandes monumentos que representaban el esplendor de Roma. Su cultura era muy avanzada. Grandes eruditos en la promulgación de leyes. Los romanos consideraban a España como el granero de Roma. Su religión era politeísta de la metrópoli. Por la labor evangelizadora de los apóstoles se extendió el cristianismo. El emperador Constantino la hizo religión del Estado. Un gran Imperio que se vino abajo al final por sus desmanes. Se establecieron en las provincias Tarraconense, Bética y Lusitania.

BARBAROS: vivían en las fronteras del Imperio romano esperando el momento oportuno para apoderarse de sus ricas campiñas de cultivo. Muchos sirvieron como soldados en las legiones de Roma. Al dividir Teodosio el Imperio, creyeron que había llegado el momento de invadir España entrando por la Galia en el año 406.

Suevos: se establecieron en Galicia.

Vándalos: En la Bética o Andalucía.

Alanos: en Lusitania. La huella que dejaron fue la de una devastación sistemática.

VISIGODOS: venían del sur de Francia, ellos eran aliados de los romanos y pasaron a España al mando del rey Ataulfo, que estaba casado con la hermana de un emperador romano Honorio.

La conquista de España por los visigodos tuvo carácter bélico. Con la población hispanorromana (los españoles) emplearon más diplomacia que armas.

La monarquía visigoda era absoluta y electiva. Su religión arriana. El rey Recaredo abjuró el arrianismo y abrazó la religión católica para sí y para el Estado visigodo español. La monarquía visigoda en España cuenta con treinta y cuatro reyes y se divide en dos periodos: el arriano y el católico. Los regicidios se repitieron con frecuencia debido a su carácter electivo.

LOS HUNOS: una nueva invasión por parte de los bárbaros acaudillados por Atila, llamado el Azote de Dios, unidos a los francos, romanos y visigodos, derrotaron a los hunos en los Campos Cataláunicos (Francia). Reinando Eurico se hundió definitivamente el Imperio romano de occidente. El monarca visigodo recobró su total independencia, se adueñó de toda España a excepción del reino suevo de Galicia y arrebató a los francos la parte meridional de Francia. Leovigildo, último rey del periodo arriano, realizó la unidad territorial sometiendo a los suevos y a los vascones. La religión era la arriana. Recaredo, en el año 569, hizo pública su confesión a la fe católica en el III Concilio de Toledo.

Wamba contuvo los intentos de invasión iniciado por los árabes reinando don Rodrigo, entraron los bárbaros por El Estrecho y desembarcaron en la península.

Influencia visigoda en la cultura. La aportación a la cultura científica y literaria de los visigodos a los hispanorromanos fue muy escasa, ya que ellos eran superiores a los invasores. Si dieron una cultura y una organización

política; la monarquía, el catolicismo del Estado, la nacionalidad y el espíritu individualista. Los visigodos dulcificaron sus costumbres feroces y guerreras, elevaron su moral y adoptaron el traje y la lengua de los vencidos. Los visigodos no tenían leyes escritas, se regían por las costumbres y la tradición oral. Algunos reyes visigodos iniciaron la compilación escrita de su legislación, la más completa.

EL CÓDIGO DE EURICO. Al principio, hubo dos legislaciones: la visigoda para los invasores y la romana para los vencidos. Leovigildo, rey visigodo (mandó decapitar a su hijo por hacerse católico al casarse con una princesa católica), comprendió que por ese camino no se llegaría a crear la unidad nacional y trató de unificar ambas legislaciones lográndose por Recesvinto con la publicación de su famoso *Fuero juzgo*. La organización no sufrió modificaciones, funcionando como en los tiempos del Imperio.

LOS CONCILIOS DE TOLEDO. Eran asambleas de carácter eclesiástico y político convocadas por el monarca, en cuyas deliberaciones tomaban parte los reyes, los obispos, la nobleza y representaciones del pueblo. Tenían facultad para legislar, por lo que positivó a la iglesia para influir en la organización del Estado y crearon un antecedente para las cortes españolas durante la reconquista.

¿Por qué se produjo el hundimiento de la monarquía visigoda y se derrumbó tan fácilmente al primer empuje de los árabes? Entre otros motivos, por ser una monarquía electiva, lo que produjo muchas guerras internas entre los nobles y la corona.

Por su economía debilitada por pestes, malas cosechas, inseguridad por el endurecimiento de las leyes a comienzos del siglo VIII.

Aumentos de tributos, por la crisis moral en el clero. Envilecimiento del episcopado por hábitos y actitudes indignas. Porque perdieron su espíritu

combativo al aficionarse a la molición romana, que provocó también la caída de este Imperio.

LOS ÁRABES invaden España en el año 711. Desembarcaron en Gibraltar e iniciaron la conquista de España. Se hicieron dueños de toda la península a excepción de las zonas montañosas de los Pirineos centrales y de los montes cantábricos. La dominación árabe en España duró ocho siglos y comprende cuatro periodos: Emirato dependiente de Damasco; Emirato independiente; Califato de Córdoba y reinos de Taifas.

El Califato de Córdoba fue uno de los reinos más poderosos y cultos de la Europa de aquel tiempo. A su corte llegaban constantes embajadas, y los mismos reinos cristianos españoles mantenían relaciones amistosas en los breves periodos de paz. Córdoba llegó a ser una de las más bellas ciudades del mundo y centro cultural, literario y artístico visitado por los sabios de todos los países.

Como consecuencia de la derrota de los árabes por los cristianos en la batalla de Catalañazor, el califato se desintegra y fracciona en pequeños reinos independientes llamados reinos de taifas o banderías, siendo los más importantes los de Toledo, Sevilla Zaragoza, Murcia Valencia, Jaén, Córdoba y Granada.

España sufrió tres nuevas invasiones de tribus musulmanas procedentes de África, los almorávides, finales del siglo XI, y sucesivamente la de los almohades y benimerines, todos ellos berberiscos. Esto supuso que se debilitaran los reinos árabes en provecho de las monarquías cristianas que acabaron por dejarlos reducidos al reino de Granada, conquistado en 1492 por los Reyes Católicos.

La monarquía árabe era absoluta y hereditaria. El rey o califa estaba investido, además, de la suprema autoridad religiosa. Le ayuda a gobernar,

los visires o ministros y un consejo consultivo formado por nobles y sacerdotes.

España fue dividida en varias provincias a cuyo frente había un valí o gobernador; el jefe de la administración municipal se llamaba alcalde y los jueces, caídes. Los ciudadanos podían apelar ante el califa cuando se consideraban injustamente perjudicados por la administración o la justicia del Estado.

La población estaba compuesta por árabes; muladíes; mozárabes y judíos.

Muladíes: cristianos españoles que abrazaron el mahometismo.

Mozárabes: cristianos españoles que no renegaron de su fe y estaban protegidos por considerarlos, como los judíos, «gente de libros». En general, se les concedía gobernar por sus leyes, siempre supervisada por los árabes y practicar su culto en las iglesias, aunque hubo épocas de persecuciones e intransigencias.

Árabes, su religión mayoritaria era el islam, religión monoteísta que se rige por unas sagradas escrituras El Corán, cuyo profeta es Mahoma. Se les llamaba musulmanes. Los árabes eran un pueblo homogéneo que habitan, principalmente, en el Medio Oriente y África del norte, originarios de la península arábiga, constituida por regiones desérticas. Las dificultades de la siembra y crianza de animales los convirtieron en nómadas vagando por el desierto en caravanas, en busca de agua y mejores condiciones de vida. A las tribus del desierto se les da el nombre de beduinos.

Antes de la llegada de Mahoma, los árabes eran politeístas y adoraban al sol y los principales astros. También practicaban el cristianismo y judaísmo.

Hasta el reinado de los Reyes Católicos, España estuvo dividida en varios reinos y estados y gobernada por reyes y otros gobernantes, tanto españoles como la de las razas que la invadieron.

REYES CATÓLICOS.

Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla (1479—1504).

CORONA DE ARAGÓN: 1479—1516.

DINASTIA TRASTÁMARA: DESDE ENRIQUE TRASTÁMARA (14-3-1360) HASTA EL REINADO DE JUANA LA LOCA, HIJA DE LOS REYES CATÓLICOS, 1555.

Se considera por algunos historiadores que su reinado fue la transición de la Edad Media a la Edad Moderna. Con su enlace matrimonial se unieron provisionalmente dos coronas, la Corona de Castilla y la Corona de Aragón, originando la dinastía hispánica. Con sus conquistas, consiguieron la unión territorial de España bajo una sola corona. Una frase muy famosa los definía, «Monta tanto, tanta monta, Isabel como Fernando».

Durante el reinado de los Reyes Católicos:

Se unificó la religión en torno al catolicismo.

Se creó La Inquisición española.

1492: Los reyes decretaron la conversión forzosa al cristianismo de los judíos. Diez años más tarde obligaron a los musulmanes a convertirse al cristianismo. Se descubrieron las Américas por el conquistador Cristóbal Colón.

A la muerte de Isabel la Católica gobernó... Juan I (Juana la Loca) y su marido Felipe I (Felipe el Hermoso). Reinaron durante 1504—1506. Acompañando a su hijo hasta 1555.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, unos lo consideran la España oscura y otros el Siglo de Oro (siglo XVI hasta el XVII). España alcanza su máximo esplendor, sobre todo en la literatura (*La Celestina*: 1494, Fernando de Rojas. Hasta Calderón de la Barca: 1600-1681).

Durante este periodo, los Reyes Católicos decretan la expulsión de los judíos que no aceptaron unirse al cristianismo, los que sí se convirtieron fueron llamados conversos y sus descendientes, cristianos nuevos. Tras la toma de Granada, se consintió a los moriscos mantener su religión, pero la rebeldía de sus gobernantes condujo a numerosas revueltas y, finalmente, fueron expulsados en 1608.

Se tuvo una gran preocupación por las reformas de las órdenes religiosas, sobre todo por la pureza de las creencias. Se fundó la Inquisición española, más cruenta que la originaria, que fue fundada en Languedoc (sur de Francia) para combatir la herejía de los cátaros o albigense, siglo XII por Lucio III y ayudado por el rey Felipe II de Francia. Se perseguía la herejía, considerando a las brujas, judíos y homosexuales herejes. Sus medios de tortura fueron tan crueles que se llegó a decir que los condenados declaraban ser culpables para poder morir en paz.

Sucesores:

Empieza la dinastía de los Austrias. Desde Carlos I de España y V de Alemania -1516-1556 hasta la muerte sin sucesión directa de Carlos II — 1700 hasta la llegada de Carlos I. Fue nombrado regente del reino el cardenal Cisneros.

CARLOS I de España y V de Alemania, que gobierna junto con su madre, aunque ella de forma nominal. 1516—1556. Nieto de los Reyes Católicos y del emperador de Alemania Maximiliano de Austria.

Poco después de haber sido proclamado rey de España murió su abuelo paterno, el emperador Maximiliano de Austria fue elegido emperador de Alemania con el nombre de Carlos V. El impero de Carlos V era entonces el mayor del mundo. Comprendía España, los Países Bajos, el Franco Condado, Nápoles, Sicilia, Cerdeña el archiducado de Austria, el Imperio alemán y las tierras descubiertas de América. Carlos V decidió abandonar el gobierno y retirarse al monasterio de Yuste, abdicando en su hijo Felipe, excepción hecha del Imperio alemán para el que los germanos eligieron a su hermano Fernando. FELIPE II el prudente (1556—1598) empezó a reinar a los 29 años, fue un rey prudente, austero y profundamente cristiano. Resolvía todos los asuntos del Estado. Los hechos principales de su reinado fueron las guerras con Francia, la cruzada contra los turcos, la conquista de Portugal, las guerras de Flandes y la pérdida de la Armada invencible.

Los últimos reyes de la CASA DE AUSTRIA:

FELIPE III: 1598—1621.

FELIPE IV: 1621—1665.

CARLOS II: 1665—1700.

Sus reinados se caracterizan por el abandono del gobierno en manos de validos y favoritos. España entró con ellos en un periodo de decadencia y empobrecimiento frente a una Europa que había mirado siempre con malos ojos nuestra hegemonía mundial.

Carlos II, que subió al trono a los cuatro años bajo la regencia de su madre, doña Mariana de Austria. Fue un rey enfermizo y sin voluntad. Al no tener herederos, se dio el caso bochornoso de que, en vida del monarca, se reunieron algunos países europeos para repartir España, a cuyo trono aspiraban Francia y Austria. En octubre de 1700, Carlos II nombró heredero

de su trono a Felipe de Anjou, nieto de su hermana María Teresa y de Luis XIV, rey de Francia. Entraba a reinar en España.

LA DINASTÍA DE LOS BORBONES DESDE EL AÑO 1700 HASTA NUESTROS DÍAS: 2021.

FELIPE DE ANJOU tomó el nombre de FELIPE V (1700—1724) (1724—1746).

Felipe V dio un gran impulso al progreso material de España, mejoró la hacienda, incrementó la Marina, mandó construir los palacios reales de Madrid y La Granja y fundó las academias de la Lengua y de la Historia y de Medicina.

Entre las leyes políticas que decretó fue la denominada ley sálica, por la que se excluía de heredar el trono a las mujeres, que motivó numerosas cruentas guerras civiles.

FERNANDO VI (1746—1759). Fue un rey bondadoso y pacífico que procuró alejar a España de las contiendas europeas y dedicarse a fomentar las fuentes nacionales de la riqueza.

CARLOS III (1759—1788). Saneó la hacienda, se repartieron los terrenos baldíos y se colonizó Sierra Morena, donde nacieron nuevos pueblos. Carlos trajo de Nápoles a España algunos de sus ministros, entre ellos al marqués de Esquilache, el cual quiso reformar el traje de los madrileños y esto provocó un motín y su caída. El ministro conde Aranda, enciclopedista y antirreligioso aprovechó la coyuntura para expulsar a los jesuitas de España a través de un decreto que promulgó el rey.

CARLOS IV (1788—1808). Su elevación al trono coincidió con la Revolución francesa. El absolutismo implantado por la CASA DE AUSTRIA se acentúa con LA CASA DE BORBÓN.

Introdujeron muchas ideas y costumbres francesas, la organización administrativa es copia de la francesa, Felipe V crea los ministerios y Carlos III los consejos de ministros. España se divide en veinticuatro provincias.

Resurge la agricultura, el comercio, la industria y las obras publicadas. Las ciudades comenzaron a transformarse, Madrid fue embellecida con iglesias, museos, palacios, monumentos, paseos, jardines y fuentes públicas, como *Cibeles*. Por primera vez aparece el alumbrado público y otras mejoras urbanas para la limpieza y la higiene de la ciudad. Se impulsó la cultura creando academias y escuelas especiales de medicina y cirugía, veterinaria, ingenieros... El primer ministro Godoy declaró la guerra a la Francia revolucionaria. Cuando Napoleón se hizo cargo de Francia, Godoy pasó a ser un instrumento para sus ambiciosos planes. Consiguió que España declarase la guerra a Inglaterra, ¡cuya escuadra derrotó a la española y a la francesa! España perdió, además de sus marinos, el poderío naval.

Napoleón prometió a Godoy la corona de príncipe de los Algarbe si permitía el paso por España a las tropas francesas para conquistar Portugal, este accedió y los franceses comenzaron la invasión de España. El pueblo se dio cuenta de la estratagema y se amotinó en Aranjuez contra Godoy y Carlos IV la destituyó, abdicando él en su hijo Fernando VII. Pocos días después, las tropas francesas mandadas por Murat hacían su entrada en Madrid. Napoleón obligó a Fernando VII a devolver la corona a su padre y que este se la cediera a su hermano, José Bonaparte.

La Guerra de la Independencia comenzó en Madrid, se alzaron contra los franceses y pidieron ayuda al resto de las regiones españolas, que se la

prestaron. Las tropas españolas, ayudadas por las inglesas, fueron empujando hacia el norte, a las tropas francesas y Napoleón se vio obligado a firmar el reconocimiento de Fernando VII como rey de España. Durante la Guerra de la Independencia se convocaron Cortes, que se reunieron en Cádiz y se promulgó en el año 1812 la llamada Constitución de Cádiz, la cual recogía algunas ideas liberales francesas. Durante el reinado de Fernando VII se originaron varios conflictos a consecuencia de su absolutismo, enfrentándose liberales y absolutistas. Fernando VII derogó la ley Sálica y proclamó como heredera de su trono a su hija Isabel II.

El infante don Carlos, hermano de Fernando VII a quien, en virtud de la ley sálica le correspondía heredar la corona, protestó contra la proclamación de Isabel II y empezó a gobernar en nombre de Carlos, se le consideró un conspirador y tuvo que refugiarse en Inglaterra.

Los partidarios de don Carlos, llamados carlistas, al ver como entregaba la reina el Gobierno a los liberales se sublevaron al grito de: "¡Viva la religión ¡Viva don Carlos! ¡Vivan los fueros!". Esta fue la primera guerra carlista, que así también como la segunda, fracasó y quedó victoriosa Isabel, quien, al final, en el año 1868 estalló la Revolución de Septiembre, de carácter militar acaudillada por el almirante Topete y los generales Prim Y Serrano, quienes ganaron la revolución destronando a Isabel II, que huyó a Francia.

Don Amadeo I de Saboya (1870-1873) dimitió debido a los conflictos de las guerras carlistas.

I REPÚBLICA (febrero 1873-enero 1874). Durante la República se proclamaron cuatro presidentes: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar.

ALFONSO XII (1886-1931). Se proclamó rey a don Alfonso XII, hijo de Isabel II. Se restauró nuevamente la dinastía borbónica.

ALFONSO XIII (1886—1931). Ejerció su regencia con su madre, doña María Cristina.

DOS GUERRAS SACUDIERON EL MUNDO.

La primera, del 4 de agosto de 1914 al 11 de noviembre de 1918; la segunda, del 1 de septiembre de 1939 a 1945. España tuvo la suerte de permanecer alejada del conflicto europeo gracias a la sabia política de neutralidad seguida por Alfonso XIII.

LA DICTADURA (1923—1930). Protagonizada por el general Primo de Rivera quien, más tarde, delegó el Gobierno en hombres civiles, Calvo Sotelo como ministro de Hacienda y el conde de Guadalhorce como ministro de Fomento. El primero saneó la hacienda pública y el segundo desarrolló un plan de obras públicas: ferrocarriles, carreteras, pantanos, puertos, etc. Cuatro días después del asesinato de Calvo Sotelo, 17-7-1936, el Ejército de Marruecos, al mando del general Franco, se alzó en armas contra el régimen republicano. La guerra duró hasta el año 1939.

FRANCISCO FRANCO (1939—1975). Dictadura militar, todos los poderes del Estado cayeron en sus manos. Censura y represión de cualquier tipo de resistencia a la dictadura franquista. Abolición de los partidos políticos y sindicatos. Suprimir derechos humanos, tales como libertad de expresión. Único partido político: Falange Española Tradicional de la Junta Ofensiva Nacional Sindicalista (FET de la JONS). La Iglesia se posicionó al lado de Franco.

1953: Concordato con la Santa Sede.

1955: Ingreso en las Naciones Unidas.

1956: Independencia de Marruecos.

1959: Plan de Estabilización.

1968: Independencia de Guinea Ecuatorial.

1973: Asesinato de Carrero Blanco.

1975: Muere Franco.

CASA BORBÓN:

DON JUAN CARLOS I: 1975-2014. Proclamado por Franco como rey de España.

ESPAÑA PASA DE UNA DICTADURA A REGIRSE POR LA CONSTITUCIÓN.

El rey sigue considerando presidente del gobierno a Carlos Arias Navarro, del antiguo régimen franquista, hasta que en el rey pide su dimisión. Le sustituye Adolfo Suárez del partido UCD 1976—1981.

Comienza LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA. Durante la Transición se sucedieron atentados terroristas por parte de ETA, GRAPO y otros grupos de la extrema derecha. Durante la transición es ese periodo de la historia en el que se deja el régimen dictatorial de Franco y se pasa a regir por la Constitución que restauraba la democracia. Comienza la primera etapa del reinado de Juan Carlos I.

1977: PRIMERAS ELECCIONES LIBRES.

INTENTO FALLIDO DE GOLPE DE ESTADO: 23-febrero-1981.

1981: Dimisión de Adolfo Suárez.

1982—1996: Felipe González (PSOE)

1986 Entrada en la Comunidad Europea.

1996: Jose María Aznar (PP) sustituye a Felipe González.

2004—2011: José Luis Rodríguez Zapatero (PSOE).

2014: Felipe VI sustituye a su padre, Juan Carlos I.

2011—2018: Mariano Rajoy (PP).

2018: Pedro Sánchez (PSOE)».

Cerré el dossier. La historia nos demostraba que todo había sido un ir y venir, no solo en los tiempos, sino también en los sentimientos de los protagonistas. A estos personajes les superaron los acontecimientos. No les importó transformar leyes, normas no solo civiles, también religiosas. Todo ello para conseguir sentarse en tronos y sillones presidenciales. Estar en el poder a cualquier precio. Solo que antes se utilizaban la espada y los escudos en los campos de batalla y ahora eran guerras bacteriológicas.

Un hecho curioso era que la mayoría de las invasiones habían sucedido por el suroeste. Otro detalle importante era el tiempo que estuvieron en España, ocho siglos (711—1492). De ellos heredamos ciertos rasgos físicos (morenos, no muy altos y de pelo negro). Ahora entendía por qué los ciudadanos de cada región tenían caracteres y costumbres diferentes. Incluso distintas formas de impartir la religión.

Me sentía muy orgullosa de mi madre. Decidí no pedirle permiso y enviárselo a Antonio para que empezara a utilizarlo y trabajar sobre él.

CAPÍTULO XXII

Me desperté al sentir como me zarandeaban suavemente.

—Carmen, cariño, despierta. Me ha llamado Antonio. Estoy muy enfadada contigo.

La abracé directamente sin contestarle.

—Dime, mami, ¿qué te ha dicho?

Se sentó al borde de la cama.

—¿Por qué le has mandado mi trabajo sin consultarme?

—No has contestado a mi pregunta —le respondí.

Sonrió.

—Le ha encantado, pero, Carmen, no quiero que se haga ilusiones, yo no volveré a trabajar.

Me incorporé de golpe y salí de la cama.

—¡Por Dios, mamá! No empecemos. Claro que regresarás a tu trabajo, por supuesto que te incorporarás a la vida activa.

—Cálmate, hija. ¿Cómo quieres que te deje a ti toda esta responsabilidad? Sabes que no puedo hacerlo.

—Entonces, mamá, ¿eso supone que perderán siempre los que sean más responsables?

—Dejémoslo, cariño.

—Mamá. Yo solo quiero que seas feliz. Que tengas tu ansiada libertad, que disfrutes de todos los instantes de tu vida.

Mi madre guardó silencio, comprendí que no debería de insistir más.

Contemplaba el viñedo, me sentía orgullosa, pronto tendría que empezar la cosecha. Observé que el cielo empezaba a cuajarse de nubes muy negras. Sonó el móvil, era Belén.

—Carmen, acabo de escuchar por la radio que estamos en alerta de tormentas con granizo.

—Gracias, Belén. Sí, estoy viendo en el cielo unas nubes muy negras. Como descarguen será un desastre para el viñedo.

Escuché la voz de mi madre llamándome.

—Carmen, vente para casa. El cielo amenaza tormenta.

—Ya voy, mamá. Estoy hablando con Belén.

—Carmen, no te preocupes. Igual pasa de largo y no descarga — comentó Belén.

—No, por su forma y lo negro de esas nubes creo que van a descargar de un momento a otro.

—No pienses eso. Además, tienes el seguro. —Sentí un escalofrío—. Por favor, Carmen, no te va a amedrantar una simple tormenta. Te dejo, voy a ver por dónde anda David. Luego hablamos. Un beso.

—Gracias, Belén. Otro beso para ti.

Mi madre vino a mi encuentro y me abrazó.

—No te preocupes, cariño, seguro que no descarga y se queda en un susto.

Estaba tan agobiada que ni si siquiera le respondí. Al entrar en la casa, se escuchó el primer trueno seguido de un relámpago que rasgó los cielos iluminando la casa. Me quedé mirando por los cristales de la ventana. No se veía nada, solo una especie de neblina. Los granizos empezaron a golpear los cristales, daba la sensación de que iban a estallar. Seguía mirando sin ver nada. Sabía que todo estaba perdido, que todas mis ilusiones habían sido barridas por una tormenta de verano, que en esta vida no se puede poner ilusiones en nada que te pueda venir de fuera. No somos dueños ni siquiera de un dedo de nuestra mano, este nos puede ser cercenado. La tormenta vino en silencio y se marchó con sonidos apagados al irse alejando movida por los vientos. Salí al porche, miraba la tierra empapada. Las flores destrozadas, un pequeño arbolito caído, con las ramas rotas. Esto era el preámbulo de cómo iban a estar las cepas. Mi madre me agarró suavemente del brazo.

—Vamos, Carmen. Vamos a ver el viñedo.

Miré hacia la puerta, Clara nos miraba, la expresión de sus ojos era de infinita tristeza.

—Déjalo, mamá. No quiero verlo... no.

—Esta no es mi hija, no la reconozco. Tus charlas, ¿de qué corazón salían? Contestaré yo, de uno bravo y valiente. Hay que enfrentarse a los problemas e intentar solucionarlos, han llegado para ti, no huyas, no intentes eludirlos, te alcanzarán otros peores, más intensos. Además, tienes asegurada la cosecha.

—Sí, mamá, sí. Pero eso vale para la parte económica y, además, el seguro cubre un ochenta por ciento, pero yo no quiero indemnizaciones, sino recoger el fruto de mi trabajo. Y ¿qué pensara Clara?

No pude evitar romper en sollozos. Mi madre me zarandéo suavemente.

—A tu abuela lo único que la preocupa eres tú, no el dinero que pueda perderse o ganarse, no has tenido la culpa, lo has hecho magníficamente. Tú sabías que recoger los frutos de tu trabajo dependería, también, de las inclemencias del tiempo.

—Me pides una madurez que no tengo. Mamá, el viñedo lo significaba todo para mí. Era recoger mi recompensa por la labor realizada, mi futuro y también compensar a Clara.

—No puede ser que tú me hables de esa forma. No puedo creerlo. La madurez no solo llega con la edad, sino con lo que has vivido y más plena cuando has sufrido. El sufrimiento te hace ser más fuerte y tú has sufrido ya varias tragedias. A mí me vas a decir qué es romperse ilusiones, esperanzas, futuro. Nadie nos dijo que veníamos a un mundo maravilloso donde todo iba a salir magnífico, donde todo iba a ser felicidad. ¿Sabes que es lo que nos lleva a ser felices?

Miré a mi madre. Se había convertido en una mujer con carácter, dura ante la adversidad.

—No, mamá... no lo sé.

—El haber sido infelices.

A pesar de parecer que carecía de lógica, era una gran verdad. Según nos acercábamos al viñedo se podía apreciar el terrible desastre. Cepas tronchadas, racimos de uvas destrozados.

—Carmen, cariño. —Mi madre me hablaba acariciándome la cara—. No importa las veces que caigas, sino las que te levantes.

CAPÍTULO XXIII

De nuevo brillaba el sol por todo lo alto. Si no fuese por los destrozos que se veían, nadie hubiera pensado que unos días antes habría descargado una tormenta tan terrible. Gracias al consuelo que había recibido por parte de Clara, mi madre y Belén, iba aceptando lo ocurrido. Clara me hacía ver que el dinero no lo era todo en la vida, que, si yo era feliz, ella también lo sería. Mi padre se había burlado de mí diciéndome que lo mío no era el campo, que a las muestras se remitía. Que era un castigo de Dios por no haber estudiado Pediatría y no haber seguido la tradición familiar. ¿Un castigo de Dios? No dejaba de ser curioso que él dijera eso en la situación que se encontraba.

Decidí dejar de pensar y empezar a organizarme. Iría a ver a ver a Pilar. Era un consuelo saber que el seguro cubriría parte de las pérdidas. Le hice al viñedo varias fotografías desde diferentes perspectivas y me fui a verla. Mientras conducía, me iba animando. Tenía que afrontar la situación, aceptarla y avanzar. Después de aparcar con cierta dificultad, me dirigí hacia el edificio donde se encontraba la asesoría. Entré en las oficinas y fui directa hacia su despacho. Sentía cierto nerviosismo, llevaba mucho tiempo sin verla y no sabía ni cómo iba a reaccionar ella ni cómo lo haría manteniéndola alejada de mí. Llamé suavemente y entré. Se encontraba inmersa ante una gran cantidad de papeles y carpetas. Estaba como siempre, sensual y provocadora. No pude evitar sentir cierta atracción hacia ella. Levantó la vista de los papeles y me miró directamente a los ojos.

—Buenos días, Carmen. Qué de tiempo. Sigues igual de bella. ¿Cómo tú por aquí?

Me quedé sorprendida por su pregunta, ya que, en las calles y árboles, se apreciaban los destrozos ocasionados por la tormenta, desde luego, no tan

graves como en la finca. Me daba cuenta de que se estaba comportando sarcásticamente.

—No sé si te han llegado noticias de que por mis tierras la tormenta lo ha destrozado todo. Mi viñedo ha sido arrasado.

—Cuánto lo siento. Menuda ruina.

—Bueno, gracias al seguro no será tanta la ruina, ¿no?

—Lo cierto es que —contestó fríamente—, eso depende de cómo tú lo veas.

A pesar de que ella no me había dicho en ningún momento que me sentara, al oír aquellas palabras me lo hice en uno de los sillones. Cogió un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió. Exhaló el humo muy despacio.

—Lo siento, Carmen. Nunca pensé que pudieras tener problemas y cubrí el viñedo con una mínima cantidad, por eso te resultó tan económico.

Me quedé bloqueada. No acababa de entenderlo o quizás la palabra adecuada podría ser ¿encajarlo? Empezaba a darme cuenta de que estaba vengándose. Me miró sin reflejar ningún tipo de emoción.

—Me imagino que has traído fotos, déjamelas. Haré una valoración y te haré un ingreso a tu cuenta. Eso sí, no sé cuándo te lo podré hacer. Ahora, por favor... tengo muchísimo trabajo. Ya te llamaré.

La miré directamente a los ojos, ella mantuvo mi mirada. Sentía una mezcla de impotencia y dolor. Me levanté del sillón y, sin decirle ni siquiera adiós, salía de aquel despacho. Me monté en el coche. Me cubrí la cara con las manos. No me salían ni las lágrimas. Me parecía estar viviendo una irrealidad. Al entrar en la finca, vi que mi madre me estaba esperando en el porche. Salí del coche y me abracé a ella dejando que mis lágrimas fluyeran.

—Cálmate, cariño. ¿Qué es lo que ha ocurrido con el seguro?

—Mamá, el seguro no cubre ni la tercera parte y, además, no saben ni cuándo me abonarán el dinero. Prefiero no hablar de ello.

—No te preocupes, yo puedo ayudarte económicamente.

—No, mamá, no voy a consentir que tú también pierdas dinero por mi culpa. Además, creo recordar que la fundación os paga unos sueldos mínimos.

En aquellos instantes sonó mi móvil. Era Belén.

—Hola, Carmen, ¿cómo va todo? ¿Qué tal con Pilar?

—Prefiero contártelo personalmente.

Se hizo un silencio.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado para que no me lo puedas decir por teléfono? Yo no puedo ir a verte, mi madre está pasando un mal día.

—No te preocupes, no tiene importancia. —No quería añadirle una preocupación más—. Mañana hablamos. Espero que tu madre...

No me dejó terminar la frase.

—Por favor, Carmen, te ruego que vengas a verme y me lo cuentes.

Mientras conducía en dirección a las bodegas, iba pensando en la forma de decírselo para no disgustarla. No podía decirle lo que yo había interpretado a través del miserable comportamiento de Pilar. Para ella era un pilar y por lo que se podía entender, una gran amiga. Al entrar en la finca, vi que me estaba esperando en el porche. Nada más bajar del coche me preguntó:

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Una equivocación con la cuantía del seguro, nada importante.

Se acercó más a mí y sujeto mi cara con sus manos para poder mirarme directamente a los ojos.

—Me estás mintiendo.

Al tenerla tan cerca, volví a sentir esa dulce sensación que hacía abrirse mis carnes. Por unos instantes, me pareció ver en sus ojos un brillo muy especial. Ahora no podía dejarme llevar por mis sentimientos, no sabía lo que ella podría sentir por mí y sería terrible si me hubiese rechazado.

—No te preocupes —respondí—. Todo se solucionará. Me gustaría ver a tu madre.

—Está bien, Carmen, te llevaré a ver a mi madre, pero sé que no me estás diciendo la verdad.

Me llevó directamente al salón, allí se encontraba su madre sentada en un sillón, cubierta con una pequeña mantita. Parecía estar dormida.

—¿Cómo está?

—Sedada. Aunque estuviera despierta no te reconocería. No entiendo que tengamos que pasar tanto sufrimiento para terminar muriendo. Por favor, siéntate y cuéntame qué es lo que ocurre con el seguro.

—He interpretado erróneamente la cantidad asegurada. Pero no me afecta. Lo tengo todo controlado.

—Te lo he dicho ya varias veces, no puedes mentir, tus ojos te contradicen. No sé qué habrá pasado, me gustaría creer que Pilar ha actuado honradamente. De todas formas, yo puedo ayudarte.

—Te lo agradezco de todo corazón, pero no lo voy a consentir.

—Podría hablar con Pilar.

—Por favor, no, Belén. Todo se irá solucionando. Ahora tengo que irme, mi madre se ha quedado preocupada.

Besé a su madre en la mano, ni se movió. Mantenía sus ojos cerrados y sus labios tenían un rictus de dolor. Recordé el día que la conocí, tan llena de vida. Sentí una infinita pena.

—No te preocupes, no sufre. Gracias por tu gesto.

Le sonreí.

—No tienes por qué dármelas, tu madre es una bellísima persona.

Al despedirnos, la estreché entre mis brazos y pude sentir el calor de su cuerpo.

CAPÍTULO XXIV

Me había levantado temprano, quería llamar a los trabajadores que plantaron las cepas para que me ayudasen a recoger los desechos que había dejado la tormenta. Al pasar por la habitación de mi padre, escuché sus

voces. A pesar de saber que no debería hacerlo, me acerqué a la puerta intentando saber a quién le estaba gritando y por qué.

—No te lo voy a consentir, no voy a consentir que estés tonteando con Jorge. Eres una zorra. No tienes bastante con revolcarte con mi jefe, sino también con mi cuidador.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Me daban deseos de abrir la puerta de golpe y, a pesar de que era mi padre, haberle partido la cara. Mi madre parecía no responderle.

—No pongas esa cara de víctima. Vamos, acércate más.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Déjame que te toque esos pechos, que me pertenecen.

Escuché gemir a mi madre. Sentí unas enormes náuseas y estuve a punto de irme, pero me quedé para ver cómo terminaba todo.

—Cómo te gusta que te toque, que mis manos acaricien tu sexo. Así... cómo te gusta. Eres una zorra. Dime, ¿más rápido o lento?

—Más rápido, más rápido... voy a llegar... ya... ya...

Se escucharon unos fuertes gemidos ahogados por la risa nerviosa de mi padre.

—Todavía te pongo... Ahora tócame tú a mí. Me has costado muy cara.

—Ya basta, Pablo. Nos van a escuchar.

—Ven aquí, no te vayas... Ya sabes que, si no haces caso a mis deseos, me tomo un bote de pastillas y acabo con mi vida.

Corrí hacia el cuarto de baño y no pude llegar al váter, vomité en el suelo. Después de limpiar el vómito, me metí en la ducha. No quería ni pensar, no quería saber... El cuerpo me temblaba, mi corazón iba a cien. El agua caliente fue, poco a poco, calmándome. Escuché como llamaban a la puerta.

—Carmen, cariño, ¿estás duchándote? —Era la voz de mi madre.

Sentía deseos de no contestarle o de haberle preguntado si ya había terminado de correrse, me contuve y le respondí.

—Sí mamá, no te preocupes, estoy bien. Me he levantado para empezar a gestionar cuanto antes la limpieza del viñedo.

—Me parece fantástico, hija. Te voy preparando el desayuno.

Me miré en el espejo. Mi cara estaba desencajada. Si hubiese podido, habría salido por aquellas puertas y sin mirar atrás. Pensé en Clara, ella no se merecía que yo hiciese tal cosa. Maldecía el día que se me ocurrió la idea de traérmelos aquí. Intenté tranquilizarme. No podía dejarme llevar por mis impulsos. Tampoco sabía si los motivos por los que mi madre se dejaba utilizar eran por vicio o por el temor a que mi padre se suicidase. En aquellos momentos me daba igual. Les odiaba porque me estaban haciendo conocer las miserias de la vida. Mis pensamientos se vieron interrumpidos por unos suaves golpes en la puerta.

—Ya voy, mamá, por favor, no seas pesada.

—Perdóname, Carmen, soy Clara. Estaba preocupada, me moriría si te ocurriese alguna cosa.

Mi querida abuela. Ella jamás sabría todo lo que me había ayudado a lo largo de mi vida.

—No te preocupes, Clara. No me ocurre nada, ya salgo.

Desde que entré en la cocina sentía sobre mí la mirada de mi madre, pero yo la evitaba, presentía que, al final, perdería los nervios y terminaría por explotar, cosa que quizás hubiese hecho de no haber estado presente Clara. Cuando terminé de desayunar miré a mi madre de una forma cínica.

—Gracias, mamá, el desayuno estaba riquísimo. Últimamente se te da muy bien complacer a todo el mundo. Los colores afloraron a su cara—. Me voy al despacho—comenté—, tengo que hacer unas cuentas y llamar a los trabajadores.

Me senté y me dispuse a mirar lo archivos de las cuentas. Encima de la mesa había un sobre blanco, lo abrí, se veía un número elevado de billetes de cincuenta euros y una nota: «Por favor, hija, no lo rechaces, me darías un gran disgusto. Esto es solo una pequeña ayuda para que comiences de nuevo».

Sentí un mazazo en mi pecho. Vinieron a mi pensamiento las palabras de mi padre. «Me has costado muy cara...» Y yo había despreciado a mi madre. Sentí que me miraban, vi a mi madre apoyada en la puerta.

—Espero que sea suficiente para que puedas empezar.

—Mamá... Yo...

—Nos escuchaste, ¿verdad?

Me incorporé del sillón y me fui hacia ella abrazándola.

—No sé qué decirte, mamá... No sé qué decirte.

—No digas nada, cariño. Eso es lo que solemos hacer muchas mujeres, ser prostitutas para nuestros maridos. Al menos yo he tardado en serlo y he sido de las caras, otras lo hacen desde el principio y para poder comer.

—Pero tú... parecía.

—Hubo otro tiempo que sí... Que disfrutaba con él y mucho. Ahora solo era un fingimiento, tenía que hacerle creer que sentía lo mismo que en nuestros buenos tiempos.

—¿Durante cuánto tiempo tienes que...?

—Unos determinados días. No creo que mucho. Él también sufre, se excita, pero no puede llegar al orgasmo.

—Nunca se me ha pasado por la imaginación que en pleno XXI siguieran ocurriendo estas cosas.

Sonrió.

—Estas cosas seguirán ocurriendo mientras siga existiendo el ser humano. Quizás no te hayas fijado porque lo has visto desde otro punto de vista, también se da a tu edad e incluso en edades más tempranas, hay chicas que se dejan acariciar por un cigarro, por un porro, por una entrada a un concierto...

Era cierto, y lo triste es que lo veíamos natural y no solo lo hacían las chicas, también los chicos...

—No pienses, Carmen. A veces es mejor liberar nuestra mente y vivir el momento.

—No lo voy a consentir, mamá. Devuélveselo, no quiero ese maldito dinero.

—No puedes hacerme eso, Carmen. Me harías sentirme miserable y no sé cómo reaccionaría tu padre. Te lo suplico, hija, acéptalo. Cuando termine de pagar mi deuda no lo volveré hacer jamás. Te lo juro.

CAPÍTULO XXV

Llegaban los fríos. Las tardes se hacían más cortas y las noches más largas. Aunque el dinero que me había entregado mi madre me quemaba en las manos, no tuve más remedio que aceptarlo para no hacerla sentir mal. Me juré a mí misma que se lo devolvería a mi padre y hasta con los intereses de demora. Con ese dinero preparé de nuevo el viñedo y me hizo confiar en el futuro. Procuraba no acercarme al dormitorio de mi padre. Ahora no me atrevía a decirle nada a mi madre sobre que tendría que marcharse y rehacer su vida, porque desconocía si seguía pagándole «la deuda» a mi padre. Contactaba diariamente con Belén por un motivo o por otro. Lo curioso era que, cuando yo decidía no llamarla para no acostumbrarme a ella, era ella quien lo hacía. De Pilar no había vuelto a saber nada. Ni siquiera me había hecho el ingreso del dinero. El sonido del móvil me hizo volver a la realidad. Era Belén.

—Perdona que te moleste, Carmen, mi madre acaba de fallecer.

Sentí una infinita pena, más por Belén que por Adela. Adela ya había descansado.

—Por Dios, Belén, ¿molestarme? Ahora mismo voy para allá.

Conduciendo hacia las bodegas, pensaba en el sufrimiento de Belén. Como suele ocurrir, cuando alguien a quien amamos muere, nunca estamos preparados para ello, siempre mantenemos la esperanza hasta el último día de su fallecimiento. A mi madre y a Clara les dio mucha pena. Me sugirieron que les llevara al niño para evitarle el sufrimiento de estar presente en la ceremonia del entierro. Entré en la finca, al aparcar me di cuenta de que era la primera en llegar. Belén salió a recibirme. La estreché entre mis brazos. Permanecimos de esa forma por unos minutos en los que podía sentir como nuestros corazones latían aceleradamente.

—Carmen. Cómo te añoraba en estos dolorosos momentos. Has sido a la primera persona que he llamado.

—Gracias, Belén. No sufras, piensa en los tiempos que compartiste con ella, lo maravillosa que fue y en el amor que os teníais.

La cara de Adela era un reflejo de su paz y tranquilidad. En aquellos instantes entró Pedro.

—Belén, David quiere volver a ver a su abuela.

—Belén, podría llevármelo con mi madre y con Clara. Me lo han pedido ellas. Te mandan un fuerte abrazo y sienten no poder acompañarte. Ya sabes, mi madre tiene que estar pendiente de mi padre y mi abuela está ya muy torpe.

—Por favor, no tienen que disculparse. Agradezco en el alma que ellas quieran hacerse cargo de mi hijo. Empezarán a llegar más personas y será todo muy doloroso para él.

Mientras conducía, miraba a David por el rabillo del ojo. No había puesto ninguna pega a que le llevase a la finca. Estaba muy pensativo. Quise desviar su atención.

—David, cariño, y tú, ¿qué carrera vas a estudiar?

—No quiero ir a la universidad, no quiero dejar sola a mi madre.

Sonreí.

—Tu madre no lo consentirá. Ella querrá que estudies una carrera para optar a un mejor puesto de trabajo.

—¿Tú fuiste a la universidad?

Me había pillado.

—No. Hice un módulo de Técnico en Agricultura.

Me miró burlón.

—Pues yo haré lo mismo que tú y trabajaré con mi madre.

Le miré sonriendo.

—Tienes razón, no hace falta ir a la universidad para labrarte un porvenir. Y es bonito, más bien magnífico, trabajar en lo que se desea y al lado de quien se quiere estar.

Sin habernos dado cuenta, llegamos a la finca. Tuvieron que escuchar el sonido del motor porque salieron Clara y mi madre a recibirnos. David salió del coche y corrió hacia Clara.

—Hola, Clara.

Ella lo estrechó entre sus brazos y lo cubrió de besos.

—Hola, mi niño. Te he preparado el chocolate que tanto te gusta.

Mi madre le besó y acarició su pelo.

—Mamá, regreso con Belén.

—No te preocupes de nada, Carmen. Cuidaremos al niño, es lo menos que podemos hacer.

De retorno hacia las bodegas, sentía cierta felicidad al ver como mi madre y mi abuela había tomado cariño al niño, lo mismo que él hacia ellas. Cuando entré en el salón ya se encontraba lleno de personas y, entre ellas, distinguí a Gonzalo que, al verme, vino hacia mí.

—Hola, Carmen. Qué de tiempo sin vernos y qué triste que haya sido por esta dolorosa situación. —Me dio dos besos—. Gracias por estar siempre ahí, al lado de mi prima.

—Sí, es triste. No tienes por qué darme las gracias, tu prima sea merece eso y más.

Vi que dirigía la mirada hacia otro lugar y, al mirar, me di cuenta de que a quien miraba era a Belén y a Pilar que, por la forma de gesticular, parecían no estar de acuerdo.

—Ahí está esa víbora, como siempre, manipulando a Belén. —Ahora más que nunca sabía que lo que estaba diciendo Gonzalo era cierto—. Te dejo. Voy a salir a respirar aire al porche, esto está muy cargado.

En el porche me senté en uno de los balancines. ¿Qué era lo que estarían comentando Pilar y Belén? Mis pensamientos se vieron interrumpidos por Pilar.

—Hola, Carmen. ¿Qué tal estás?

—Hola, Pilar. De momento bien, aunque triste por la muerte de Adela —lo dije de una forma cortante.

—A lo largo de la semana que viene recibirás el dinero del seguro. He estado muy liada. Por cierto, la cantidad se ha duplicado. Cometí un error cuando te dije lo de la cobertura.

Me quedé sorprendida.

—No lo entiendo. ¿Te equivocaste? Qué raro eso en ti.

—No me bordees. No tengo por qué darte más explicaciones. Deberías estar contenta por ello. Me marchó. Un placer verte.

—El placer ha sido mío.

Mientras la veía alejarse, no pude evitar sentir tristeza y dolor. Había terminado ya todo. Adela fue incinerada y llevadas sus cenizas al panteón familiar. Se habían marchado todas las personas que habían asistido al sepelio. Belén miraba a través de los cristales de la ventana manteniendo un triste silencio. Se volvió hacia mí y me miró.

—Todo lo que la voy a echar de menos, Carmen.

Lo que yo hubiera dado por haberla rodeado con mis brazos y estrechado contra mi cuerpo para consolarla y sentirla dentro de mí, pero solo me atreví a coger sus manos.

—Sí, Belén, pero es la ley de la vida y no podemos hacer nada. El tiempo, el tiempo será tu aliado. Te ayudará a ir conviviendo con el dolor y lo verás todo de otra manera.

CAPÍTULO XXVI

Acababa de venir del banco de sacar el dinero del seguro, Pilar había cumplido su promesa. Tenía la esperanza de que, tarde o temprano, terminaría por enterarme de los motivos por los cuales Pilar había duplicado la cantidad abonada por el seguro. Al entrar en la cocina, me encontré a mi madre hablando con Sebastián.

—Mamá, por favor, ¿puedes venir un momento a mi despacho?

Una vez que entramos, ella me preguntó en un tono de preocupación.

—¿Qué sucede, Carmen?

—Nada, mamá, no te preocupes.

Tiré el sobre con el dinero encima de la mesa.

—Ahí está el dinero que le debes a papá.

Me miró angustiada.

—Por favor... hija. Deja las cosas como están.

—Y ¿cómo están las cosas, mamá? Hace días que no me preocupo en ver lo que ocurre en el dormitorio de mi padre. Prefiero obviarlo. —No respondió a mi pregunta—. Mamá, ¿cómo están las cosas? ¿Sigues actuando como una prostituta por culpa de ese miserable?

—Por favor, hija, no hables de esa forma de tu padre.

—Por la forma de responderme, sigues en la misma situación. Pues esto se va a acabar ahora mismo.

Intentó sujetarme, pero la esquivé y con el sobre en la mano entré sin llamar en el dormitorio de mi padre. No le dio tiempo de cerrar el ordenador y pude ver en la pantalla el cuerpo de una mujer desnuda y a él con su mano en el interior del pantalón. Sentí un asco terrible. Quitó su mano y cerró el ordenador. Le tiré el sobre del dinero.

—Ahí tienes, papá. Tu deuda queda saldada, digamos que, con intereses, sin tener en cuenta lo que mi madre te ha estado haciendo. Espero que no la molestes más, porque si no te juro que te meto en una residencia, pero antes te denuncio por daños y maltrato psicológico.

Tenía que haberle llamado pervertido sexual.

—Tú a mí, miserable, mala hija, no te atreverás. La zorra de tu madre hará todo lo que yo quiera, si no, te juro que me quito la vida.

Me dirigí hacia el cajón donde guardaba las pastillas, cogí una caja de ansiolíticos y lo vacié en mi mano, me acerqué a él y le agarré por el cuello.

—Abre la boca, aquí los tengo. Seré yo quien te los haga tragar.

Intentaba sujetarme y zafarse de mí, pero no podía. Mi madre me sujetó la mano y la retiró del cuello de mi padre.

—Por Dios, hija, ¿te has vuelto loca? ¿Qué intentas hacer?

—¿Te das cuenta como es mentira? ¿Como no tiene lo que debe tener para suicidarse, pero sí para tenerte subyugada a sus asquerosos deseos? Pues se acabó, si quiere matarse, que lo haga, pero tú no vas a volver a ser su esclava. A partir de mañana, saldré a comer y buscaré otro cuidador para que te supla y tú te marcharás a la ciudad y seguirás trabajando en la fundación. Si no, quien se le cargará seré yo.

No sabía ni de dónde estaba sacando las fuerzas para comportarme como lo estaba haciendo, pero ya estaba cansada, saturada de tantas injusticias y había tomado la decisión de empezar a actuar sin tener miedo de hacer daño y no daría más oportunidades. Cuando la vida te va enseñando que existe cierto tipo de persona que, si actúas de una forma débil y consentidora, no conseguirás nada de ella.

—¿Me has entendido, papá?

Su tez estaba tan blanca como la nieve, se había dado cuenta de que hablaba completamente en serio y que sería capaz de cumplir mi amenaza.

—Sí... haré lo que tú desees.

—Espero que sepas ser agradecido y empieces a comportarte correctamente. Vámonos de aquí, mamá.

Al salir de la habitación tuve esa sensación de liberación como la que debe de sentir un pajarillo al abrirle la puerta de la jaula y volver a su libertad.

—Hija, por Dios —comentó mi madre—, creo que has sido...

—¿Cómo? ¿Cruel? Te lo dije hace años, en una ocasión, al toro hay veces que no es cuestión de cogerlo por los cuernos, sino de matarlo. Estoy cansada, mamá, de ser la niña buena, de callar. Se terminaron las buenas maneras, los buenos sentimientos. Empezaré a corresponder con la misma moneda con la que a mí me pagan. Siento recordarte, mamá que, hace un tiempo, tú dijiste parecidas palabras.

CAPÍTULO XXVII

Desde la ventana de mi dormitorio observaba un bello amanecer. La claridad de la llegada del día iba invadiendo poco a poco la habitación. Era un bonito espectáculo que me llenaba de paz y sosiego. Habían transcurrido unos días desde la última discusión que tuve con mis padres y, a pesar de no haber puesto muchas esperanzas en que se cumplirían lo que hablamos, las cosas habían empezado a cambiar. Mi padre empezó a salir de su habitación para comer con nosotros, se portaba de una forma correcta y sin decir palabras ofensivas. Contacté con Gonzalo, le pedí que se hiciera cargo del divorcio de mis padres y también contraté el seguro del viñedo con él. Sabía que el cambiar el seguro no sería del agrado de Pilar, pero ya no me importaba lo que pudiese agradaarle o desagradarle. Seguía en la misma actitud con Belén. No me atrevía a visualizar mis sentimientos hacia ella. El sonido del móvil me hizo volver a la realidad, era Gonzalo.

—Buenos días, preciosa. Sobre el divorcio de tus padres, ya puedes respirar tranquila, todo está solucionado, ya están divorciados.

—Eres un encanto, Gonzalo. Mándame la minuta para que te ingrese el dinero.

—Prefiero verte, tomar unas copas y te la entrego.

—Yo prefiero que me envíes la minuta. Después ya iremos viendo. Ahora estoy muy liada con el viñedo.

—Siempre tan escurridiza. De acuerdo, como desees. Un beso, amor.

—Un abrazo, Gonzalo.

Entré en la casa y me dirigí a la cocina, allí se encontraban Clara, mi madre y Rosa.

—Buenos días. Qué olorcito más rico a café y a bizcocho.

Estaba saboreando el desayuno, miré a mi madre, que sonreía al verme comer con tanta satisfacción.

—Tengo una gran noticia para ti, mamá: ya estás divorciada. Ya eres libre como las gaviotas que surcan esos cielos en esas lejanas playas. No admito discusiones. La próxima semana sales para la ciudad y te incorporas a tu trabajo. Volvemos a las costumbres anteriores. Vendrás a vernos en fiestas y cuanto tengas días libres.

En aquellos instantes entró mi padre, que por su semblante tenía que haber escuchado nuestra conversación.

—Eres mala y perversa. Reniego de ti, ojalá no hubieras nacido.

Clara estaba blanca como la pared. Por miedo a que la ocurriera algo, me mantenía en silencio. Rosa salió de la cocina. A mi madre la surgió esa fiera que les sale a las hembras cuando atacan a sus cachorros.

—No te voy a consentir que tratas de esa forma a mi hija. Eres un bastardo...

—Eso, defiéndela, sois tal para cual. Si no fuese porque estoy postrado en esta silla de ruedas me iría ahora mismo de esta casa.

—Tú tienes la culpa de estar en esas condiciones, tú giraste el volante para...

Mi madre, al ver la expresión de mis ojos, se quedó callada.

—¿Por qué no terminas la frase, mamá? Aunque no hace falta, la he entendido perfectamente, fue él quien provocó el accidente. Siempre lo tuve en duda, pero prefería mirar para otro lado. —Miré a mi padre con tal odio que agachó su cabeza—. Voy a dejar esto aquí, lo hago por mi abuela. —La

quise nombrar de esa forma cariñosa—. Si no, llamaría ahora mismo a los servicios sociales para saber de qué forma te puedo echar de esta casa.

Giró su silla y se marchó de la cocina en dirección a su dormitorio. Clara se había sentado y por el movimiento de sus labios y sus susurros estaba rezando. Mi madre hizo un gesto hacia ella para que me mantuviera en silencio. Estreché a mi abuela entre mis brazos.

—No te preocupes, Clara, ya todo pasó, ya todo terminó. Mamá se irá de aquí y rehará su vida y a mi padre le seguiré cuidando. Intentaré obviar sus actitudes y, si veo que superan nuestras fuerzas, lo internaré en una residencia.

CAPÍTULO XXVIII

Contemplaba el viñedo, eran hermosas sus uvas. El verano se iba deslizado en el tiempo y estaba a punto de terminar, ello quería decir que comenzaría la cosecha. Esta vez me mantenía en calma, no quería hacerme muchas ilusiones después de lo que me había ocurrido con aquella terrible tormenta de verano. Después de muchas conversaciones, mi madre terminó por irse. Nunca olvidaría la expresión de sus ojos, mezcla de tristeza y de alegría. Retomó su trabajo y su vida con Antonio. Cuando hablábamos por teléfono, se le notaba, día a día, mejor, como volvía a recuperar su vitalidad, su fuerza. Desde su marcha, mi padre cambió totalmente su comportamiento. Yo no quería pensar, no quería profundizar en el accidente, ni tampoco recordar el trato que dio a mi madre, ni las últimas palabras despreciativas que me dirigió. En el fondo, me daba pena y, cuando las tardes eran cálidas, le llevaba a pasear por el viñedo, intentando darle conversación y entonces

él contestaba de forma educada. Esos paseos nos estaban empezando a acercar el uno al otro y a fomentarse un cierto cariño. Nunca me preguntaba por mi madre, sin embargo, sí le preguntaba a Clara por su salud y empezó a empatizar con ella. A mí me parecía mentira el cambio tan brusco en su comportamiento, pero no quería profundizar en averiguar los motivos. De Pilar no había vuelto a saber nada. Gonzalo intentó varias veces quedar para tomar unas copas, pero yo lo eludía, no quería problemas. A pesar de mis intentos de sacar de mi corazón a Belén, no podía, tenía que saber diariamente de ella o a través del móvil o acercarme, aunque solo fuese unos momentos, a verla. Empecé a centrarme en mi cosecha y en Clara, la besaba y abrazaba continuamente, quería hacerle sentir todo el amor que tenía por ella, sabía que pronto no tomaría conciencia de ello.

CAPÍTULO XXIX

Miraba a través de la cristalera como una lluvia suave empañaba la ventana. El tiempo no perdona, ni espera, ni se anda con contemplaciones, sigue deslizándose para todo lo que subsiste en este mundo y quizás en otros que no conocemos. Por fin, y gracias a mi Dios, recogí una fructífera cosecha. Belén me compró toda la uva y a un precio demasiado elevado.

Nuestra situación seguía igual. Decidí refugiarme en la lectura y en escribir poemas para encontrar la paz que necesitaba. Mi madre venía a vernos muy a menudo. Se veía feliz y, por sus comentarios, debía tener cierta relación con Antonio, su etapa de la felicidad le había llegado. ¿Me llegaría a mí? Mi padre se iba consumiendo día a día. Con la llegada de los fríos no podía sacarlo a pasear, pero me iba a su dormitorio y le leía el periódico. Hubo un momento en los que me ofreció su dinero para que dispusiera de él como creyera conveniente, se lo agradecí con el corazón, pero no lo acepté, podría ser que él llegase a necesitarlo. Clara ya había perdido totalmente su lucidez. Se mantenía en largos silencios y, cuando hablaba, lo hacía desde el pasado y nombrando continuamente a mi tío Luis.

Limpié el vaho producido por mi aliento en los cristales y me dirigí hacia mi escritorio. No había hecho nada más que coger un manuscrito de poemas cuando sonó mi móvil. Era mi madre.

—Hola, mami. Qué alegría escucharte.

—Hola cielo. No sé cómo decírtelo. —Se hizo un silencio—. He recibido noticias de tu tío Luis. Bueno, realmente de él no, de su pareja, Gerard. Ha fallecido y nos ha dejado su herencia. Una cantidad de doscientos mil euros.

Me quedé sorprendida y sentí una profunda pena. Su gesto demostraba una gran generosidad y el amor que debería de sentir por su familia. Tendría que haber sido maravilloso haberlo conocido.

—Cuánto lo siento, mamá.

—Me ha dolido mucho, Carmen. —Se quedó en silencio, escuché un sollozo—. Mi querido hermano, creo que no luchamos lo suficiente por recuperarlo.

—Mamá... no te sientas culpable. Hay veces que la vida nos arrastra a situaciones límite. Intentaste encontrarlo y la pobre Clara, ¿qué podía hacer? También él, y siento decir esto, podía haber regresado.

—No lo sé, cariño, no lo sé. Gerard nos va a enviar una carta que tu tío nos escribió. Le ha dado tu nombre y la dirección de la finca. También el número de vuestra cuenta bancaria. Yo os cedo a Clara y a ti mi parte.

—Hablaemos más adelante sobre ello, mamá. Ahora no es el momento.

—Tienes razón, hija. ¿Crees que deberíamos decírselo a tu abuela?

—No lo sé, mamá. Esperemos a recibir la carta y ver qué es lo que mi tío ha escrito. En las circunstancias que está, creo que mejor sería no decírselo, pero ya iremos viendo. Cuídate mucho, mami. Te quiero.

—Te quiero muchísimo, Carmen. Espero que tu padre siga comportándose como últimamente lo está haciendo. Cuida mucho de Clara, hija. En cuanto pueda, voy para allá a veros.

—No te preocupes, mami. Todo está controlado. Clara está bien de salud, solo lo de su lucidez. Me ha dicho el médico que ella no sufre.

—Eso lo sé, cielo, pero se me cae el alma de saber que está así. Debería pedir excedencia e irme para ayudarte. Me gustaría estar con ella y cuidarla.

—Más adelante, mamá. Ya te lo diré. Ahora está todo bien y tú también necesitar olvidarte por un tiempo de todo esto.

Después de despedirnos, miré mi manuscrito y empecé a llenar de nuevo de letras, las páginas que estaban en blanco.

CAPÍTULO XXX

Miraba a través de los cristales de la ventana. Ya había amanecido. El tiempo había seguido avanzando y los surcos notándose cada vez más en nuestra piel mientras en nuestro corazón van quedando las cicatrices de heridas que se abrieron y las huellas de las que se siguen abriendo. Me había levantado más animada. En este transcurrir se abrieron heridas en mi corazón, una de ellas, la muerte de mi padre. Una mañana, al ir a despertarlo me lo encontré muerto. Un derrame cerebral. Su cara tenía una expresión de serenidad y paz. Al final, fue una buena persona que supo darme su calor y su cariño. Le echaría de menos. Me había acostumbrado a pasar con él mis tiempos y a disfrutarlo. ¿Por qué cambiamos de forma ser? Era algo que siempre me preguntaré. Al principio, fue un buen esposo y padre. Se transformó cuando tomó contacto con Nieves y terminó en una metamorfosis total cuando tuvo el accidente. Al final, quiero quedarme con que su cambio fue debido a la bondad como fue tratado por mi madre y no por mis amenazas. Mi madre vino acompañada de Antonio. Lloró y me dijo que, en el fondo de su corazón, le dolía su muerte. La herida más profunda y terrible fue la de perder a Clara, mi amada abuela. Una noche, al ir ayudarla levantarse de su sillón, había muerto. Tenía la Biblia entre sus manos, a pesar de que ya no podía leer, en sus contados momentos de lucidez me la pedía y se conformaba con acariciarla. Se fue de este mundo sin saber el puntal tan importante que había sido en mi vida, más que mi propia madre. No pude derramar ni una sola lágrima. Mi madre vino a su entierro, acompañada de

Antonio, al ver mi situación anímica, decidió quedarse un tiempo para atenderme a mí y a la finca; Belén venía diariamente a verme y a intentar que prestara atención al viñedo, incluso me habló de las cabañas de madera, yo estaba tan vacía que ni le prestaba atención. Gonzalo contactó conmigo. Siempre dándome ánimos con sus bromas.

Pilar me llamó para darme el pésame. Su voz resultó más cariñosa y yo, en el fondo de mi corazón, la perdoné. Algo en mi interior me decía que guardar rencor destruye más a quien lo siente que a la persona que te lo provoca. Sebastián y Rosa se portaron maravillosamente. Incluso Vicente me escribió en varias ocasiones, pero yo solo le contestaba en un par de líneas y siempre manteniendo ciertas distancias. En la última de sus cartas me dijo que me había dado ya por perdida.

Me retiré de la ventana. El psicólogo me había dado el alta por una temporada. Me encontraba mejor. Había aceptado que el dolor de la muerte de mi abuela estaría siempre en mi corazón y tenía que empezar a convivir con el y le pedí a mi madre que se marchase, que ya podía quedarme sola. Estaba más animada que nunca, le daría una sorpresa a Belén, iría a verla para comentarle lo de las cabañas de madera. Empezaba a añorarla de nuevo, a necesitarla. Gracias a mi pobre tío Luis podría llevar a cabo el proyecto. Recordé que no me había llegado la carta que Gerard nos había dicho que nos mandaría.

Llegando a las bodegas, la puerta de la cancela se abrió sin necesidad de que yo pulsara el timbre. Al entrar, Belén me estaba esperando en el porche. Su sonrisa demostraba su felicidad. Abrió la puerta del coche.

—No me lo puedo creer. Esta preciosa con ciertos aires de persona interesante.

La estreché entre mis brazos, volviendo a notar esa dulce sensación.

—Vamos, entra, te prepararé un café y te daré un trozo de bizcocho de los que a ti tanto te gustan, de chocolate.

—He venido hablar de un proyecto que hace tiempo me expusiste y considero que ha llegado la hora de que lo pongamos en marcha. —Me miró sonriendo—. Espero que lo inicies tú —le pedí sonriendo—, sabes que yo no soy muy buena para los negocios.

—De acuerdo, acepto la propuesta, pero con una condición.

—¿Sí...? —respondí burlonamente.

—Están a punto de venir los dueños de una fábrica que distribuye los mejores caldos, licores y marcas de *champagne* del país para ver si le gustan mis vinos y que pasen a formar parte de su *stock*.

—No sé, Belén, te lo agradezco, pero no creo que pueda tener...

—Bobadas, Carmen. Bueno, es mi oferta, la tomas o la dejas —respondió en plan desenfadado.

—Está bien.

—Vamos para las bodegas, allí está Pedro preparando la mesa y los vinos.

Estábamos terminando con los preparativos cuando sonó el timbre de la cancela.

—Tienen que ser ellos, Pedro, por favor, recíbelos y tráelos aquí.

La miré sonriendo.

—Estás nerviosa, no puedo creérmelo. Tú...

—No me provoques —respondió en tono jocoso—. No es cierto, mira que no me responsabilizo de las cabañas.

En esos momentos entraron dos señores. El más joven, tendría unos años más que nosotras, muy atractivo. Se acercó a Belén con la mano extendida.

—Un placer conocerte, Belén. Soy Francisco. Eres más guapa de lo que me imaginaba.

—Gracias, eres muy amable.

—Te presento a mi padre, Enrique.

Sentí una sensación de antipatía hacia Francisco.

—Os voy a presentar a una amiga de la familia, Carmen.

Nos saludamos con afabilidad. Empezaron a probar los vinos. Francisco me iba cayendo cada vez peor. Daba la sensación de que estaba interesado por Belén y que la intentaba seducir con sus detalles. Comprendí que lo que me ocurría era que estaba celosa. Decidí marcharme, pondría una disculpa.

—Lo siento, voy a dejaros, dentro de media hora tengo un compromiso.

Enrique y Francisco admitieron cordialmente las disculpas. Belén se dirigió a Pedro.

—Pedro, atiéndelos, por favor, voy a despedir a Carmen.

Cuando salimos de las bodegas y nos dirigíamos a la salida, Belén me agarró por el brazo.

—No es cierto, ¿verdad?

—No es cierto, ¿qué? —le pregunté bordeando.

—No me bordees ahora, Carmen, cuando estoy a punto de cerrar un importante negocio.

—Lo siento, Belén, no es mi intención bordearte. Regresa con tus invitados.

Entré en el coche sin darle opción a responderme, lo puse en marcha y salí de la finca. Mientras conducía, sentía remordimientos por haberla tratado de esa forma. Tenía que admitir que me había puesto celosa al ver como aquel hombre intentaba seducirla y ella se dejaba. Ahora tomaba conciencia de lo que la amaba, de lo que la necesitaba. Me quedé sentada en el coche, quería tranquilizarme. Ya no quería sufrir más. No. Tendría que tomar una decisión. Vino a mis pensamientos Clara, mi amada abuela, para ayudarla, para estar a su lado, me vine a vivir con ella. Fue una drástica decisión. Lo vendería todo, abandonaría el mundo rural y me incorporaría al urbano. Era la mejor opción. Arrancaría de raíz un dolor que, si no, terminaría por hacerme morir día a día. No podía soportar la idea de saber que Belén estaba en los brazos de otra persona, de que haría el amor con ella, de que... Ahora entendía y comprendía a mi madre. Me sacó de mis pensamientos la voz de Rosa.

—Carmen ha llegado esta carta para ti.

Miré el nombre del remitente, ponía Gerard. La abrí y comencé a leerla. Gerard se disculpaba por la tardanza, motivada porque había estado con una grave neumonía y hasta hacía solo unos días no se había recuperado. La carta decía:

«Mi querida madre, cuando recibas esta carta, tu hijo ya no estará en este mundo. Un cáncer, cuando más feliz era, ha arrasado con mi vida. No te

sientas culpable de nada, de nada, madre mía. Siempre vi en tus ojos el gran amor que sentías por mí y el dolor de no poder hacer nada. ¿Qué podrías hacer contra la voluntad de un hombre que creía que estaba haciendo lo correcto? Había que entenderlo, pero eso es algo que he hecho en el transcurrir de los tiempos, en mis primeros años le odiaba y no podía soportar lo que yo consideraba una injusticia, pero, poco a poco, fui aceptándolo y comprendiéndolo. Tampoco quería odiar, el odio termina matando a quien lo siente.

Mi adorada madre, mi vida, al principio de marcharme, no fue nada fácil, pero no sufras, cambió al poco tiempo. Estuve de un lado para otro, tengo que reconocer que mis muchos tropiezos y caídas me hicieron madurar. Encontré trabajo en una finca que tenía sembrado viñedos. Si me hubiera visto mi padre sembrando las cepas y más tarde recogiendo la uva. El dueño de la finca, Gerard, me trataba muy bien y nos enamoramos. Lo que hizo que me ascendieran a capataz de la finca. No quiero aburrirte, madre. Terminaré diciéndote que, aunque, unas veces por miedo al rechazo y otras porque el tiempo no te da tregua, no fui a veros, pero siempre os llevé en mi corazón. Gerard os hará llegar esta carta y también unos ahorros que quiero que disfrutéis. Todo mi amor para vosotros. Luis».

Sentí una pena infinita. Ahora no sabía si había sido una buena idea no haberle hecho saber a mi abuela de la existencia de su querido hijo. Es triste que siempre nos queden dudas de nuestros comportamientos con nuestros seres más queridos. Mi tío había actuado de forma inteligente, se marchó del lugar donde sabía que iba a sufrir y llorar lágrimas de sangre, pero nos demostró que no había guardado rencor en su corazón y que siempre estuvo en su recuerdo la familia. Llamaría a mi madre y le pediría que se hiciera cargo de todo. Mi madre, ella me entendería, me comprendería.

CAPÍTULO XXXI

Miraba por los ventanales de mi despacho. Desde la altura que me encontraba, decimosegundo piso, se podía ver el resto de los edificios con todas sus ventanas iluminadas por sus luces interiores. El cielo estaba cuajado de estrellas, daba la sensación de que podía tocarlas con mis dedos. En mis manos tenía una invitación que acababa de abrir y que, al leerla, hizo que todo mi cuerpo temblase. Una invitación cuyo contenido había hecho que mis fantasmas despertaran de nuevo y taladrasen mi corazón. ¿Cuántos años habían transcurrido desde que tome la drástica decisión de irme de la finca? ¿Cinco, seis, ocho? Había perdido ya la cuenta. Durante ese tiempo había conseguido borrar dolorosos recuerdos que habían minado incluso mi salud. El de Clara, mi amada abuela, pasó del profundo dolor a aceptarlo e intentar vivir con él, dando gracias a mi Dios por todos los maravillosos momentos que compartí con ella. Mi querida madre me ayudó muchísimo: estuvo a mi lado, sin hacerme preguntas ni darme consejos. Vendió la finca, dejándome todo el dinero para mí. Lo que me permitió comprarme un pequeño apartamento en Madrid. Aunque mi madre me había pedido que me quedara a vivir con ella y con Antonio ellos, aunque no se habían casado, vivían en pareja, no acepté. Sabía que, si me refugiaba en las faldas de mi madre, me metería en un bucle del que no saldría jamás. Antonio, viendo que no iba a cambiar de idea, habló con una de sus sobrinas, Rosalía, socia de un complejo hotelero ubicado en Madrid y ella me dio el trabajo de recepcionista. Poco a poco, fui escalando puestos, hasta llegar a ser lo que ahora era, relaciones públicas. Rosalía era una mujer tres años mayor que yo. Muy seria. Morena, con unos profundos ojos negros y una bonita silueta. No sé lo que veía en mí para enamorarse. Ella curó mis heridas y me hizo recuperar la alegría. Consiguió que la deseara, que sintiera lo que era volver

amar y en nuestras noches de amor sentir como se inundaba mi cuerpo de una dicha absoluta.

Miré de nuevo la invitación, la expedía nuestro hotel porque era en el, donde se iba a producir el evento para festejar la fusión de unas bodegas con una gran empresa exportadora de magníficos caldos a nivel mundial. Las bodegas eran las de Belén. El destino me volvía a traicionar. Mis pensamientos fueron interrumpidos por la entrada de Rosalía.

—Amor, te estaba esperando. Has leído la invitación, va a ser un evento muy importante. Debemos asistir. ¿Qué te ocurre? Estas muy pálida.

No podía decirle la verdad, le causaría un daño innecesario.

—No sé, no me encuentro muy bien. Me duele la cabeza, tengo que estar cuajando algún virus.

—Yo te lo succionaré.

Diciendo aquellas palabras, besó mis labios.

—Cielo, voy a recepción. Viene un grupo de diplomáticos extranjeros. Luego nos vemos. Carmen, si te encuentras mal, fuera de bromas, súbete a la *suite*.

—No te preocupes.

Mis sentimientos chocaban, por un lado, deseaba volver a ver a Belén, sufrí tanto por ella, lloré tantas veces en el silencio de mis noches, por otro, tenía miedo de encontrarme con ella porque tomaba conciencia de que lo que ya creía olvidado podría renacer. Una sensación de pánico me invadió, ¿y si ella tenía también pareja? Sentí una punzada de dolor. No iba a ser una cobarde, me enfrentaría de nuevo a mi destino. En lugar de coger el ascensor, me fui andando por las escaleras. Entré en el salón, estaba lleno de personas

elegantemente vestidas. Sentí que me sujetaban suavemente por el brazo. Me giré, era un chico, joven, con unos bonitos ojos azules. Los ojos de Belén.

—¿David?

—¿Carmen? No me lo puedo creer. —Mientras había hablado me abrazaba efusivamente.

—Que alegría David. —Sentí un gran gozo al verle.

—Quién me iba a decir que algún día volveríamos a encontrarnos. Te fuiste de una forma tan rara y rápida. Mamá me dijo que tu madre te necesitaba. Vamos, ven conmigo. Le va a encantar volver a verte.

La conocí rápidamente. Estaba de espaldas, con un vestido negro, ceñido, con una pequeña abertura en la espalda. El pelo más corto. A su alrededor dos hombres y una mujer.

—Mamá —la llamó David.

Ella se volvió, sus ojos al principio demostraron extrañeza para luego dar paso a la sorpresa. Estaba guapísima. Quizás con algún surco en su piel que la hacía, además de bella, interesante.

—Carmen.

—Belén.

Sus acompañantes nos miraron extrañados, quizás por el tono de nuestra voz al decir nuestros nombres. En esos momentos llamaron a David y nos dejó prometiendo que luego nos veríamos. Belén me presentó. La pareja eran unos amigos. El otro acompañante era su pareja, Carlos.

—Si no os importa —les comentó Belén—, nos retiramos por unos momentos para hablar de viejos tiempos.

Salimos a una pequeña terraza, desde donde se veía a las estrellas brillar en todo su esplendor. Belén sonrió.

—Mira tus estrellas, también se pueden ver aquí, en la ciudad.

—Sí —sonrió con tristeza—, pero no con la misma intensidad.

—¿Por qué te fuiste, Carmen? Y de la forma que lo hiciste. Parecías huir. Nos bloqueaste a todos por todas partes. Diste órdenes estrictas a tus guardeses de no decir a dónde ibas.

—Lo siento, por primera vez en mi vida hice lo que creí mejor para mí y no para los demás.

En esos momentos, entró Rosalía en la terraza.

—Siento interrumpir, cariño. En la recepción están teniendo problemas con los diplomáticos.

Belén la miró, no sabría definir lo que sus ojos expresaban.

—Os voy a presentar —dije—: Belén, Rosalía, mi pareja. Rosalía, Belén, una amiga entrañable.

En lugar de besarse, se dieron la mano, diciéndose un cordial saludo.

—Bueno, amor. Cuando tú puedas, entonces. No quiero interrumpir nada —diciendo estas palabras, nos dejó a solas.

—Muy guapa. Se ve muy enamorada de ti. No entiendo, ¿lo mejor para ti?

Me preguntaba si estaba siendo sincera o intentaba confundirme.

—No voy a ocultarlo más. Lo mejor para mí porque yo estaba enamorada de ti y, cuando te vi tonteando con aquel personaje llamado

Francisco, sentí unos celos terribles y un intenso dolor. Entonces decidí que no sufriría más y me marché.

Sus ojos reflejaban una total perplejidad.

—No sé cómo sucedió —respondió Belén—, pero empecé a sentir por ti algo muy profundo, un amor que no era como el que se siente por una amiga. No soportaba no verte o no hablar contigo. Se lo comenté a Pilar y me dijo que tú estabas enamorada de ella. No la creí, le dije que tú no me habías hecho ningún comentario sobre ello. Me respondió que era porque ella no había querido formalizar vuestra relación, que tú te sentirías humillada y, por eso, no me lo habrías contado. Que eras muy brava y te había querido dar una lección, pero que se estaba planteando volver contigo. A pesar de ello, te di a entender mis sentimientos en varias ocasiones: la primera, cuando te quedaste conmigo la noche del cumpleaños de mi hijo. Cuando sucedió lo de Ricardo, demostré que ya no tenía ningún interés por él. Al morir mi madre, a la primera persona que llamé fue a ti. Tú ni siquiera te dabas cuenta y yo pensé que eras porque lo único que sentías por mí era un cariño fraternal y a quien amabas era a Pilar. Me conformé con esa amistad y con seguir viéndote.

Estaba como bloqueada y sentía una mezcla de dolor y de impotencia. ¿Cómo podía ser el destino tan cruel? Y Pilar... ¿supo saciar su sed de venganza o quizás pensaba que podríamos estar juntas? Otra vez la terrible incertidumbre aparecía en mi vida. Esta vez no lo consentiría y admitiría los hechos sin intentar esclarecerlos. Me mantuve en un doloroso silencio y ella siguió hablando.

—Aunque me resistía a sufrir, no podía evitarlo, pero mi orgullo me impedía decírtelo o demostrarte mi sufrimiento, lo último que yo quería era que me hubieras tenido lástima. La tarde en la que te marchaste, pensé que

lo hacía por capricho. Estuve a punto de salir detrás de ti, no lo hice pensando que podría agobiarte. Luego, al desaparecer como lo hiciste, creí que era por culpa de Pilar. No le quise preguntar más para no tener que volver a sufrir y ella pareció aceptar tu desaparición sin ni siquiera hacer un comentario. Entonces, se cruzó en mi camino Carlos y...

—Por favor, ahórrate los detalles.

Se hizo un silencio.

—Tengo una hija, tiene cuatro añitos, le he puesto tu nombre, Carmen.

Dirigí mis ojos hacia las estrellas... tan hermosas, tan bellas. Suponiéndonos que están tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Se acercó a mí, alzó sus brazos a mi cuello y besó mis labios. Sentí miles de mariposas y mis carnes abrirse a una sensación indescriptible.

—No quiero morir sin saber el sabor de tus labios, amor mío.

—Belén, yo...

Puso sus dedos en mi boca, en señal de silencio.

—No digas nada. Carlos está siendo un padre magnífico no solo para Carmen, también para mi hijo. Yo no puedo ahora arrancárselo de sus vidas y esa chica parece adorarte. Es su sufrimiento o el nuestro. Yo elijo no hacer sufrir a mis hijos.

Tenía un nudo en mi garganta que me impedía hablar. La voz de Rosalía me hizo volver a la realidad.

—Por favor, amor mío, no quiero ser pesada, pero te necesito.

—Lo siento, Rosalía. Ya voy,

Miré como Belén salía de la terraza. A través de mis lágrimas, quería grabar su imagen en mi alma para llevarla conmigo hasta a la eternidad.

FIN

SIPNOSIS

Esta historia está basada en el engaño, la sumisión y el maltrato psicológico que se produce entre un hombre y una mujer.

Su hija rechazará el carácter débil de su madre y la hará enfrentarse a la realidad al mismo tiempo que tiene que asumir su bisexualidad.

Un filósofo dijo: «No existe la maldad, sino la ignorancia». Con todos mis respetos, yo añadiría: «Sí existe la maldad porque, sin ella, no existiría la bondad».

Un poema como marco.

«Enfréntate a tu realidad.

No evites los caminos llenos de guijarros, aunque ellos causen
heridas en tus pies.

No huyas de la oscuridad, a pesar de que puedas caer.

Enamórate del viento, no te importe si termina marchándose.

Si no lo consigues, te harás débil y terminarán apoderándose de ti.

Si lo consigues, te harás más fuerte y vencerás».

Carmen Artaloytía Lázaro.